

FRANCISCO
TARIO —

AQUÍ ABAJO

novela

ANTIGUA LIBRERIA
ROBREDO —

A PRINCIPIOS de 1943, un excelente volumen de cuentos, LA NOCHE, llamó la atención del público hacia la misteriosa personalidad de su autor. Francisco Tario, el nombre que ha preferido llevar en literatura, traía a ella un tono de inusitada originalidad y una poderosa materia imaginativa en la que los mundos lívidos y crueles de la locura y la pesadilla, la obsesión mórbida y toda la gama de la danza macabra se expresaban en relatos capaces de interesar con violencia a sus lectores.

Sin embargo, los cuentos de LA NOCHE, a más de sus limitaciones naturales, mostraban experiencias de muy diversa inspiración a ésta de la danza macabra. Pero la tónica del autor se denunciaba muy notoriamente en ese cultivo de lo grotesco, en esa exploración de la infamia y de los túneles del espanto y la angustia, y de ahí podría extraer sin duda sus más ricas creaciones.

Tal fidelidad a sus propias virtudes es la que ha seguido Francisco Tario en su novela AQUI ABAJO; sólo que más humanizada y más sobria, menos dispuesta al ingenio que a la emoción,

más entrañable también. El drama de sus personajes no es otro que su encuentro inexorable y radical con la propia conciencia, pero una conciencia que sangra como una llaga escarrecida en siglos. Un día, vulgar y sin fecha, unos hombres—un oficinista pobre diablo, su mujer, enloquecida por la sensualidad que un día le despertó otro pobre diablo, y sus hijos, oscuros y sucios—sienten la garra de esa furia atenazándolos y hieren, lloran, vagabundean aterrorizados por la noche, cometen adulterio y reniegan de Dios “a causa de esa maldita amargura que nadie les puede curar.” Es un drama tan vivo como todos los gritos que el hombre se ha enseñado a esconder, y a través de sus cálidas páginas se nos revela, con una crueldad de gris desesperanza, algo como nuestra propia semilla que es de locura, de pecado, de muerte y de soledad.

En el opaco mundo de nuestra clase media—ese filón casi virgen, y tan denso de la realidad mexicana—se urde AQUI ABAJO. Sus páginas, especialmente seducidas por las torturas de las conciencias, no pierden con ello la vigilante lucidez que ha de atender a ese otro mundo que llamamos realidad para poder forjar una obra novelesca que vista su espíritu de una firme armadura carnal. Llenas de una desesperación y una angustia invasoras, hacen algo más que divertir y alegrar a sus lectores: les descubrirán un fondo desventurado en donde reconocerán también su propia alma.

Primera edición. Queda
hecho el depósito que
marca la ley.

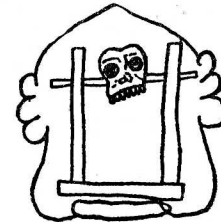
Copyright by José Porrúa e hijos, México, 1943

...pero un día, un irremediable día sin fecha fija, todos los hombres querrían darse cuenta de ello, se pondrían de acuerdo, abandonarían los lienzos y las plumas, los martillos y el papel higiénico, tomarían aliento, abrirían las bocas, se levantarían en puntas y lanzarían el grito más espantoso y dilatado de que se tiene memoria.

FRANCISCO TARÍO

AQUÍ ABAJO

NOVELA



ANTIGUA LIBRERIA ROBREDÓ
MEXICO
1943

I

-**N**O, no me subirán el sueldo —exclamó Antonino sin expresión alguna, moviendo muy lentamente los labios, como si aquellas cuantas palabras que acababa de pronunciar representaran para él un esfuerzo sobrehumano—. No me lo subirán, y esto es realmente desagradable. Por fortuna, no me importa demasiado...

Su mujer inclinó la cabeza y se quedó así largo tiempo, con sus ojos profundos y bellos clavados en el ferrocarril que corría sobre la alfombra. Liborio y Carlota lanzaban estridentes chillidos, dando empujones a la locomotora. A veces la despojaban de sus vagones y la lanzaban sobre los rieles a una velocidad que juzgaban vertiginosa; otras, en cambio, la dotaban de su equipo completo; o le fabricaban puentes, túneles, precipicios imaginarios; o la

hacían volcar aparatosamente, pisoteándola después por entre las sillas.

A través de la ventana del comedor se veía una fábrica, y de una de sus chimeneas escapaba un humo gris, espeso, profunda y extrañamente melancólico. El cielo, también gris, muy bajo, se aclaraba en el horizonte, iluminando el Peñón. Los rayos, perfectamente visibles, aunque lejanos, hacían pensar en otra vida clara y fácil; en un espacio más amplio donde los hombres caminarían más libremente, sus voces resonarían transparentes, sin ningún estridor desagradable, y el agua se precipitaría desde alturas increíbles sobre campos tiernos y frescos. Pero era sólo una franja, una especie de jaula dorada en la inmensidad opaca y sucia: una ilusión.

En el comedor de Antonino y Elvira, y en los comedores de todas las casas, de todas las ciudades, la luz era escasa, pesada, el aire no tenía nada de saludable y limpio, y el agua chorreaba de cualquier parte sobre unos estómagos raquíticos o enfermos, nada profundos y bellos. Una penumbra muy fría flotaba alrededor de los hombres y, aunque todos procuraban ansiosamente estrecharse entre sí, algo de esa soledad y niebla les alcanzaba.

Por esta soledad y esta penumbra fué que Antonino dió la luz.

Repentinamente el cielo, afuera, se hizo rojo y las flores del empapelado volvieron a brillar. Brilló también el cristal en las vitrinas, los rieles del ferrocarril y las tijeras sobre la mesa. El linóleo, lleno igualmente de flores, apareció flamante. En cambio, el pasillo que conducía a las habitaciones adquirió de pronto el aspecto más desolador: por sus proporciones y su obscuridad, hondo, estrecho, semejaba una fosa. Antonino se estremeció.

—No me subirán el sueldo —dijo—. En el periódico no le suben el sueldo a nadie.

Volvió a callar.

—Después de todo —añadió—, creo que tenemos de sobra para vivir. ¿O no es así como lo hemos hecho hasta la fecha?

Elvira asintió en silencio. Había tomado las tijeras y cortaba una tela blanca, con lunares rojos. Las tijeras se deslizaban resueltamente y a Antonino le sorprendió esta habilidad. Se abstraía. Le asombraba profundamente que en una de aquellas ágiles maniobras no se fuera irremediablemente prendida la cubierta de la mesa. También se le antojó inverosímil que todos aquellos trozos de tela, combinados y unidos debidamente, llegaran a constituir una prenda. Le pareció escaso el material, poco dúctil, inadaptable; y monstruoso de todo punto el trabajo que significaba llenarlo de menudas puntadas.

Convino, a un tiempo, en que su mujer era bonita, muy joven y flexible, y que aquel vestido tan sencillo podría sentarle admirablemente.

—“Tal vez la haga verse aún más joven”—se dijo.

Y porque no tenía otra cosa qué hacer, se dispuso a mirarla lo más atentamente posible, aunque sin la más leve emoción. Toda ella era débil, de color excesivamente moreno, con una piel fina y muy limpia y los cabellos sedosos. Tenía blancos los dientes, cuadrados, fuertes; los labios muy bien delineados; el cuerpo ágil y esbelto y unos ojos pensativos, luminosos, algo tristes. Luego miró a sus hijos: se parecían a ella. Nada, nada le habría hecho sonreír.

Elvira levantó el rostro.

—¿Por qué no intentarlo, Antonino? —Y su voz sonaba algo quejumbrosa, como si en vez de partir de aquella garganta tan joven, surgiese de lo más profundo e intrincado de los muebles—. Al fin y al cabo tú nada pierdes; si no se logra...

Alzó los hombros cuando menos se esperaba y siguió cortando.

Estos diálogos impertinentes, sembrados de ridículas discordias y repetidos hasta la saciedad, enervaban a Antonino. Se sabía de memoria las preguntas y respuestas que surgían inevitablemente e, inclu-

so, el riguroso orden en que eran proferidas. Acerataba, a veces, hasta con las interrupciones, y ningún sucedido, por importante que pareciera, le sorprendía. Había aceptado hace tiempo—no sabría decir si involuntaria o tácitamente—que el orden de su casa, y el del mundo entero, y el de todos los mundos posibles, obedecía a una fuerza extraña, imposible de burlar. Una mano gigantesca, todopoderosa, inmisericorde, calzada con un grueso guante de cuero, impulsaba la palanca: billones de billones de hilos recibían esta descarga y se movían; billones y billones de hombres encendían un cigarrillo, se ataban una bufanda al cuello, se morían. Todo ello era horrible, espantoso, desolador, y, sin embargo, no iba él a trastornar este orden. Los principios que rigen el sistema planetario, por ejemplo, no habrían de venirse a tierra porque así lo dispusiera un periodista cualquiera en su habitación de la calle de Peralvillo. Antes la nieve ardería, dejaría el mar de ser un misterio y los hombres se volverían justos, interesantes y nobles. Unicamente en tal caso, en el caso de que esto ocurriera, se decidiría él a afrontar sin reservas una situación con su mujer o cualquier otro semejante: nadie, nadie a excepción de él, acertaría con lo que iba a decir; sería su palabra, la suya propia, no la escrita. Y acto seguido, con el

mayor gusto y las más fundadas esperanzas, podría ir en busca del director del periódico y suplicarle:

—Quiero, si usted lo considera prudente, que me aumente el sueldo.

Su mujer parecía aburrida. El también lo estaba. Declaró, por complacerla:

—Está bien. Mañana a primera hora iré a ver a ese hombre.

Elvira soltó las tijeras sobre la mesa y lo miró largo tiempo a los ojos. Había un resplandor insustentado en aquella mirada absurda, una especie de transfiguración súbita, semejante a la del místico que cree descubrir a Dios sentado sobre cualquier mueble. Tal gesto contribuyó a deprimirlo aún más.

—¿Irás? ¿De seguro irás? ¿Me lo dices en serio?

—Ya lo creo que iré —repuso tranquilamente, un poco afectado por esa tendencia estúpida de ciertas personas a pretender leer en los ojos de los demás—. ¿Piensas que no me atrevo?

—¡Oh, no! ¿Por qué he de pensar tal cosa? ¡Me alegro mucho, comprende, mucho! ¡Y estoy segura de que lo lograrás!

—Sí puedo lograrlo. Lo intentaré.

Pretendía ahora, con un especial cuidado, que su voz sonara más altiva que la de nadie.

—Además, puedo exigirlo —añadió.

Comprendía de sobra que lo que hablaba era un absurdo. Ni tenía nada qué exigir en realidad, ni si lo hubiera tenido se habría atrevido a intentarlo. Sabía perfectamente que a la mañana siguiente, siempre, quedaría todo igual, como hasta ahora. Que el director del periódico no lo recibiría nunca, que su sueldo seguiría siendo el de costumbre, y que su mujer —¡Dios sabe por cuánto tiempo!— continuaría mencionando las mismas cosas. No se cambiarían, pues, de casa; no tendrían jamás *ese pequeño jardín para los niños*; ni siquiera los miserables veinte pesos de reserva. Nada. Y así estaba bien.

Hablaba Elvira de un modo infatigable, exaltada por una ingenua y pura emoción que le había encendido las mejillas. Arriba, en los pisos superiores, tal vez en la azotea, alguien golpeaba rítmicamente sobre una superficie de lámina.

—Nos irá bien de esa forma, verás... —Y su mirada no se detenía ni un momento, como un pájaro aterido que no halla sobre qué posarse—. Los niños necesitan eso. Dicen que los niños son como las plantas. A los niños...

Antonino no quiso saber más. Tuvo, por otra parte, la evidencia terrible de que el aire se volvía irrespirable, como en el fondo de una mina; de que podrían ahogarse todos de un momento a otro. Se puso en pie y abrió de par en par la ventana.

Había anochecido.

El cielo negro, sin ninguna estrella, se tendía lúgubremente al nivel de las casas. No existían chimeneas, ni cúpulas de iglesias, ni montes alrededor de la ciudad; nada que diera idea del espacio, nada que hiciera sentir la magnitud de un objeto y, sin embargo, según le ocurría frecuentemente en los lugares demasiado abiertos, Antonino experimentó una impresión dolorosísima: el infinito se hacía visible, como una inconmensurable y blanca llanura, en mitad de la cual, sentado sobre una piedra, yacía él desnudo y ridículo... La ventana, en efecto, era minúscula, y la obscuridad impenetrable. No alcanzaban a disminuir esta angustia ni los motores de los automóviles, ni los reflejos de las bujías. Todas las ventanas iluminadas anunciaban una sola cosa: el miedo. Miedo a las tinieblas, miedo al hombre, a la conciencia, a sí mismas. Pero las ventanas estaban desiertas, tapadas con cortinas, y la calle, por el contrario, estaba repleta, como un detestable hormiguero humano.

Se apartó de allí rápidamente, mas al volver el rostro advirtió que en el comedor de su casa ya no había nadie. ¿Tanto tiempo había transcurrido? Su mujer y sus hijos hablaban en alguna parte. Sus voces, tan familiares, sonábanle ahora extrañas. ¿De qué hablaban? No acertó a comprenderlo, ni posiblemente le hubiera interesado mucho. Hacían ruido

simplemente: ruido con sus gargantas, con los pies, con los dientes. Y se sintió solo. Perdidamente solo, como no es fácil sentirse; con una soledad fría, tangible, exenta de alucinaciones y espasmos; con una soledad irremediable, y en cierto modo dichosa, porque jamás había intentado rebelarse contra ella; con una soledad que le era innata, absolutamente propia, querida, puesto que así se sentía siempre y en todas partes.

Miró la tela blanca, poblada de lunares rojos; el ferrocarril sobre la vía férrea; las tijeras sobre la mesa; el retrato de Elvira, dentro de un marco plateado; tantas cosas deplorables y tristes que contribuían a su desgracia. Y las voces en la habitación contigua proseguían carentes de sentido. Por el contrario, el martilleo constante que persistía en los pisos superiores le pareció su propia voz, y, si no su voz, la de alguien que le hablaba desde muy lejos o muy cerca.

Se sentó a escucharla, con las manos en las rodillas. Sonaba límpida, implacablemente, sin modulaciones. No era la voz de un augurio, ni tampoco un llamado, ni mucho menos una lamentación o una protesta. Era una voz constante, serena, alta, gloriosa, una voz hermana que lo ayudaba no sabía en qué. Y cuando cesaba, Antonino deseaba con todas sus fuerzas que continuara sonando. Su mujer, los

niños, Peralvillo y otro rumbo cualquiera habían desaparecido totalmente. El atendía a aquella voz y, sin comprender tampoco las causas, tuvo de pronto una inmensa esperanza. Esperanza de algo abstracto, indefinible, tal vez inmediato, que se acercaba como una nube y amenazaba con transformar sus cosas. No su vida; sus cosas: tal vez ese infinito que con frecuencia veía, y aquella piedra desnuda sobre la cual él se sentaba también desnudo, ante millones de ojos desnudos que lo miraban sin pestañear; tal vez el cielo bajo, gris, pesado, como una masa de cemento; tal vez su soledad. ¿Soledad de qué? Nadie podría averiguarlo.

Pero Antonino se recreaba en aquel ruido monótono, exasperante, y en aquel pedazo de lámina frágil, ondulante, la tapa quizá de un tinaco, que un niño o un borracho golpeaba desde hacía horas con una piedra. . .

II

-DI tus pecados, hijo mío.

De rodillas ante un confesonario, en la triste humedad de un templo cualquiera, Antonino decía sus pecados.

Ya su mujer los había dicho y cumplía ahora la penitencia. Detrás de él, una hilera de seis sombras inmóviles aguardaba. Con las cabezas hundidas, los ojos entrecerrados, unos brazos en cruz y otros sobre el pecho contrito, hombres y mujeres aguardaban: aguardaban el Pan, la Luz, el Nuevo Día, el día de la muerte de cada uno, que es el día más importante de nuestra vida; la misteriosa y solemne hora —lo único grave, inquietante— en que los ojos se cierran, la conciencia vuela o no vuela y nadie puede prestar ayuda a nadie, caso de que alguien la necesitara. Ese día tenebroso, señalado cruelmente des-

de mucho antes que nacióramos y vivido por nosotros unas cuantas veces, en que hemos creído ser felices o no, hemos estado de pie o en la cama, hemos reído o amado o permanecido impasibles y ajenos, o afligidos, y que en la hora precisa ha de transcurrir de muy distinta manera; de un modo ignorado que todos temen, no por el dolor y la angustia que hayan de experimentarse o por la pesadumbre de abandonar nuestras cosas, sino por la obscuridad que presentimos al otro lado, y el silencio que debe reinar donde todas las cosas están muertas y no logramos hablar porque nuestra lengua se quedó en la tierra... Por temor al Gran Día aquellas sombras aguardaban. Y porque era el primer domingo del mes y a su mujer le complacía semejante hábito, Antonino decía sus pecados.

Con voz lenta, cansada, que irritaba sobremanera al sacerdote, iba él mencionando sus culpas, iguales a las de los demás hombres, sin transcendencia. Culpas de niños traviesos, de vez en cuando malvados o díscolos, que hurtan lo que no pertenece a nadie, que mienten para poder subsistir, que acarician un bello seno joven o, que, atiborrados de alcohol hasta la garganta, cuando una extraña y disculpable sed los devora, pugnan por alcanzar la alegría que no existe. Decía sus pecados tranquilamente, sumisamente, metiendo la cabeza en el confesonario, como en un pozo.

Dentro todo era sofocante, más o menos como afuera. La única alegría verdadera que iluminaba un tanto su espíritu provenía de arriba: de una vidriera rota, a través de la cual penetraba el sol y se distinguía el cielo. El rayo era muy blanco, tenue, propiamente un rayo lunar, e iluminaba saludablemente la frente del sacerdote.

—Di tus pecados, hijo mío.

Los había dicho sin ningún escrúpulo durante veinte años, y durante veinte años también los había vuelto a cometer.

—Di tus pecados, hijo.

Balbucía ahora el Señor mío, Jesucristo, sin saber si los seguiría cometiendo, ni sospechar siquiera si tendría tiempo de ello, o bien si, en realidad, todo aquello bien visto no era pecado. ¿Creía en Dios? Al menos aguardaba algo. Tenía, por otra parte, conciencia de que a la vez algo aguardaba su llegada. ¿Su llegada a dónde? No lo sabía, ni le preocupaba mayormente. Pero allí estaba frente al blanco roquete de un hombre, como estaría dentro de poco en cualquier otro sitio: porque era domingo y vivía, y su mujer muy temprano lo había sacudido de un brazo.

—Antonino, levántate. Son cerca de las ocho.

Cumplía ya la penitencia. Su mujer lo hacía en voz alta, al lado suyo, oculto el rostro por un velo raído, haciendo oscilar entre sus dedos el rosario. Sin

pensar probablemente en lo que decía, producía con los dientes y los labios un rumor blando, desapacible, que interrumpía breves momentos para respirar. Gran número de personas hacía lo mismo y Antonino quiso imitarlas. Quizá de esa forma se sintiera más tranquilo y confortado; quizá su pecho se dilatara. Por desgracia, acababa de concluir sus rezos. Se persignó y ocupó un asiento. Elvira seguía de rodillas, inmóvil como una imagen más.

—“Es mi mujer y esto es absurdo —pensó rápidamente—. Podría coger el sombrero y marcharme. He concluido.”

Del altar le llegó envuelta en dulces aromas una voz sollozante, misteriosa y tierna:

—Confiteor Deo omnipotenti. . .

Había pocos fieles en la iglesia, y la mayoría de negro. En el altar, opuestamente, la luz era muy viva, las velas parpadeaban inquietamente y la casulla del oficiante brillaba de un modo admirable. Entrecerrando los ojos, Antonino creyó hallarse ante una espléndida puesta de sol: cordilleras azul y violeta, nubes de diversos tamaños, sombras que empezaban a ser incognoscibles. . . Allá estaba el sol en el centro, moviéndose majestuosamente; y más cerca de la tierra, los árboles, las cruces, un pozo; más lejos, las primeras estrellas.

Abrió nuevamente los ojos y distinguió a su lado una mano seca, con los dedos crispados en forma de cruz, temblando convulsamente. Siguió el brazo hasta el hombro y allí se confundió su vista. Un fardo negro, como un montón de carbón, informe, sin movimientos, hablaba con Dios en secreto acerca de sus miserables culpas; de aquellas mismas culpas que a él le parecían tan simples, razonables y lógicas. El montón de carbón permanecía impasible, dentro de sí mismo, cual si llevara en aquel lugar un centenar de años. Casi tantos como el sacerdote que susurraba plácidamente:

—Pax Domini sit semper vobiscum.

Nada de cuanto se desarrollaba alrededor suyo le parecía trascendente; ni necio, ni sabio, ni justo, ni injusto: simplemente natural y comprensible. Tan comprensible, por ejemplo, como cuando en mitad de la calle un vehículo arrolla a un transeúnte y le vacía los intestinos; tan admisible y lógico como cuando Liborio imitaba su peinado; o cuando el plomero llegaba y destapaba el inodoro de su casa.

Comulgarían en breve y saldrían a la intemperie. Fuera, brillaba el sol, y el templo era demasiado húmedo. Esto lo animó ligeramente. Después irían al Bosque con sus hijos.

Así ocurrió. En el Bosque la claridad era deslumbrante. Las ramas verdes y tiernas, las piedras, el

agua, todo exhibía una vivacidad desconocida entre los hombres. Solamente el interior de las calzadas permanecía húmedo y melancólico. Aún goteaban los árboles, no obstante que no llovía desde hacía tiempo, formando en la tierra unos círculos efímeros que se ensanchaban vertiginosamente y desaparecían, para volver a reproducirse en cuanto una nueva gota caía. Olía a pinos, eucaliptos y agua estancada. Por entre las ramas y el heno asomaba el cielo azul. Los troncos, rojizos, descomunales, tenían algo de fantasmal e incomprensible. Sin embargo, se respiraba un aire fresco, tal vez demasiado dulce, pero oloroso y alegre.

Hicieron el recorrido de costumbre.

Penetraron por la puerta de Dolores, continuando hacia la izquierda con toda calma, en virtud de que a los niños les gustaban extraordinariamente los caballos. Se internaron después por la calzada de los Poetas y se sentaron a reposar un poco en la fuente de Don Quijote. Reanudaron la marcha, bordeando ahora el lago. Alrededor de las once llegaron al puente. Sobre el agua parda y quieta, infinidad de gansos famélicos iban de orilla en orilla, alargando sus cuellos. Cientos de bracitos rosados se tendían hacia las aves, ofreciéndoles mendrugos. Cruzaba una lancha; otra. Bajo el puente, alguien se entretenía en gritar: la voz sonaba lejana, ultraterrena, muy hueca, como

de alguien que pidiera auxilio. A poco la voz cesaba, persistía si acaso el eco, y aparecía una barca rojiblanca, tripulada por varios jóvenes en mangas de camisa. Las mujeres también navegaban: un poco trasnochadas, muy lamentables, haciendo señas y muecas a los que quedaban en tierra. Llevaban unos vestidos brillantes, las piernas desnudas y se notaban aburridas. Que se aburrieran aquellas mujeres trastornó visiblemente a Antonino. Hizo un ademán muy débil y dijo:

—Vamos.

Goteaban ya menos los árboles, las lanchas aumentaban sucesivamente, los automóviles se apiñaban en largas filas, el sol brillaba ardientemente y, sin embargo, todo era cada vez más triste. Más triste y más triste, porque en el concepto de Antonino nada tenía sentido; mucho más triste, cuanto más gente llegaba; más triste, cuando esa gente reía más y navegaba.

Se puso en marcha silenciosamente y su mujer y los niños lo miraron también en silencio.

¿A las fieras? A las fieras. ¿A la gruta? A la gruta. ¿Al ferrocarril? Al ferrocarril.

¡Oh lenta, melancólica, inmisericorde mañana! ¡Bella y dulce mañana para vivir gloriosa y libremente en una soledad ignorada, sin lengua ni espíritu, ni ropa ni lágrimas, sobre la hierba larga y fresca, a la

dulce sombra de los árboles! ¡Vivir en algún lado y no esperar nada! ¡No esperar nada y no tener memoria de cosa alguna! ¡Ser un cuerpo ágil, fuerte, sano, sumergido hasta la cintura en el agua limpia de un río, con la boca abierta, muy abierta, gritando salvajemente hacia arriba, mientras en las riberas cabecean los árboles, y en el cielo vuelan las nubes, y los pájaros cambian de rumbo, y las estrellas se encienden o se apagan! Sólo eso: vivir sin renuncia alguna, viendo crecer los frutos, irse y volver las estaciones, abrirse y estallar los capullos, desplomarse las estrellas fugaces y observar los cambios de la luna. Arriba, el cielo vigilante y profundo y, abajo, la tierra madre sin hombres; sin un solo hombre. O si realmente fuera necesario, con uno sólo: él, Antonino; pero nadie más. Solo, solo.

Preguntaba Liborio:

—Papá, ¿y los monos muerden?

Antonino le daba una mano a su hijo y con la otra se apartaba de los labios un cigarrillo.

—Sí, hijo, muerden.

—¿Muerden tanto como los perros?

—Tanto como los perros ¡quién sabe! pero sí muerden.

Liborio metió la nariz en la alambrada.

—¿Y por qué muerden?

—Simplemente se defienden. Todo el mundo hace lo mismo.

El niño permaneció atento unos instantes, con los puños apretados y el corazoncito latiendo.

—Entonces muerden... —suspiró.

A Carlota no le gustaban los monos. La distraían incomparablemente más los tigres, con su piel exótica y opulenta y sus movimientos pausados. Cuando se ponían en dos patas ágilmente o enderezaban el cuello para desafiar a los que miraban, la niña comenzaba a dar saltos o lanzaba pequeños chillidos histéricos.

Liborio señaló un mico.

—¿Y aquél muerde?

Antonino miró hacia allá y descubrió un ser repugnante, escuálido, lagañoso, que pestañeaba nerviosamente y contemplaba a las niñas con cierta expresión ladina. Alguien acababa de arrojarle un cacahuete, y él lo partía, un poco medroso.

—¿Muerde?

Su padre dijo:

—Como todos. Ya te he dicho, muerden.

—¿Y por qué muerde?

Antonino expulsó el humo lejos, lejos.

—¿Por qué muerde? ¿Por qué muerden los monos, mamá?

Antonino sintió vergüenza. Una profunda y desastrosa vergüenza que le abrasó lamentablemente las mejillas. Sintió vergüenza de Liborio, de Carlota, de sí mismo, de Elvira, y de aquel centenar de personas que se agolpaban junto a la jaula, riendo o moviéndose incesantemente. Sería gracioso —pensaba— que la situación fuera a la inversa, y que todos ellos se hallaran en una jaula, y, los monos, como era domingo, hubieran venido con sus familias a visitarlos.

Alargó una mano y le dió un cacahuete a Liborio.

—¡Cómetelo! —dijo—. Es para ti; te lo regalo.

Accedió el niño a tomarlo, mirando desconfiadamente a su padre.

—¡Cómetelo, o no sabes? —gritó éste, sin darse cuenta de que lo escuchaban—. ¡Igual que si fuera una fresa!

Elvira se inclinó hacia Carlota, y Liborio comió el cacahuete, masticando ruidosamente. Entonces Antonino rompió a reír de tal suerte, que su mujer lo observó perpleja. Era la primera o segunda vez que se reía aquella semana. Luego se puso serio, tan serio que parecía de piedra, y arrojó el humo por las narices. Cogió tan fuertemente como pudo a su hijo por un brazo y le susurró al oído con rabia:

—Bueno, pues creo que eres un mono. ¿Qué tal estaría eso?

El niño rompió a llorar súbitamente, no por lo que su padre acababa de decirle, sino porque le había hecho daño en el brazo. Allí estaban sobre su piel las huellas. Lloraba, lloraba con la boca muy abierta, lanzando espantosos gemidos, mostrando los pequeños y opacos dientes, con los cuales había roído el cacahuete. Carlota quiso también llorar, aunque no le salieron las lágrimas; pero Liborio lloraba por ella, lloraba por todos los niños del mundo y Elvira no conseguía calmarlo. Le limpiaba las narices, lo apretujaba contra su vientre, le ordenaba los cabellos, le ofrecía dulces color de rosa. Daba lástima contemplar aquel bracito tan pálido, y aquellas encías anémicas, y aquella cabeza ovoide, y aquel cuellito de piqué. Sus calcetines rojos y sus zapatos con tacón de goma eran sin duda muy graciosos, y también ellos inspiraban lástima. Nadie, desde luego, habría deseado tener hijos, viendo ahora aquel niño.

Se alejaban, cuando a Liborio le seguía aún el hipo.

Iban por un camino de asfalto, recto y largo, sobre el cual caía el sol a plomo. Las hojas de los árboles se habían vuelto doradas, parecían muy secas, casi otoñales, metálicas. En los parajes sombríos la tierra era húmeda, resbaladiza y oscura. Algún pájaro trinaba; mas eran pájaros sin gracia, sin lindas plumas de colores, con una voz tipluda y molesta,

parecida a la de los pollos cuando son chicos. En los troncos aparecían nombres y signos extraños, tallados a navaja, y el piso estaba cubierto de desperdicios. Tampoco el césped era apacible: duro, amarillo, hispido, impasible a la fresca brisa que soplaba.

Antonino y Elvira caminaban solos, con sus hijos por delante. Todos guardaban silencio, tal vez porque se sentían cansados o aburridos. Iban despacio, ya sin mirar nada, con las espaldas fijas y las frentes quemadas de sol. Antonino sintió hambre, lo cual no dejaba de ser extraño. Ella dijo:

—Haces mal en decirle esas cosas...

No quería hablar concretamente de lo del brazo.

—¿Por qué asustas a Liborio?

Repetía:

—¡Es chico, tan débil!

Seguían todos por aquel camino, sin detenerse.

—Es dulce, bueno, tímido...—Y Antonino sospechó que acaso se pareciera a él y que sufriría lo indecible—. Cuando crezca un poco y sea mayor se acordará de estas cosas y pensará que cualquiera tiene derecho a hacerle lo mismo.

¿Es que iba a llorar Antonino? No había dejado escapar una sola lágrima desde hacía veinte años, ¿y lo iba a permitir ahora?

—“¡Qué estúpido soy!”—pensó con la mayor amargura. Y se puso a toser.

Luego tomó a su mujer por el brazo, fuerte, muy fuerte, y así continuó sin soltarla hasta el tranvía.

Ni Liborio ni Carlota sabrán nunca qué grande y profunda fué la emoción de su madre en aquellos momentos.

III

CUANDO Antonino recibió el anuncio de que el director del periódico deseaba hablarle, enrojeció inesperadamente y el corazón empezó a latirle con gran fuerza.

El director era un hombre maduro, pequeño, obeso, totalmente calvo, con una sonrisa muy amplia y una mirada atrayente y franca. Vestía muy correctamente, de ordinario a colores claros, y con frecuencia se llevaba el pañuelo a la frente, que aun en el propio invierno, y de noche, retiraba empapado en sudor.

Nadie tenía memoria, ni en la oficina ni en los talleres, de que este hombre amable y recto, lleno de caridad y barros, hubiera cometido alguna vez un acto feo o deshonesto. Por el contrario, distinguíase por su cordialidad con todo el mundo, por su mo-

destia, por su fina y pronta comprensión, por su bondadosa manera de mirar a la gente y un magnífico buen humor del que hacía exagerados alardes.

Poseía un automóvil de los más caros, una casa con jardín, estufa y terraza, y una respetable colección de hijos y de trajes.

Invariablemente saludaba a sus subordinados —no importa de la categoría o edad que fuesen— con un familiar golpecito en el hombro y aquella sonrisa estereotipada, pero justa, saludable. La palabra “compañero” brincaba en sus labios como una dulce y terca mariposa, lo cual, según es lógico suponer, sonaba en extremo agradable a aquellos cuya ropa era lustrosa, viajaban en camión o en tranvía y no vivían en las Lomas u otro rumbo por el estilo. Todos lo respetaban, casi casi lo amaban, y nadie, desde luego, lo temía. De ahí que cuanta persona trabajaba a sus órdenes cumpliera con su deber del mejor modo posible, permaneciera fija en su puesto tanto tiempo como fuera necesario y no diera jamás muestras de impaciencia, inconformidad o disgusto.

A pesar de todo ello, el corazón de Antonino se puso a aletear como un pájaro endemoniado, tan pronto le comunicaron la noticia.

El comprendía de sobra que el director no podía tener queja alguna respecto a su moral o conducta, puesto que su trabajo, como de costumbre, había

sido puntual y eficiente, y, que, por lo tanto, el objeto de aquella inesperada entrevista, no debería guardar la menor relación con algún desagradable acontecimiento. Mas la simple idea de tener que penetrar en su despacho, enfrentarse con él cara a cara y sostener un diálogo más o menos largo, llenábalo de zozobra. Por si fuera poco, el director hablaba siempre en voz alta, reía con toda la boca abierta y miraba impertinentemente a los ojos de sus interlocutores. Esto último era lo que más inquietaba a Antonino. De igual forma, en la oficina, en los tranvías, en todas partes, incomodábale extraordinariamente tropezarse con alguien que adoleciera de semejante hábito. Se le llenaban los ojos de lágrimas y apartaba la mirada hacia cualquier sitio; su conciencia se nublaba y escasamente comprendía lo que le estaban diciendo.

Verificó, pues, un último esfuerzo y se alisó los cabellos que le caían sobre la frente, se abrochó los botones del chaleco, se quitó con un plumero el polvo de los zapatos y comenzó a subir.

Subía muy lentamente, arrastrando con pesadez la mano por la barandilla de hierro, haciendo tronar involuntariamente el piso. Ya frente a la puerta, extrajo del bolsillo su pañuelo y se frotó varias veces las manos: las tenía frías y le sudaban. Llamó. Sonaron dentro unos pasos, y una jovencita muy bella,

con un lazo de terciopelo azul en la cabeza, abrió la puerta. Le sonrió. El perfume demasiado ácido de la mujer y aquella luz casi deslumbrante que par-tía del interior, concluyeron por trastornarlo.

Sin penetrar todavía, distinguió al director a lo lejos, sentado ante una enorme mesa y envuelto en una nube azul de humo. Oyó que mencionaba su nombre, invitándolo a pasar. Pasó. La señorita del lazo azul se le adelantó velozmente y comenzó a escribir a máquina con cierta especie de histeria. Ya el director, de pie, le alargaba la mano, ofreciéndole un asiento, sobre el cual se fué doblando Antonino con una grave y angustiosa confusión interna.

Sin explicarse las causas, pensaba vivamente en Elvira, lamentando que no estuviera a su lado.

A un tiempo, antojósele que aquel hombre que tenía delante ocupaba un plano infinitamente superior a él, y desde el cual le hablaba, demasiado aprisa, con una voz ronca e impresionante y unas palabras breves, sonoras, que sólo él mismo comprendía. Oía algo así como "agradecimiento," "honradez," "constancia," "tesón," "sueldo," mas todo desordenado e incongruente como en una pesadilla.

El director fumaba, fumaba, sin expulsar el humo por la boca, sino dejándolo escapar por las narices suavemente, dando por resultado que su rostro, en ocasiones, se perdiera o desdibujara tras la inquie-

ta nube, adquiriendo una expresión maligna o socarrona de la que carecía. Por fortuna, hablaba tan abundantemente que a Antonino le era dado contestar con monosílabos.

—Sí, señor —decía—. No señor, no.

O cuando más:

—De ningún modo.

La señorita del lazo azul tecleaba, mostrando muy bellamente las piernas. Otra, más lejos de él y sin ningún lazo, miraba atónitamente al vacío, con un rollo de papeles en la mano. Cruzó un avión. Entonces el director suspendió su discurso, alzó la vista hacia el cielo y se puso a contemplar atentamente el punto negro que se perdía. Incluso, giró en su silla para seguirlo mejor.

Este ademán, despreocupado y sencillo, devolvió repentinamente la confianza a Antonino.

Tuvo ya conciencia de lo que ocurría. Se hallaba, sin comprender las razones, con un grueso habano en la boca, las piernas cruzadas inverosímilmente y el cuello tieso, como una estaca. Por desgracia, la entrevista había terminado. Así lo indicaba al menos la actitud del director, quien le ofrecía abiertamente la mano. Antonino se la estrechó y le dió las gracias. La señorita del lazo azul volvió a levantarse y volvió a acompañarlo hasta la puerta.

Le sonrió del mismo modo que antes, tirándose después de la falda. El dijo:

—Con permiso—. Y salió.

Oyó tras sí un golpe seco y breve y luego todo quedó en silencio. Permaneció sin moverse. Alguien subía por la escalera apresuradamente, aunque pronto los pasos cesaron. Sonaban voces lejanas y el estrépito de las maquinarias en la planta baja. Miró el reloj: eran las cinco. Comenzó a bajar, paso a paso, sin pensar en nada, atendiendo únicamente a aquel estruendo que se volvía más próximo e insoportable, y que era como el estruendo de una ciudad que se viene abajo o el del mar en una cruda tarde de invierno. Salió a la calle y tiró el habano. Luego se guardó algo en el bolsillo. Comenzaba a respirar normalmente.

Un sol dorado, tibio, sumamente agradable, le resbalaba ahora por el rostro y el cuello, produciéndole un intenso bienestar físico. La gente parecía alegre, dispuesta a algo importante, inquieta. Los tranvías y automóviles producían mayor ruido que de costumbre, y el aire era dulce, apenas perceptible, intermitente.

Antonino caminó unas calles y penetró en una cantina. Allí pidió una cerveza bien fría y se acomodó en el rincón más apartado. Se sentía a gusto. Parecía que había estado andando sin cesar duran-

te el día entero, y no por lugares pavimentados y fáciles, sino a lo largo de una endiablada serranía llena de piedras y pozos. También el habano lo había trastornado un poco. Aún no lograba reflexionar juiciosamente, ni fijar su atención en lo que ocurría: todo giraba en su cabeza a un ritmo fantástico, y sus percepciones eran incompletas, dispersas. Con la cerveza pareció despejarse.

Echó mano al bolsillo y extrajo un puñado de billetes, que contó sobre el asiento.

—“Son cien pesos”—se dijo, volviéndolos a guardar.

Pero no recordaba ni aproximadamente el momento preciso en que el director se los había dado. Quiso cerciorarse, y apoyó los codos en la mesa. Recordó, sí, aisladamente, actitudes y frases sin la más leve coordinación, una sonrisa lejana, una nube azul de tabaco, el lazo —también azul— de la señorita, el avión que volaba por entre las nubes... Pudo saber, al menos, que había estado con el director en su despacho, y que el director acababa de obsequiarle cien pesos. Se lo agradeció íntimamente. No obstante, no comprendía tampoco qué grave razón había mediado para que aquel hombre hubiese hecho tal cosa, ni mucho menos qué procedía hacer ahora con el dinero.

Pagó el consumo, apuró de un sorbo el residuo de su vaso y volvió a la calle.

La melancolía más profunda lo invadió.

Ya había experimentado este sentimiento otras veces, y en circunstancias diversas, aunque no con la intensidad de ahora. Tal vez, incluso, aquel sentimiento a que se refería, fuera de muy distinta índole. No tenía tiempo ni humor para aclararlo. Lo único que acertó a entrever muy claramente es que no deseaba volver a ver en muchos años al director del periódico, a Elvira, a sus hijos, y con mayor razón a toda aquella multitud de personas que lo rodeaban, o lo empujaban, o lo dejaban pasar fríamente, con un desprecio inaudito, con una superioridad manifiesta, con una alegría y una inquietud que lo humillaban.

Realmente él no era más feo, ni más débil, ni más pobre, ni más desdichado que todos aquellos seres que contemplaba ahora y, sin embargo, tenía la convicción absoluta de que todos eran más ricos, más afortunados, más dignos y decididos que él. Caminaban por avenidas alegres, a la luz dorada del crepúsculo; iban risueños y ágiles, con los ojos llenos de esperanza; se vislumbraba en sus semblantes una fuerza y resignación admirables, una fe ciega en algo abstracto, lejano quizá, pero para ellos cercano, inminente, querido. Todo podría ser falso, quizá

estúpido, pero sus dientes brillaban entre los labios sonrientes, sus brazos se agitaban como aspas de molino, caminaban sin ningún tropiezo y miraban valientemente a todas partes. Una especie de desazón febril y bella los poseía.

Y él, ¿por dónde caminaba? ¿Qué vereda tan sórdida le había sido dispuesta? ¿Qué esperaba para marchar a su casa, y arrojar sobre la mesa el dinero, y abrazar y besar a su familia, y salir a la mañana siguiente rumbo a una excursión insospechada? ¿Qué hacía allí, sobre aquella acera, pegado al muro, con la barbilla apoyada en el pecho y los zapatos llenos de polvo? ¿Aguardaba a alguien? ¿Esperaba una hora fija? ¿Por qué, entonces, miraba al reloj con tanta insistencia? ¿O es que, en realidad, tenía para él algún interés la hora?

Detuvo un auto y se trepó en él apresuradamente.

Poco tiempo después, ya estaba de nuevo en la acera. Otra acera distante de aquella, aunque de apariencia igual; más o menos ancha y polvorienta, más o menos concurrida, con menos luz desde luego porque la tarde avanzaba, pero a simple vista la misma. Caminó unos pasos, ahora sí con precipitación. Parecía uno de tantos, y esta idea lo transformó. Compró el diario de la tarde y, mientras lo doblaba por la mitad, se introdujo a un comercio de modas.

Una joven cimbreante, muy rubia, con un lazo azul en la cabeza, le salió al encuentro, apenas hubo entrado. Examinó con extrañeza a la mujercita, quien, a pesar del lazo, no era ni con mucho la secretaria del director: hablaba con cierta entonación extranjera, su olor no era ácido, caminaba sin tanta prisa.

—Quiero un vestido así... como para usted —prorrumpió inmediatamente, mirando a todos lados por ver si daba cuanto antes con lo que apetecía.

—¿Un vestido de calle o de noche? —preguntó del modo más tierno la empleada.

—¡Oh, por supuesto, de calle! —Y sonrió—. Como se acerca la primavera —añadió—, preferiría además que fuera de seda...

Pocas veces se había sentido tan fuerte y decidido.

A lo largo de un pasadizo alfombrado, la señorita condujo al cliente hasta una pequeña estancia llena de espejos. Allí colgaban vestidos de todos los tipos y colores: amarillos, azules, guinda, morados. Unos con grandes amapolas o girasoles, sin ramas ni tallos, como una simple y deliciosa lluvia de pétalos; otros surcados por anchas franjas paralelas, en el interior de las cuales florecía una que otra violeta o volaban lindas mariposas doradas; otros lisos,

más bien oscuros, de tonos severos y extraños, adornados en las mangas y el descote por finísimas tiras de encaje.

La señorita suspendió entre sus dedos uno a grandes lunares blancos y Antonino lo rechazó.

—Gracias —dijo—, tiene uno parecido.

Los examinaba con el mayor cuidado, pretendiendo imaginarse a Elvira dentro de todos y cada uno de ellos. Ya le parecía haberse resuelto, cuando surgía una dificultad imprevista. Transcurría el tiempo y la empleada se impacientaba; no sonreía ni por asomos y cambiaba a menudo de postura. En tanto Antonino dudaba, palpaba o estrujaba la tela, se alejaba unos metros como para admirar un cuadro y volvía a dudar.

Cuando por fin se dirigió a la Caja, y pagó noventa pesos, y le entregaron un paquete, y la señorita salió a despedirle, había anochecido. Se lanzó calle adelante, poseído de un singular placer. Todo le parecía distinto, amable, importante, piadoso. No pensaba en nada concreto, mas deseaba perdidamente que aquella sensación suya durara tanto tiempo como fuera posible. Procuró, en efecto, sustentarla con pensamientos propicios: llegaría a su casa, penetraría en su alcoba, daría la luz, le entregaría a Elvira el paquete...

Una terrible, desconsoladora duda lo hizo detenerse en seco.

Percibió muy distintamente cómo la sangre se le agolpaba en la cabeza y el corazón volvía a golpearle contra el pecho. Se hallaba en una calle oscura, lejos de su rumbo. Sombras y más sombras cruzaban, y Antonino no deseaba por ningún motivo distinguirles el rostro.

—“¿Le gustaría a Elvira el vestido?”

Reconstruyó la prenda, con los mayores detalles posibles. Recordó, al punto, haberle oído decir a la empleada:

—“Le encantará a su esposa, no lo dude. Se lleva usted un precioso vestido a la última moda.”

No estaba muy seguro. Era amarillo, de tono muy vivo, con unos adornos color café en el pecho, cuya naturaleza no llegó a descifrar. No eran flores, desde luego, ni aquella especie de listas paralelas que le disgustaban tanto, sino más bien una suerte de aplicaciones un tanto burdas, es cierto, pero extraordinariamente llamativas. Un día en el cine había visto algo semejante.

—“¿Le gustaría a Elvira?”

Ya caminaba sin ánimos, con el sombrero hundido hasta las orejas y un sudor muy frío en las sienes. Torció por una calle desconocida y volvió a

poco sobre sus pasos. Lanzó al suelo el periódico, que le había ensuciado los dedos de tinta.

—“Supongamos —pensó al cabo— que me ha engañado la empleada; que el vestido no tiene nada de novedoso y bello y que es una prenda de hace dos o tres años. Supongamos aún más: que es de lo más ridículo.”

Apenas lo sostenían las piernas. Llevaba andando cerca de una hora, y a una velocidad inaudita, sorteando peatones y vehículos, bajando y subiendo sin cesar la acera. Por otra parte, la calle era triste, de lo más solitario y complicado, con un silencio impresionante que se le filtraba a Antonino en la sangre.

—“No, no le gustará a Elvira. Ocurrirá como me temo. Es posible que el color le agrade... mas al extenderlo sobre la cama... ¡Se burlará de mí, sin duda! ¡Se burlará y no hay remedio!”

Una amargura infinita, no por aquel vestido, ni por las burlas de su mujer, ni por las cosas más graves del mundo, se apoderó de Antonino. Ningún gran espacio lo rodeaba, sino una doble hilera de casuchas sin importancia y, a pesar de esto último, volvió a acometerlo en aquellos momentos la visión tantas veces sufrida: el infinito se hacía visible, como una inconmensurable y blanca llanura, en mitad de la cual, sentado sobre una piedra, yacía él desnudo y ridículo.

—“No se lo daré nunca; no se lo daré aunque me maten.”

Aspiró el aire tibio y suave de la noche.

—“¡No quiero que se burle! ¡No quiero que me compadezca!”

Apresuró el paso hasta dar con un templo que recordaba muy vagamente.

Era una especie de parroquia de provincia, deplorable, sucia, pintada de cal por dentro y de amarillo por fuera, con una cerca de ladrillos y un triste jardín enfrente, y en la cual había oído misa una mañana. Se introdujo con precaución. Estaba desierta, a excepción de dos sombras incognoscibles que rezaban sobre la primera fila de bancas. Bajo el coro, una vieja abominable, sentada casi en cuclillas, dormitaba con la boca abierta. Ante ella había una gran vitrina repleta de estampas, velas y amuletos. Antonino continuó en silencio, tratando de que nadie lo descubriera. Se persignó, hincándose rápidamente.

Todos los santos, desde sus pedestales, lo observaban socarronamente. Apretó los labios. Había, en especial, uno, rosado, calvo, feo, con una criatura en brazos, que lo trastornó desde un principio. Estaba encerrado en una espantosa urna, cubierto de polvo e iluminado por una lámpara de aceite. La llama titilaba a impulsos del aire y el antipático rostro del santo se convulsionaba en grotescos guiños. Nadie

podría haber dicho si se reía o lloraba o si tenía un agudo y terrible dolor, pero era fácil comprobar a simple vista que, desde luego, aquel hombre no había sido nunca bueno, ni milagroso, ni santo. Antonino miró hacia atrás. La vieja dormía y todo se hallaba como antes.

—“No quiero que se burle. No quiero que me compadezca.”

Depositó el paquete bajo una banca y se puso en pie.

Temblaba y estaba tan pálido como si acabara de cometer un crimen. Miró por última vez al paquete y echó a andar. Cruzaba ahora ante un Nazareno, con su túnica morada y el semblante cadavérico. Se santiguó. En la puerta, en cambio, no lo hizo, según es costumbre en los fieles. Oyó, sí, que la vieja roncaba. Alguien se tropezó con él en el pórtico: le habría escupido de buena gana a la cara, pero estaba lejos de atreverse. Sentía frío; frío en los labios, en las manos, en la sangre, en el corazón. Nada le habría calmado aquella noche aquel frío.

En cuanto llegó a su casa, dijo:

—No han querido subirme el sueldo, ¡te lo decía!

No habló más. No comió nada. Y se durmió.

IV

HABIAN llegado de Ixtapalapa unos parientes de Elvira.

Eran éstos una tía suya —hermana de su madre, difunta—, su marido, un sobrino de aquélla y tres chiquillos. Venían cinco o seis veces al año, generalmente durante las fiestas nacionales: quince y dieciséis de Septiembre, veinte de Noviembre, cinco de Mayo, cinco de Febrero. . .

Hoy era el cinco de Febrero y se proponían ir al circo. Habían llegado en la mañana, alrededor de las once, y concluían de almorzar en casa de Antonino, según era su costumbre. Como la mesa era muy pequeña y no disponían más que de seis sillas, comieron en primer término los niños; a continuación, las personas mayores. Todos hablaban ruidosa y alegremente, a un tiempo, un poco excitados por la cer-

veza que habían bebido, por el calor y la satisfacción natural de hallarse nuevamente reunidos.

Don Demetrio era el que mayor furia imprimía a sus palabras, retorciéndose constantemente los bigotes y tosiendo o riendo hasta que se le llenaban los ojos de lágrimas. Tenía una tienda de abarrotes en el pueblo, un soberbio reloj de plata y un cuello tan grueso y sólido como el de un toro. Su vida era apacible, insulsa, desahogada, sin mayores preocupaciones económicas, y, ocasionalmente—no todos los días, por supuesto—solía mostrarse hasta original y espléndido con sus familiares y amigos. Acontecía esto, por lo general, durante la época de las piñatas.

Las piñatas de don Demetrio se habían hecho célebres en Ixtapalapa, y Elvira creía recordar muy bien otros tiempos, años antes de conocer a Antonio, cuando vivía su madre, y don Demetrio era un personaje hecho y derecho, bastante más hecho y derecho que ahora, demasiado importante.

Sus recuerdos a este respecto, como todo recuerdo lejano, eran melancólicos y fantásticos.

Guardaba, por ejemplo, la visión de un patio enorme, cuadrado, rodeado de arcadas, de donde colgaban en largas filas ondulantes infinidad de farolillos chinos; una orquesta descomunal, compuesta de sepa Dios cuántos músicos, vestidos todos de charro, y con unos violines resplandecientes que mecían

o agitaban a la luz de la luna; multitud de parejas que bailaban al son de esa extraordinaria música, riendo sin cesar hasta la madrugada; cohetes y luces de Bengala; botellas, muchas botellas, de las más raras formas y colores; fritangas, golosinas, refrescos en cantidades fabulosas, que eran distribuidos en grandes vasos azules o en platos de loza muy fina, y que al chocar unos contra otros o tropezar con los dientes producían un estrépito delicioso. Y recordaba a su madre—casi siempre enferma, abúlica, ojerosa—sentada en un sillón de cuero, bajo una de aquellas arcadas, al lado de don Demetrio. Y se recordaba a sí misma, apenas con diez u once años, vestida toda de blanco, a excepción de unas medias azules de lana, sostenidas sobre las rodillas por unas ligas también azules...

En aquella época don Demetrio parecía mucho más alto y viejo que ahora, y su mujer menos gorda, más bullanguera y afable. Todos eran más alegres, y Elvira no lograba desentrañar las causas de este cambio, mas le parecía adivinar que los años de ella, o los de ellos, o los de todos juntos reunidos, habían operado la catástrofe. De cualquier modo, experimentaba una angustia agudísima al comprobar que los únicos supervivientes de su familia no eran felices del todo. Gustaba siempre de verlos. Gustaba de oírles hablar y añorar tantas cosas. Gustaba de

recordar a su madre. Cuantas veces se dejaban ver por México, ella los acompañaba a todas partes, no importa que Antonino no lo hiciera. Se sentía alegre y confiada a su lado; y más joven. Tal vez después que partían no volvía a dedicarles un solo recuerdo, pero al verlos entrar en su casa los abrazaba y besaba, y en su alma renacía como por encanto una vida dulce, ligera y tranquila.

Don Demetrio le traía el recuerdo de su madre. Recuerdos tiernos, purísimos, de una sencillez que la asombraba, de un fervor, una paz, verdaderamente envidiables.

Su tía —cosa extraña— no le recordaba a su madre. Escasamente las había visto juntas dos o tres veces. Le traía a la memoria una época dolorosa y breve de su infancia durante la cual había estado gravemente enferma de escarlatina y, por razones que nunca pudo saber, su madre se había mantenido alejada de ella. Cuatro o cinco semanas aproximadamente... Entonces, la tía Lucha —como la llamó siempre— había permanecido a la cabecera de su cama, sentada en una mecedora de mimbre, tejiendo o bordando, narrándole largas e inverosímiles historias, peinándole los bucles con un gran peine de concha, o, ya, en plena convalecencia, acompañándola a la iglesia, al mercado, al campo, siempre del brazo, como una encantadora hermana mayor.

Su adolescencia pertenecía a su primo. Habían vivido y jugado juntos; habían paseado juntos infinidad de veces; habían reñido, se habían besado e, incluso, habían cometido por entre los matorrales alguna alegre y perdonable diablura. Fué el despertar de su amor.

Ahora Lauro había crecido —era poco menos que un gigante— y había perdido un brazo bajo las ruedas de un tren.

Aquella mano que tanto gustara ella de aprisionar entre las suyas, y que tantas, tantísimas veces había sentido temblar y deslizarse por entre sus ropas, no existía, como no existía tampoco su sonrisa juvenil y optimista, ni su porte marcial y resuelto. Le llamaban “el cadete” y en la actualidad era simplemente un mocetón atlético, de facciones no muy agradables, que escondía sin ningún pudor la manga vacía de su zamarra en un bolsillo y casi nunca se peinaba. Quedaban su voz ronca, sus grandes ojos castaños y unos movimientos fuertes, un poco brutales, que habrían podido resultar hasta bellos, de no tratar de disimularlos.

Don Demetrio sorbía el café y repetía las mismas cosas de otros años, dirigiéndose particularmente a Antonino, quien escuchaba con la cabeza un poco ladeada. Considerábalo un muchacho hábil e inte-

ligente, de irreprochable conducta, pero que había equivocado el camino.

—Tú podrías hacer muy buen dinero si quisieras —le prevenía con frecuencia—. ¡De seguro que lo harías si abandonaras esas cosas del periódico que no dan para nada! ¡Yo mismo podría ayudarte, estoy dispuesto!... ¿qué te parece?

Antonino no replicaba, limitándose a sonreír, y don Demetrio exclamaba:

—Es cuestión de que te decidas. ¡A ver si la próxima vez!

Y la próxima vez sucedía lo mismo. Hoy, afortunadamente, ya había pasado ese momento tan embarazoso.

—¡A ver si la próxima vez, hombre! ¡De veras!

No se aburría Antonino oyendo hablar a don Demetrio, ni le irritaban aquellas reuniones tan tristes, porque pensaba que, bien vistas las cosas, nada mejor podría hacerse en la vida. Pero en cuanto partían todos para el pueblo y se quedaba a solas con su familia, sentíase más desahogado y libre y respiraba mejor. Un rumor sordo, continuo, como el rumor del mar, quedábase zumbando en la cabeza durante días y días; después volvía el silencio, y el silencio no era mejor. Rumor y silencio eran igualmente desapacibles. Pero don Demetrio no tenía la culpa.

—¡Salud! ¡Salud! —repetía a breves intervalos el tío, levantando su vaso de cerveza, cuya espuma le quedaba largo rato suspendida de los bigotes—. ¡Salud, y que la suerte nos sea propicia!

Todos, imitándole, alzaban sus copas y se sonreían vagamente a través del cristal; o se reían escandalosamente y sin ganas, aparentando sentirse más alegres de lo que estaban; o se miraban del modo más grave, sin pensar en nada, impelidos por la misma fuerza oculta que los había reunido en la vida.

—¡Salud! ¡Salud!

Eran las cuatro de la tarde. Faltaban, pues, cuarenta y cinco minutos para que comenzara el circo. Don Demetrio consultó el reloj de plata y dijo:

—¡Mujeres, a arreglarse!...—Y arrastraba penosamente la primera *a* de arreglarse, según suelen hacer siempre los cobradores de camiones.

En seguida llamó a los chiquillos, que jugaban en la habitación de al lado, los hizo ponerse en fila y les fué dando una moneda a cada uno. Todos extendían su mano, sonreían estúpidamente y él los obligaba a dar las gracias, inclinando la cabeza.

—Tío Demetrio, ¿por qué se molesta usted de esa forma?—preguntó Antonino.

El tío lo miró agresivamente. Luego se echó a reír como un bárbaro. Todos se reían sin que viniera al caso.

—Pues, ¡me lleva el tren! porque soy su tío y me alegro mucho. ¡A ver, tú!...

Los niños bajaron a comprar dulces y, tan pronto desaparecieron, la casa quedó en silencio, a excepción del ruido que producían las sillas al ser arrastradas por la tarima. Las mujeres se fueron por el pasillo y quedaron a la mesa los hombres. Había una atmósfera densa, irrespirable, que podría haberse cortado con un cuchillo. En los platos se veían colillas, algunas todavía humeantes. Sonaba en la calle algún grito perdido o el bocinazo de un automóvil. Densos nubarrones ocultaban el sol desde hacía rato y, por momentos, amenazaba lluvia. La luz era muy débil y escasamente se distinguían unos a otros.

—¡Qué tiempo más perro! —exclamó Antonino, de pronto.

Miró al cielo y se calló.

—¡Habrán nublado en el Golfo! —comentó su tío.

—Sí, es cierto —asintió Antonino—. ¡Hay norte! Anoche leí algo a este respecto...

—El tiempo —continuó don Demetrio— ha cambiado notablemente. ¡Me refiero al clima!

—Ha cambiado sin duda —aceptó Antonino.

—¿Y tú sabes las causas?

Antonino miró a Lauro por ver si él las sabía, mas como éste permaneciera callado, se encogió de hombros.

—¡La tala de árboles, amigo! Talar los árboles es criminal, pernicioso, inaudito! Puede echarse abajo un árbol si es que verdaderamente existen motivos muy fuertes para ello, si es que prácticamente de ello depende el bienestar y la salud de un hombre o una familia... si es, en fin, que no hay otro remedio; pero debe plantarse otro en seguida. En mi tierra dicen —¡tú debes saberlo!—: "el árbol es el amigo del hombre." Y yo digo que lo es, ¿qué duda cabe? ¡A chaleco!

Volvió a nublarse el sol, y volvió a imperar en la casa una glacial penumbra. Sin hacer frío, se sentía.

—¡Son los indígenas! —afirmó el tío—. En tanto el país no se vea libre de semejante chusma —lo cual va a resultar más difícil de lo que se creen algunos— el país no irá adelante. Y el país es rico, productivo, ¿me entiendes? ¡Disponemos de grandes recursos, de magníficas reservas de toda especie que deberíamos aprovechar como corresponde, a fin de ocupar el puesto que merecemos! Sin exageración, yo digo que con un poco de fibra, más honradez y menos horror al trabajo podríamos ir fácilmente a la cabeza del mundo... —Alzó el puño por encima de su cabeza, como si entre su puño y su cabeza existiera la misma relación que entre el admirable país de que hablaba y el mundo, y agregó: —Por ejemplo, ¡cuántas veces oye uno pregonar a gritos en el radio: "Contamos

con veinte millones de habitantes!" Muy bien, no lo dudo. Pero ponte tú a contar ahora despacio. Habitantes, habitantes, ¿cuántos?

Expulsó el humo con fuerza. Antonino iba a decir algo y no lo dijo. "A la cabeza del mundo." Le sonó pintoresca la frase y la repitió mentalmente un buen número de veces. Ir a la cabeza del mundo... los árboles... los indígenas...

—Todos tienen que vivir —prorrumpió sin interés.

—¡Justo, justo! —intervino don Demetrio, sacudiendo afirmativamente la mitad de su cuerpo—. ¿Y lo impide alguien? El hombre que se civiliza y progresa también vive. ¿O es que me quieres decir que Europa es un país de fantasmas? ¿Y Norteamérica? Eso de talar árboles es sólo un síntoma; el mal radica hondo, muy hondo.

Y agregó con el mayor misterio:

—Aquí dentro.

Se palpó el chaleco, apartando con los dedos las solapas de su saco. Antonino miró hacia allá y asintió en silencio. Consideraba tonto y necio todo aquello, extraordinariamente doloroso, no porque lo dijera don Demetrio, que al fin y a la postre era una persona como cualquiera otra, sino porque quien más, quien menos, todos parecían vivir muy seriamente preocupados por esto. "Ir a la cabeza del mun-

do." Y no encontraba en todo ello nada de halagador, envidiable o sorprendente. ¿Ir para qué? ¿Ir, ir a dónde? ¿Y a costa de qué? ¿Con qué fin?

—"Algún día tú y yo —pensó con sorna— estaremos bien quietos en un pozo."

Cuando don Demetrio se aburrió de hablar del país, habló de la aviación, de los gases asfixiantes y de la Decena Trágica. En seguida consultó el reloj por segunda vez, pensando que llegarían tarde al circo.

Aparecieron los niños, de los cuales todo el mundo se había olvidado.

—¿Listaaas?... —gritó el tío, haciendo la voz muy ronca e imitando de nuevo a los cobradores de camiones.

Antonino debió sonreír.

—¡Son terribles las mujeres! —confesó aquél.

—¡Terribles verdaderamente, tío!

Carraspeó Lauro y se puso en pie, ajustándose los pantalones. Ya era la hora. Entraron Elvira y la tía Lucha, esta última abrochándose los guantes. El sol se volvió a nublar y todos miraron inquietamente hacia el cielo.

—¿Lloverá? —preguntó Elvira; y su voz sonó tan sugestiva y dulce, que Antonino no supo ni qué pensar.

—No estaría por demás que llevaras paraguas —aconsejó el tío—. Casualmente hablábamos de eso hace un rato, ¿verdad? ¡Hay norte en el Golfo!

Todos los niños rodeaban a don Demetrio, contemplándolo admirativamente. Carlota y Liborio lo tenían en un elevado concepto, una especie de Santa Claus amigo que los paseaba en automóvil, los llevaba al circo y les compraba golosinas. Saltaban, reían, no lo dejaban en paz. Y calculaban para sus adentros qué deliciosas y lindas serían las cosas si aquel hombre tan rico fuera su padre...

Antonino no fué al circo. No fué, a pesar de los ruegos de su esposa, de las recriminaciones de don Demetrio, de los poderosos argumentos de su tía. No fué y se quedó solo, allí, a la puerta del comedor de su casa, apoyado en el muro, diciendo adiós con la mano a su familia.

—“A la cabeza del mundo”—. Y cerró de golpe la puerta. Al cerrarla, nadie supo qué hizo y pensó Antonino aquella tarde.

Pero lo más desagradable de todo sucedía en el circo.

A Elvira se le había subido un poco la cerveza y sus ojos tenían un brillo extraño, un parpadeo más lento y acariciante que de costumbre y un temblor apenas perceptible que a ella misma la sonrojaba. Más bien que en el circo, sentíase mecida en una lin-

da barca adornada con flores, sobre un agua verde y transparente, bajo un cielo tachonado de estrellas. Sentíase como en una noche muy cálida, en mitad de un paraje susurrante y misterioso donde cantaban los grillos, brillaba la luna y un olor penetrante a humedad y musgo ascendía de la enramada.

No conseguía hacerla reír el payaso: el payaso estaba abajo, en la pista, y ella tan alta que no lo veía. Se reía, sí, y todo el mundo podía atestiguarlo, pero de sí misma, como si le hicieran cosquillas en la garganta, en los oídos, en la lengua. No le importaban los acróbatas, ni experimentaba la menor emoción contemplando sus cabriolas: la emoción que ella sentía tenía orígenes distintos. Ni las fieras amaestradas, ni el domador vestido de verde, ni los contorsionistas con sus mallas blancas, ni aquel pequeño monstruo que saltaba sobre un barril, lograban conmoverla en absoluto; pero se sentía contenta, con un vivísimo deseo de que la función no terminara. La alegraban los gritos de júbilo de la gente, las risas alocadas de los niños, el singular e indefinible olor del circo y unos dulces de menta que mascaba. También la excitaba profundamente la voz de su primo cuando le hablaba.

Se habían sentado juntos, con Liborio y Carlota. Dos filas más abajo, don Demetrio y su familia. Las graderías se hallaban repletas y, afuera, empezaba

a caer la lluvia. Cuando alguien descorría las cortinas para dar paso a un nuevo artista, penetraba en el recinto un aire fresco, muy húmedo, oloroso a goma, estiércol y aserrín.

No sabía dónde, en qué rincón de la tierra, se había quedado Antonino. Le sonó extraño este nombre, casi tanto como una palabra extranjera, y contuvo un poco la risa, pues deseaba pensar en su marido; pero él se encontraba en la orilla y ella bogaba muy lejos. Se entristeció de momento y tornó a reír. Rió con más fuerza que otras veces, y la risa le agitó el cuerpo, iluminó sus ojos y no le permitió estarse quieta.

Era dulce, pensativa, débil, y en semejantes momentos parecía una fierecilla salvaje, pujante, agresiva y ágil, ansiosa de todas las libertades, de todos los parajes sombríos.

No era tan tonto su primo que no se percatase de esto y, si no exactamente de esto, al menos de que aquel menudo cuerpo vibrátil era mil veces más embriagador y adorable que todos los circos del mundo.

Por otra parte, era joven y la había cortejado demasiado tiempo. Desde entonces —pensaba ahora— nunca la había vuelto a ver así. Desde entonces, cuando emboscados tras los matorrales, o un muro, o un tronco, o una puerta, la tomaba por la cintura y se la llevaba como una pluma a los labios; o cuando

salían de paseo, silenciosos, muy juntos, sin lograr despegar sus manos, y las golondrinas, libres y alegres, en grandes bandadas oscuras, chillaban sobre sus cabezas. En aquella época él tenía los dos brazos para estrecharla, y ahora solamente uno. Tal cosa lo conmovió. Podría decirse que lo conmovió tan vivamente, que nunca antes había echado en falta aquel miembro. Movié el muñón y se movió la manga. Parecía un guiñapo. Suspiró. Pero fué sólo un instante: allí estaba ella con su risa provocativa y clara, su juventud excitante y sus tiernos y húmedos labios que no había vuelto a besar. Su pecho, pequeño y duro, se estremecía muy dulcemente, y sus dos manos se movían de un lado para otro como dos mariposas.

Jamás mujer alguna se le había presentado más bella y seductora, más próxima y deseable. A él tampoco le importaban los acróbatas. Tenía aquella ardorosa promesa a su lado y el resto desaparecía íntegramente. Desaparecía lo cercano y lo lejano: Carlota, Liborio, sus tíos, Ixtapalapa, los caballos que galopaban en círculo, arrojando espuma por la boca. Al pensar en Antonino, tampoco experimentó el más ligero sobresalto. Por el contrario, antojósele más ridículo que nunca aquel hombre pálido, indeciso, tan parecido a un gorrión, al cual podría darle un puñetazo en las narices hoy o mañana o el día que mejor

le conviniera. Luego admitió con desprecio que ni esto merecía la pena.

La cerveza y Elvira obligáronlo a pensar que ella se aburría; se aburría en su casa y en el circo estaba alegre. ¿Qué era, pues, lo que la alegraba tanto?

Torpe y hosco, como había nacido y sido siempre, se acercó al oído de su prima.

—Me gustan mucho esos lunares —dijo.

Elvira lo miró riendo.

—¿Qué lunares? —preguntó en voz alta, como si se hallara sola.

—Los lunares esos de tu vestido...

Se tiró ella de la falda brevemente y contempló los acróbatas. Se había puesto un poco roja, pero su primo consideró que no había comprendido.

—¡Estaría bien besarlos todos! —añadió.

Elvira no lo miraba ahora. ¿Navegaba aún?

—¡Dame un dulce! —exigió él.

Elvira tomó el paquete que apresaba Liborio entre sus piernas y se lo ofreció a Lauro. Fué éste a elegir el dulce, aunque prefirió anticipadamente sujetarle la mano, y así habrían permanecido no sé cuánto tiempo a no ser por don Demetrio, quien retorciéndose sobre el asiento, apuntaba hacia un artista.

—No, eso no, Lauro... —suplicó después ella muy tiernamente, sin firmeza, implorando con su

mirada no se sabía si una caricia o lástima—. ¿Estás loco? Anda, seamos formales...

Su voz temblaba, su risa sonaba falsa. Tal vez no tuviera ya ganas de reír. En realidad, parecía comenzar a interesarse muy seriamente por lo que ocurría en la pista.

Preguntó Liborio:

—¿Si se cae, se mata?

Su madre no debió oírle.

—¿Si se cae, se mata, mamá?

Una mujer se lanzó al aire y la recibió en brazos su compañero. Así, en un frenético y deliberado abrazo continuaron meciéndose arriba, por encima de los espectadores, más que como dos seres humanos como dos blancas e inofensivas gaviotas. Elvira se sentía incómoda y miró a su primo. La mirada de éste la sobrecogió. No eran bromas aquello.

—¡A poco es que ya no me quieres!

No había vuelto a pensar en ello, mas de todos modos procuró pensarlo ahora, conviniendo desde un principio en que no, no lo quería.

—¿Me quieres, sí o no?

Tenía el cuello lleno de venas, como si le apretara la corbata. Eructó y pensó en abrazarla.

—Nos queríamos mucho antes...

—¡Lauro, pueden oírte los niños!

—A mí no me importa gran cosa que me oiga nadie. ¿A ti, sí?

—A mí, sí, por favor.

Habló entonces más bajo.

—En serio, ¿verdad que sí nos queríamos?

—Sí, sí nos queríamos, pero ahora déjame... todo es distinto. ¿No te das cuenta? —Y, sin embargo, a juzgar por tantas secretas, lánguidas y fatales razones, parecía que sí era lo mismo. Parecía que se hallaban, no en el circo, él sin un brazo y ella con sus dos hijos, sino mucho más lejos y solos: en la parte de atrás del establo, por ejemplo, adosados al muro como dos crucificados.

Lauro comprendió bien esto y fué deslizándose su brazo hasta apoyarlo en el de ella. Elvira hizo por retirarlo, no lo retiró al fin, y él recibió el calor de su carne, un leve aroma a jazmines que hasta ahora le había pasado inadvertido, su respiración.

—Pasado mañana vendré a verte —dijo.

Don Demetrio les mostró el programa desde su asiento: algo insólito se acercaba. Con toda la vista nublada, Elvira siguió el gesto de su tío, aparentando leer. Sólo leyó una cosa: una palabra seca y breve, dura, fea, que alguien había escrito con tinta roja sobre el programa, y cuyas letras eran agudas, res-

plandecientes, como el filo de otros tantos cuchillos. No obstante, agitó su linda cabeza y dijo:

—¡Sí, sí, qué bien!

—Te vendré a ver a las once. Necesito hablar contigo.

Ella callaba ahora y sentía como si la barca en la cual navegaba acabara de precipitarse por una infernal catarata, no de agua, sino de piedras, a cual más aguda y sonora.

—En la puerta de Santa Ana a las once.

¿Qué hacía que no contestaba?

—A las once, di.

Quiso negarse, decir que no, hablar algo con Liborio y Carlota, volver a reír; pero no conseguía ni apartar el brazo, ni mover de algún modo la lengua, ni cerciorarse de que no iría. Sin poderlo evitar, tenía la cabeza llena de un solo murmullo que la angustiaba: "Antes nos queríamos bastante." Y los dientes de Lauro eran muy blancos, y su cuerpo alto, fornido, parecía una montaña.

—A las once en la puerta de Santa Ana, ¿o no?

Se encogió ella de hombros y miró a su primo tristemente. Luego se puso a pensar en Antonino y le entraron ganas de llorar. Se le ocurrió pensar que aquel hombre tan puro y limpio, que era su marido,

estaría ahora en la ventana de su casa, mirando sin mirar nada, como lo hacía casi siempre, de frente a la chimenea de la fábrica, bajo la lluvia que caía.

Sopló de nuevo el viento y Elvira se estremeció. Tenía ya la cabeza despejada como si no hubiera probado una gota de cerveza.

V

NO fué nada extraño que Elvira aquella noche tuviera los más espantosos e incomprensibles sueños.

“Se hallaba primeramente en el circo, sentada sobre una tabla húmeda, con sus hijos. En la pista, un payaso, que era su primo, hacía contorsiones y se desnudaba, tirando la ropa por encima de su cabeza sobre una red llena de flores. De pronto la gente gritaba, se levantaba de sus asientos y echaba a correr despavorida. Se vaciaba el circo. Había quedado su primo enteramente desnudo, pero en vez de un hombre común y corriente tratábase de un orangután gigantesco, cubierto de un vello rojizo y sin un brazo. Tenía volteados los ojos, cual si sufriera mucho, y aullaba de cuando en cuando igual que un perro o un lobo. Pretendió también ella escapar con sus hi-

jos, mas, al volverse a mirarlos, notó que la cabeza de Liborio había crecido desmesuradamente hasta el punto de que apenas si lograba sostenerla sobre los hombros. La cabeza crecía, crecía, lo mismo que un globo al que se da aire, y como un globo estalló. El circo se llenó de humo y su hijo cayó muerto.”

“Se hallaba ahora en el campo y era la primavera. Cantaban los pájaros —una especie de zenzontles—, saltaban los grillos, y todo lo que alcanzaba la vista estaba cubierto de flores. Ella estaba junto a un río, totalmente desnuda, sin atreverse a mover un dedo por miedo a que alguien la descubriera; estaba en cuclillas, junto a una roca cubierta de musgo, y aguardaba a Antonino. Iban a desposarse esa mañana... Pero Antonino no aparecía y se hacía tarde. Llamaba muy cerca una campana. Se oían voces. De pronto se presentó el novio, muy sofocado, con un paquete bajo el brazo y los zapatos llenos de lodo. Se abrazaron fuerte, muy fuerte, mientras la campana repicaba más aprisa.

—Vístete rápido, que ya es tarde —prorrumpió él. Y le entregó el paquete.

Mas el paquete no se abría, no obstante que Antonino la ayudaba con los dos brazos. Pesaba mucho y tuvieron que posarlo en el suelo. Por fin se abrió y apareció un vestido amarillo, larguísimo, más o menos de seda. Cuando Elvira se disponía a ponérselo,

bajó del cielo un zopilote y le arrebató la prenda. Allá iba volando el pájaro, tan alto que apenas se le veía. Y entonces el cielo se puso rojo, cantaron a un tiempo todos los gallos, Antonino huyó por la llanura y ella perdió el sentido.”

Cuando despertó, soñaba esto:

“Alguien la había atado de pies y manos en su cama y la contemplaba en silencio. Era un hombre alto, desconocido, del tamaño de un gigante. La habitación se hallaba a oscuras y Elvira sentía que se ahogaba, en virtud de que el techo era muy bajo y las ventanas estaban cerradas. Entonces se encendió una lámpara en la mesa y se abrió una puerta. Ya no vió más al gigante, sino que apareció en el vano un brazo solo, sin cuerpo, arremangado hasta el codo y con la mano abierta. Quería ella gritar a toda costa, romper las ligaduras, saltar del lecho, abrir la ventana y pedir socorro. Inútil. Ni el más leve movimiento le era permitido. Y el brazo se acercaba peligrosamente, sin acertar muy bien con su víctima. Cuando despertó junto a Antonino, ya la mano le alcanzaba el vientre y se lo oprimía con el puño cerrado. La mano estaba fría como el hielo, era gruesa y sudaba...”

Rompió a llorar, acurrucada contra el cuerpo de su marido.

Eran lágrimas amargas, pesadas, que le resbalaban por las mejillas y le entraban en la boca o se le escapaban brincando hasta las sábanas; lágrimas como no había derramado nunca, ni aun cuando murió su madre. No se decidía a abrir del todo los ojos por miedo a ver de nuevo aquel puño apretándole el vientre, o aquella funesta cabeza que se bamboleaba sobre los hombros de Liborio, o aquel zopilote maldito que volando entre las nubes le había robado el vestido. Y repetía por lo bajo promesas tristes de amor y arrepentimiento, renegaba de algo y aborreecía el circo.

—¡Antonino! ¡Antonino! ¡Antonino!

Su misma voz la asustó por débil, lejana y sollozante.

Volaba una mariposa de luz alrededor de la lámpara. Luego se le reunió otra, y las dos evolucionaron largamente hasta perderse detrás de un mueble.

—Antonino, escúchame. . .

Sí la escuchaba entre sueños, pero no deseaba oírla más claramente.

—¡Tengo miedo!

Sudaba y le dolía la cabeza por varias partes. Se frotó las manos heladas. Volvió a sentir frío.

—¡Antonino! —Y su voz prometía nuevas y más dolorosas lágrimas, y se había inclinado con temor sobre su marido, y le pasaba dulcemente la ma-

no por entre sus cabellos, cuidando en el fondo de no sobresaltarlo.

No dormía Antonino porque se había despertado hacía rato, desde que su mujer dejó escapar el primer gemido. No obstante, yacía inmóvil, sobre el costado derecho, con los párpados bien apretados. Sabía de sobra que si pronunciaba una sola palabra ahuyentaría el sueño, y deseaba con toda el alma dormir.

Con el rabillo del ojo consultó el despertador: eran exactamente las tres y dieciocho minutos. Estiró cuanto pudo las piernas y se tapó la cara con las mantas. ¿Apagaría o no su mujer la luz? No le agradaban lo más mínimo aquella mano helada que le recorría los cabellos, ni aquella voz suplicante, temblorosa, frágil, que le hablaba desde muy cerca, ni le agradaba tampoco el aliento cálido de Elvira, que despertaba en él irreprimibles impulsos. Deseaba dormir, y eso era todo. Dormir, dormir profunda e interrumpidamente, mientras afuera golpeaba la lluvia, el viento sacudía los cristales, tosía Carlota en la habitación contigua, silbaba en algún bosque un tren y el silencio volvía de nuevo.

¡Oh, su mujer era implacable! Lo llamaba, lo requería ávidamente, le acariciaba las mejillas, hasta temblaba un poco junto a él.

—“Verdaderamente está muy asustada”—pensó.

Y a poco:

—“¡Qué terquedad!”

Hizo un mohín de disgusto y contrajo las piernas; pero sus rodillas rozaron el vientre de Elvira, y en el cerebro del hombre se iluminó de pronto una imagen casi olvidada: la de aquel bello cuerpo desnudo, cada día más ardiente y vivo, que se entreabría junto a él ahora igual que una flor deseable y fresca. Se estrechó involuntariamente. Bajo las sábanas, a un tiempo, mil dedos invisibles lo suspendieron arrebatadamente. Casi estuvo a punto de hablar. ¿Haría? Intentó otra vez dormir, aunque sin apartar las rodillas. Se olvidó, en lo posible, de otras cosas. Miró de nuevo al reloj, que había avanzado unos minutos. ¿Unos minutos qué son?

—Te lo juro, no sé qué siento. . .

¿Unos minutos qué son?

E insistía Elvira en mirar hacia la puerta porque una vez creyó descubrir que algo por allí se movía. Y otra vez metió la mano dentro del embozo para palparle el pecho a Antonino, pues se le ocurrió pensar si el cuerpo de su marido estaría lleno de vellos rojos. Y otra vez estalló un neumático en la calle, y Elvira exhaló un pequeño grito; en seguida se levantó y marchó descalza a la habitación de al lado para cerciorarse de que a Liborio no le había estallado la cabeza. Antonino la vio salir, y vio asimismo de qué forma tan dulce se mecía su pecho, más bello que

desnudo; vió que era delgada, ligera, elástica, y tan morena que su piel se traslucía por debajo de la camisa; vió también que los cabellos le caían alegremente sobre los hombros. Llevaba nueve años viendo semejantes cosas y jamás las había advertido con tanta precisión como ahora. Hasta se sorprendía de que aquel cuerpo palpitante y dócil fuera suyo, de que alguna vez lo hubiera estrechado perdidamente entre sus manos y de que nadie, nadie en el mundo, sino él, pudiera disponer de sus encantos. Sonrió, ya con los ojos abiertos, mientras ella se hallaba ausente. ¿Unos minutos qué son? Oyó que volvía y le dió la espalda. Era preferible que fuera así.

Miraba ahora al empapelado violeta de la pared y al marco de la ventana, junto al cual asomaba la cal por entre dos deplorables flores.

Allí mismo, un poco más arriba del lugar en que tenía puesta la vista, colgaba un retrato bastante antiguo y triste: su retrato de bodas. Estaban ambos encaramados en una especie de plataforma, él muy tieso y serio, con una perla gris en la corbata, y su mujer apoyada levemente, con cierta languidez ficticia, en una figura geométrica que resplandecía como si fuera de plata. Los dos se veían más delgados, y principalmente él parecía un adolescente. En realidad, mejor que un retrato de bodas parecía un recuerdo de primera comunión.

No sonrió ya, sino que apretó los dientes.

Elvira cruzó ante él y llenó un vaso de agua. Bebió con toda calma y volvió a posar el vaso. Sus labios habían quedado algo húmedos y adivinábase en ellos un delicioso temblor. Rodeó nuevamente la cama, separó el embozo y se deslizó junto a su marido. Apagó la luz. Se hizo silencio, y Antonino comprendió inmediatamente que convendría hablar para que su mujer no se durmiera.

—Has tenido una pesadilla. . . —prorrumpió amorradamente, de espaldas a ella, sin mover adrede los labios.

Elvira se estrechó más todavía, animada por la voz. No contestó; no tenía nada que decir.

—¿Están bien los niños? —fingió él.

Oyó muy vagamente, sin interés:

—Sí, los dejé durmiendo.

Hubo una pausa.

—¿Te sientes más tranquila?

—¡Ya, ya me siento mejor!

Fué él a solicitar algún detalle de aquel misterioso sueño —de fijo un sueño de fieras— mas comprendió que la cosa se haría larga.

—¿Te das cuenta ahora de que al fin y al cabo no eres más que una niña? —aventuró. Luego agregó no sé qué expresiones demasiado tiernas, inofensivas, sin conexión.

Le hablaba con extrema cortesía y humildad, como después de un disgusto. Sin comprender los motivos, advertíase extraño, lejano a su mujer, tanto o más que en su noche de bodas. Antojábasele que a cada palabra que pronunciaba, a cada ademán, era fácil adivinar sus propósitos, y esto lo degradaba ante su propia conciencia, convirtiéndolo casi en un malhechor. ¿Qué pensaría de él?

No era la obscuridad absoluta porque ascendía de la calle un débil resplandor lácteo que, atravesando la ventana, proyectaba los contornos de los muebles; ni el silencio era tampoco absoluto, en virtud de la noche tan mala que hacía. Por el contrario, todo en el interior del lecho era tibio, acogedor y blando.

—Bueno, no te preocupes más ¡ya pasó todo!

Ni remotamente era eso lo que Antonino deseaba dar a entender. Parecía, en efecto, que la invitaba a dormir. Y así lo interpretó ella.

—Sí, ya estoy mucho más tranquila. ¡Duérmete!

Le apoyó a él una mano en el hombro y se quedó inmóvil.

A su espalda, Antonino percibía dos ojos grandes, estáticos, más abiertos que nunca por el insomnio, y le hubiera gustado cerrarlos con un beso. Le hubiera gustado volverse y apretar a su mujer con todas sus fuerzas, haciendo que el corazón de ella ba-

tiera tan cerca, que lo sintiera él como suyo. Le hubiera gustado arrancar de aquellos labios aquellas palabras incoherentes, un poco guturales, alocadas, que se sabía de memoria, pero que no escuchara en tanto tiempo. Sentía sed, y aquella boca húmeda, que era suya, estaba allí a su lado, dispuesta y libre, apta y fresca, como una fuente manando, manando. ¿Se inclinaría y bebería? ¿Bebería plena y locamente dejando que el agua le chorreara hasta el cuello y el fulgor del cielo lo cegara? ¿Así, así, boca arriba, tendido en una muelle pradera, agitado todo él por la brisa, una ardiente y perfumada brisa que venía del desierto y del océano y que traía todos los olores, todos los sabores, todas las virtudes y los impulsos? ¿Bebería de su fuente propia?

Lo juzgó brutal y grosero, del peor gusto.

Heriría a Elvira, y esto le parecía una bajeza. A la menor insinuación de él, ella extendería un brazo y le taparía delicadamente la boca; al primer ademán, apartaría suavemente su cuerpo y le detendría la mano. Había llorado, suspiraba todavía, temblaba un poco de miedo, y resultaba inicuo lastimarla en un abrazo. Quizá después.

La dejó dormirse.

Se iba poco a poco la noche, lenta, sigilosa, dulcemente. Muy pronto amanecería.

Amaneció, y Antonino dormía. Se había dormido impensadamente de cara al muro, frente a su retrato de bodas. Y Elvira dormía igualmente, con los labios entreabiertos, muy inquieta y ojerosa, deslavad las mejillas por el llanto. Dormían ambos, y el viento había cesado de golpear. No llovía. Brillaba, en cambio, un sol dorado y tibio que resbalaba por las paredes y el techo como en la superficie de un río. Sonó el despertador y Antonino se incorporó de un salto. ¿Unos minutos qué son? Pero todo había pasado: la noche, el frío, la pasión y la lluvia.

Elvira despertó también y se enderezó.

Luego se miraron incomprensiblemente, uno frente a otro, no sabían si de lejos o de cerca, si con los ojos o con qué, pero larga, larga y angustiosamente, perdidos en Dios sabe qué mundos, somnolientos, indecisos, asustados de sí mismos y de cuanto los rodeaba, con una mirada desconfiada y triste, tan de hombres, que impulsaba a llorar irresistiblemente.

VI

HABIA dicho Lauro:
—“A las once en la puerta de Santa Ana,
¿o no?”

Y eran precisamente las diez y media de aquel día.

¿Iría Elvira? ¡No, no iría de ningún modo! ¡No
iría, por supuesto!

Se horrorizó de su simple duda. ¿Qué significaba
aquello? ¿Es que ella, ella misma, Elvira, la esposa
de Antonino, la madre de Liborio y Carlota, la hija de
aquella mujer santa que se llamó en vida Agueda, ella
misma, Elvira, con su vestido blanco de lunares rojos,
era capaz de cometer semejante acto? ¿Tratábase qui-
zá de una impúdica, de una perversa, de una de esas
abominables mujeres que con tanta frecuencia apare-
cen en los diarios? ¿De uno de esos depravados seres
que con los mismos labios infectos contaminan al ma-

rido, a los hijos y al amante?... ¿Y por qué mencionar a los hijos? ¿No era suficiente con Antonino? ¿Por qué razón iba ella a hacerle eso a su marido? ¿No amaba a Antonino? ¿No la amaba recíprocamente él?

Sí, sí, ella amaba a todos: a su marido, a Liborio, a Carlota; amaba aún aquella ruinoso calle de Peralvillo; amaba su retrato de bodas; amaba el linóleo de la mesa, los muebles, los cuadros, la escalera retorcida y gris de su casa, el patio. Allí había vivido siempre, desde que había dejado de ser soltera; siempre, desde que había salido de Ixtapalapa. Y si era necesario, allí seguiría viviendo hasta hacerse vieja y morir. Se encontraba a gusto. ¿Por qué pensar entonces en la puerta de Santa Ana? ¿Por qué ir allá? ¿Qué había en aquella dichosa puerta que pudiera reclamar su corazón? ¿No lo tenía todo? Bueno, todo no; ¿pero quién en el mundo lo tiene? Tal vez un poco de dinero era lo que le estaba haciendo falta, y esto no era muy importante. Además, ¿podría hallarlo en la puerta de Santa Ana? Lo que hallaría sería otra cosa: la perdición y la vergüenza. Y ella no era una viciosa. Era la mujer de Antonino, la mamá de Liborio y Carlota, la hija de doña Agueda. ¡No iría de ningún modo! ¡No iría, por supuesto!

Y se avergonzó de haber mirado al reloj en tan terribles momentos.

Era una mañana clara, luminosa, limpia, y soplaba una ardiente brisa que hacía pensar necesariamente en el campo. Comenzaba prematuramente el calor. El cielo ofrecía un tinte metálico, era muy alto, pacífico, y parecía menos enigmático y abombado que otras veces. Abajo, en las calles, principalmente a la hora del mediodía, el alquitrán mostraba huellas profundas: huellas de personas, de ruedas, de perros. Por las noches se endurecían las huellas y quedaban unos surcos prolongados, irregulares, semejantes a largas cordilleras en miniatura. Hacia el Peñón, una chimenea alta, gris, dejaba escapar un humo espeso, gris también, continuo. Se respiraba dificultosamente y, sin embargo, era apenas el siete de febrero. Siete de febrero, y Elvira arrancó la hoja del calendario. Luego, con ella entre los dedos, se quedó mirando largo rato al cromo: representaba un charro y una china, sentados en el brocal de un pozo. Detrás había unos arcos. Bajo los arcos, un caballo listo. ¿Listo para qué?

Por la cabeza de Elvira cruzó como una llamada la imagen de un campo árido, pardo, lleno de órganos y magueyes; un campo con un solo arroyo en cuyas turbias aguas varias mujeres lavaban ropa, mientras sus hijos se zambullían en la corriente. El

cromo seguía allí, fijo en la pared y, sin embargo, había desaparecido a los ojos de Elvira. Ahora miraba a través de una ventana, por donde pasaron muchas cosas y, en especial, polvo; polvo pardo, espeso, como el humo de la fábrica, formando enormes nubes que precedían a un caballo a galope. Y sobre el caballo, un charro. Entonces rompió la hoja del calendario y suspiró. Le agradó momentáneamente recordar que una vez en Ixtapalapa había ordeñado una vaca: glu glu glu, y el cántaro se llenaba, flotaba en el aire no sé qué caliente y delicioso y el estiércol olía fuerte, muy fuerte...

¿Por qué había de ir a la puerta de Santa Ana?

Faltaba un cuarto para las once cuando Elvira entró a su habitación. ¡Qué bello, penetrante y saludable era el sol esa mañana! Se sentó en la cama, para levantarse de nuevo. Dió unos cuantos pasos y se sentó otra vez, ahora frente a un espejo redondo que reflejaba la mitad del cuarto. Libres los cabellos sobre los hombros, aún sin pintar los labios, desnudas las piernas y los suaves brazos, parecía más tierna y joven. Lo comprendió. Aquel vestido de lunares rojos, que sin detenerse a pensarlo bien se había puesto ese día, destacaba muy bellamente su pecho fino y alto y su talle trémulo y elástico. Su piel, tal vez en virtud de la intensa luz del cielo o de la dulce sombra de las cortinas, adquiriría gradualmente una

transparencia verde oscura que a ella misma la subyugó. Se miraba, se miraba en el espejo mecida en un lento vaivén: un vaivén muy semejante, por cierto, al que se experimenta en una linda barca, arrullada por las ondas, durante una cálida noche de verano. Y recordó el circo.

Su ilusión la llevó tan lejos, que creyó sentir a Lauro. Se incorporó. Estaba pálida y extraña, como una mujer dispuesta a todo. Cerró de golpe la ventana y comenzó a desnudarse a toda prisa. Repetía:

—¡No iré, no iré, no iré de ningún modo!

No fué.

Sonó en algún lugar la hora, y Elvira tenía ya encima un feo vestido de percal. Mas, a un tiempo, fuése apoderando de ella una melancolía indecible, sorda, pesadísima, como ante la inminente partida de un tren. Parecíale que estaba sobre un andén solitario, bajo la lluvia que caía, diciendo adiós con el pañuelo a alguien. No logró apartar la vista del reloj en mucho tiempo: el minuterero avanzaba rauda e inevitablemente. Todo había terminado. Y se imaginó de pronto, con una especie de escalofrío, la triste puerta de Santa Ana, vieja, abandonada, recién pintada de verde, con un mendigo únicamente junto a los laureles en flor.

¿Iba a ceder? ¿Iba a pronunciar a solas —¡a so-

las, y esto era lo más grave!— aquel nombre que no debía? ¿Iba a pecar al fin?

Consideró bien inocente su culpa y se dejó caer violentamente contra el lecho.

—¡Lauro! ¡Lauro! ¡Lauro!

Apretó los dientes para no gritar.

—¡Dios mío!

Pasó algo extraño por ella.

Luego, sin fuerzas, aturdida, con un decaimiento infinito, rompió a andar sin saber hacia dónde, deseando ya muy firmemente que Antonino estuviera de vuelta.

Tenía la impresión de que una espantosa catástrofe se avecinaba.

Sintió frío y buscó el sol. En la cocina de su departamento goteaba un grifo; acercó la boca y bebió. Comenzaría a lavar... Arriba, tal vez en la azotea, alguien golpeaba rítmicamente sobre una superficie de lámina. Una mujer cantaba; cantaba, y ladraba un perro, y olía a guisos y a jabón. En eso sonó el timbre. Tuvo el más grave presentimiento de su vida. Acudió, y le entregaron la punta de un sobre, escrita a lápiz tinta. Decía: "Te espero junto al cine. Me urge hablar contigo."

Todo empezó a girar, girar, y bajó.

Allá iba por la escalera, con los ojos casi cerrados, rozando muy suavemente el pasamano, conte-

niendo la respiración. Más que por una escalera bajaba por una rampa resbaladiza y pendiente, en la cual era imposible de todo punto disminuir la marcha. Se ahogaría sin remedio si no salía cuanto antes a la intemperie.

La deslumbró la luz. Miró repetidas veces a todos lados, sin descubrir a nadie. Entonces reparó en un auto: suponía cuál. Echó a andar. Allí estaba su primo, justamente él, como habría estado media hora antes en la puerta de Santa Ana. "¡Maldita puerta de Santa Ana!" —que habría dicho Antonino si supiera.

—Laur...

Se trataba de obrar. La empujó dentro del coche y cerró de golpe la portezuela. En seguida ordenó al chofer:

—De frente.

Por Peralvillo iban, al filo del mediodía, los dos juntos y callados, por entre dos largas hileras de vehículos. El chofer torció después a la derecha y pronto desembocaron en una calle sórdida, polvorienta, de casas muy bajas y grises, donde Lauro comenzó a hablar. Estaba muy afectado y tenía contraídas las mandíbulas. Se notaba que había sudado abundantemente.

—¡Te lo debías de haber supuesto! —dijo.

Hablaba altanera y neciamente, sin osar mirar

a su prima, moviendo o, más bien, agitando su muñón.

—A la derecha —volvió a ordenar. Y ya iban hacia Guerrero.

—Ahí, en la próxima esquina.

Pagó con un billete que traía en la mano y penetraron en un café. El establecimiento estaba solo, tenía no más de seis mesitas, y alguien por entre las bancas —no se podría aventurar si mujer u hombre— fregaba el piso. Al fondo había una lámpara encendida, cubierta con un papel color de rosa. Sonaba lejos, por la calle, un radio.

—¡Dos cafés! —pidió el hombre. Y se quedaron quietos, ensimismados, como esperando algo muy grave, con las rodillas juntas bajo la mesa. Así permanecieron un buen rato, hasta que llegó el camarero con las tazas y los platos y los fué distribuyendo perezosamente. El café no humeaba y olía a mariscos. Ninguno de los dos, por lo pronto, hizo ademán de beberlo. Comenzó él, en cambio, a golpear la mesa con los dedos.

—¡Bueno!... ya estamos solos.

Probó a sonreír del modo más estúpido y siguió golpeando. Luego dijo:

—¿Qué tal?

Siguió un dilatado silencio, que era extraño y misterioso, lleno de oscuros presagios.

—¡Anda, bébete ese café que se te está enfriando!

Pero Elvira se negó a beberlo. El fué echándole azúcar al suyo, revolviéndolo con la cuchara. Se lo llevó a los labios y tornó a apartarlo: o estaba muy caliente o sabía tan pésimamente como olía. Entonces alargó el brazo, extendió su mano y le apoyó la palma confiadamente sobre los dedos de ella.

—No debieras preocuparte tanto, mira... ¿O es que vas a pensar de veras que te he traído aquí para algo malo?

Le mejoraba el humor ante aquel cuerpo.

—¡Tonta, tonta! ¿Por qué te pones así? Deberías haber ido como me prometiste en el circo y todo hubiera sido mucho más sencillo... ¡A poco es que tienes miedo!

Elvira no dijo nada.

—¿A qué tienes miedo, eh?

Tenía miedo, sin saber ni aproximadamente a qué. Sentía miedo, y tristeza, y angustia, y unos deseos locos de que Lauro dejara de hablar tantas cosas fastidiosas e inútiles y la abrazara. Deseos de estrecharse contra él hasta perder el sentido y luego marcharse corriendo a su casa y llorar una o dos noches seguidas. Deseos de olvidarlo todo, todo cuanto existía en el mundo, a excepción de ella misma, desnuda joven y fresca.

—Respóndeme: ¿es a tu marido?

Siguió callada, sin mover un rasgo.

—¡Claro, claro, a eso es, me lo figuraba! Pues voy a advertirte una cosa: ¡No vale la pena, de veras! ¡Ni te preocupes! ¡Yo sé muy bien lo que te digo!

Esperó inútilmente a que dijera algo.

Entonces, para alegrarla, extrajo del chaleco un cigarrillo y se lo puso en la mano.

—¡Pónmelo aquí! —dijo. Temblaba, cuando le ofreció sus labios.

Con ademán dócil, demasiado triste, obedeció ella, notando que su primo tenía los labios resecos. No le miró a los ojos, mas comprendió que los debía tener como en el circo.

—Y ahora, enciéndemelo...

Elvira no tenía los fósforos y Lauro quiso que le metiera en el bolsillo la mano, lo cual le produjo a ella, de pronto, una ansiedad desconocida y violenta, un terror indescriptible y grave, como si buscara con los dedos, y a oscuras, algo tétrico, peligroso y ardiente. Cuando el fósforo continuó después ardiendo sobre el mosaico, Lauro estalló en risotadas.

—¡Hombre, si hasta tus pobres suegros, que en paz descansen, están contentos!

Pero en el fondo se lo llevaba el diablo con aquel silencio.

—¡Bueno, déjate ya de pamplinas y habla, que se está haciendo tarde!

Por primera vez desde que salió de su casa, Elvira levantó resueltamente el rostro, y por primera vez, también, acertó a comprender sin esfuerzo una serie de cosas, a cual más bochornosa y horrenda, que le helaron la sangre de espanto. Se puso en pie rápidamente.

—¡Me voy!

—¡Te quedas! —Y la volvió a sentar de mala manera. A continuación suavizó su voz, buscando otra vez con sus rodillas las rodillas de ella, acosándola cruelmente.

—Más vale que nos entendamos por las buenas... Yo soy tu primo y te quiero; te he querido siempre, según sabes. No pude lograrlo cuando fué oportuno y ahí estuvo lo malo; pero hice mi lucha, a ti te consta. ¡Te consta, porque también tú me querías, también tú esperabas que sucediera aquello, te gustaba! ¡No lo niegues!

Intentaba reprimirse, hacer tiempo, no atemorizar a Elvira.

—Sólo quería hablar contigo, ¿sabes?... quería que habláramos de lo del circo...

No encontraba las palabras adecuadas. Mejor aún: cualquier palabra le parecía superflua. Lo que procedía, según sus cálculos, era aproximarse un po-

co más a ella, pasarle el brazo por la espalda y juntar sus labios. Lo mismo pensaba ella. Lo mismo piensan todos cuando son jóvenes y no lo hacen. Le dan demasiadas vueltas. Y el mundo, en virtud de esto último, se vuelve cada día más lúgubre, detestable y falso.

—Aquella tarde del circo, estaba dispuesto a todo; me había contenido demasiadas veces... y me dije: "Ahora sí." Y sí, ¿te das cuenta? Por eso fué que me olvidé de tus hijos, por eso fué que te hablé tan fuerte... Creo que no estuvo bien... De cualquier modo, otro hombre en el lugar mío hubiera hecho lo propio...

Vería a ver si le venía a la cabeza algo más.

—El caso es que en todo esto no hay ningún riesgo, como te figuras. Es cuestión apenas de saber hacer bien las cosas; cuestión de que, en primer lugar, dejes a un lado el miedo y te decidas. ¡Casi todo el mundo hace lo mismo, ¿no lo sabías? ¡Pues sábelo! Y además es muy natural.

Rompió a reír de gusto, al pensar lo que le aguardaba. Elvira seguía quieta, un poco inclinada sobre la mesa, dejando ver el nacimiento dorado y suave de su pecho; de un pecho duro y alto, juvenil y tierno, que él recordaba haber visto una sola vez y de prisa en el pueblo, y que muy pronto, en cuanto quisiera,

podría atrapar libremente, conservándolo en su mano, palpitante y tibio como un pajarito.

—Eres linda, linda de veras y ni quien te tenga la culpa...

Decía:

—Linda, y ni a quien hagamos daño. Ya sé que me falta un brazo, pero no pienses que llegarás a echarlo gran cosa de menos. Por el contrario, acuérdate bien de esto que voy a decirte: te apretaré bastante mejor que ese mico...

Puso tieso, como un tronco, su brazo.

—¿Qué dices?

Le habría satisfecho plenamente haber destrozado algo con aquel brazo.

—A las flores les gusta el sol, el aire libre y otras cosas buenas. Tú, en cambio, te estás pudriendo entre esas cuatro paredes, ¿o no? ¡Vaya, apuesto a que ni una sola vez te ha puesto encima la mano esta semana! ¡Apuesto a que ni se ocupa de ti como corresponde! ¡Exagero? ¡Tú dirás! De todos modos, sospecho que siendo uno así no es un buen marido.

Derribó la taza, sepa Dios si a propósito o no, y el café se extendió por la mesa y comenzó a gotear en el suelo.

—¡Buen marido sería yo si quisieras!

Sujetó a Elvira por la muñeca, obligándola a que lo mirara.

—¿Me oyes?

No lo miraba, no quería ni por lo más remoto mirarlo. Después, en cuanto llegara el momento, apretaría muy bien los ojos.

—Confiesa que lo que tienes es miedo... que todo lo que te está pasando ahora es puro miedo... miedo a que nos sorprenda tu marido... miedo a volver a tu casa... miedo a aburrirte allí sola... ¡Confiésalo, te conviene!

No decía nada.

—¡Te conviene! Si me lo dices, es probable que por hoy te deje libre. No tengo ninguna prisa.

Seguía:

—O a lo mejor quien quita y que lo que tú buscas es no quedarte libre...

¡Cómo volvía a sonar el radio en la calle, qué extraña y antipática era la luz color de rosa de la lámpara, qué mal olía aquel café prieto y cómo recordaba Elvira a Antonino! ¿Por qué lo habría hecho sufrir tanto con lo del sueldo?

—¿Te resuelves?

Cruzó un tranvía.

—Una vez siquiera...

¡Pero pronto!

—Tonta, ¡yo sé lo que te digo!

Y se puso en pie.

—¡El que calla, otorga!

Dejó unos níqueles junto a su taza y disparó contra el muro una colilla, que esparció en el aire una deliciosa y tupida lluvia de estrellas.

—¿Vamos?

Aquella pregunta sobrecogió a Elvira.

Propiamente era la única que había llegado con suavidad a su cerebro, pues el resto habían sido como pedradas continuas que chocaban en su interior contra una materia increíblemente sonora, y cuyo eco le impedía atender en debida forma a lo que se estaba desarrollando afuera. Más aún: dentro, muy dentro de su pecho continuó resonando durante mucho tiempo aquella tremenda pregunta, y en diferentes tonos, tal cual si la fueran pronunciando a su oído, uno tras otro, todos los hombres que pasaban por la calle.

—¿Vamos?... ¿Y adónde?

Lauro dejó de reír. Luego oprimió a Elvira por la cintura y salieron juntos. Oyó ella que le decía con un quejido:

—¡Eso ya lo verás muy pronto!

Fueron, fueron hasta muy lejos. Fueron por un paraje oscuro y frío donde se respiraba pésimamente, donde todo, sin saberse por qué, estaba lleno de humo, y donde volaban unos pájaros negros; donde el silencio era impresionante, y había árboles sin ramas, y un riachuelo de agua sucia, y unas piedras

cortantes que lastimaban los pies. Fueron por un camino interminable, lleno de polvo, de grietas, de abrojos, con un abismo a cada lado. Fueron y caminaron a tientas porque el humo se metía en los ojos, y Elvira se tapó la nariz porque algún animal muerto que debía haber por tan extraños rumbos apesataba el aire. Fueron, y cuando Elvira regresó a su casa, salió a recibirla Liborio.

—Papá vino y se fué y dijo que hoy no comería con nosotros. ¡Tampoco Carlota y yo hemos comido!

Eran casi las tres de la tarde.

Había empezado a soplar viento y Elvira cerró las ventanas. Se nubló además el sol. Hasta los niños parecían pensativos. Y es que podría temerse muy justamente que ya nunca, nunca, en la vida, volvería a amanecer.

VII

—“¡A SI es la vida!” —pensó Antonino con fastidio; y se encogió de hombros mientras ascendía, paso a paso, por una escalera de granito, estrecha y fría, allá en el barrio comercial de la metrópoli.

Iba hacia su flamante empleo y, no obstante que éste le deparaba una nueva y respetable entrada de ciento cincuenta pesos mensuales, Elvira no lo había besado ni abrazado siquiera cuando salió de su casa aquella tarde.

El esperaba algo muy distinto.

Le había ocultado hasta última hora la buena nueva, con objeto de que su alegría fuese más grande e inmediata. Sólo por ella hacía semejantes cosas; por ella y por *aquel jardín para los niños* en el cual ni remotamente había depositado jamás la menor espe-

ranza, y el cual tampoco reportaría a nadie una felicidad duradera e importante. Mas así debía ser, y listo. ¡El sueldo! ¡El sueldo! Pues allí estaba el buen sueldo y lo más seguro es que todo continuara lo mismo. ¿No lo decía él siempre?

—¡Así es la vida! —Y llegó al último peldaño.

Tiró al suelo una colilla, pisoteándola nerviosamente.

La puerta no era ni con mucho una gran puerta, estaba al fondo de un oscuro corredor, pero ostentaba una opaca y gruesa plancha de cristal, con dos inscripciones en letras negras. Se estremeció, como ante algo inevitable y pavoroso. recordó muy de pasada que la vida nunca es agradable y grata, que hay un fin misterioso y horrible para todas las cosas, y penetró, hallándose en una sala muy amplia iluminada por la luz del sol.

Cerca de dos docenas de hombres y mujeres escribían febrilmente a máquina, y, al fondo, ante una mesa descomunal, bajo un mapa, un señor vestido de gris, con un clavel en la solapa, dictaba algo a una señorita. Tenía sobre la mesa infinidad de papeles de todos colores, que manejaba muy diestramente, mientras chupaba su pipa negra o se golpeaba la frente con el lápiz. Los jóvenes estaban dispuestos en largas filas simétricas, todos en un sentido, lo cual dió la impresión a Antonino de que acababa de

subirse a un tranvía. Alguien de expresión atónita le salió al encuentro. Mencionó él su nombre, y el empleado lo invitó a esperar. Luego lo vió cruzar la sala de parte a parte en dirección al señor del clavel. Ya volvía.

—Puede usted pasar.

Pasó a través de un mostrador exiguo, con una puerta de resorte. El empleado delante, él detrás, llegaron hasta la impresionante mesa; pero aún transcurrieron largos minutos sin que el jefe levantara la vista. Cuando lo hizo, siguió dictando como la cosa más natural del mundo, interrumpiéndose únicamente para mostrarle al recién llegado un asiento.

Se sentó Antonino, con el sombrero negro sobre las rodillas. Ahora estaba de espaldas a aquellas dos docenas de personas, en el mismo sentido que ellas, y parecía el conductor del tranvía. Se sonrió, a pesar de que se encontraba triste.

—“¡Así es la vida!”

Al punto la señorita que acompañaba al jefe se levantó de un brinco y caminó hasta otra mesa, con su cuaderno de apuntes en la mano. Era blanca, regordeta, y movía endiabladamente su cuerpo como si le picara una chinche. No llevaba ningún lazo azul en la cabeza. Parecía, ahora sí, que aquel hombre se interesaba por él.

—Aproxímese un poco.

Arrastró una silla y miró rápidamente al jefe. El jefe le preguntó su nombre, sus dos apellidos, su domicilio, otras varias cosas insustanciales y divertidas, chupó repetidas veces la pipa, mencionó al director del periódico, que lo había recomendado, e hizo sonar un timbre. Acudió otro empleado.

—Acompañe al señor a su puesto y sírvase hacerle las indicaciones del caso.

El puesto de Antonino consistía en una mesa de regular tamaño, con cubierta de cristal, y sobre la cual se veían una maquinilla eléctrica de hacer operaciones, un tintero sin tapón, varios lápices muy bien afilados y un secante. Situada a un extremo de la sala, no parecía ni más importante ni menos que el resto.

Se sentó y el empleado acercó una silla.

Comenzaban las indicaciones y, cuando Antonino pudo darse cuenta, tenía ya la mesa llena de hojas sueltas, de alfileres y de libros. El empleado era más joven que él, hablaba inmoderadamente, repitiendo las mismas palabras, y acusaba singular afectación. Se advertía, no obstante, que dominaba a la perfección el mecanismo de la oficina.

Con frecuencia Antonino lo interrumpía para dirigirle alguna pregunta, y el empleado se le acercaba un poco, lo miraba extrañamente y dejaba de

mascar chicle. Probablemente mascaba chicle porque le olía mal el aliento.

Antonino asentía con la cabeza o murmuraba:

—Sí, señor. No, señor. ¡Ya comprendo!

Y el empleado se ajustaba los lentes, continuando su discurso.

Había transcurrido cerca de una hora, cuando aquel joven se puso en pie. Le previno:

—Si me necesita, no dude usted en llamarme. Soy Ricardo López y estoy a sus órdenes.

Creyó hallarse de nuevo en la escuela. ¿Podría fumar? Giró en su asiento y advirtió que alguien tras él lo hacía. Encendió, pues, un cigarrillo y se guardó el fósforo en el bolsillo. ¿Dónde arrojar la ceniza? Por entre las cabezas de empleados que oscilaban continua y rítmicamente como un puñado de hongos atacados de una seria inquietud campestre, observó largo rato a su jefe. No acertaba con las razones, mas aquel hombre le resultaba insoportablemente antipático. En general, a él no le agradaba lo más mínimo que un hombre rico fumara en pipa. Y le desagradaba hasta enfermarlo ese mundo truculento y lívido de los negocios, de las transacciones, de los grandes cálculos y las triquiñuelas bursátiles. Aquel hombre, sin duda, era un valor en estas cosas; por algo se hallaba allí, ante aquella impresionante

mesa, y por algo tenía un timbre a su lado, una percha y dos teléfonos particulares.

Ya su cigarrillo se consumía y Antonino no se arriesgaba a desalojar la ceniza. Notó que el piso estaba magníficamente encerado. Buscó, sin encontrarla, una escupidera. Por fin, en una esquina de su mesa depositó cuidadosamente los residuos. Probó a mirar. Nadie lo había visto. Y comenzó a trabajar.

Era una monumental lista de nombres, con sus dos apellidos y una larga cifra después, que tenía que trasladar de un libro a otro y luego seleccionar minuciosamente en unas pequeñas tarjetas pardas, que constituían un fabuloso legajo. Era el principio. ¿Cuánto tardaría en hacerlo? Según sus cálculos, y dándose prisa, seis u ocho días. Dió comienzo. Media hora después se equivocó en un nombre: le había adjudicado un apellido falso. ¿Podría utilizar la goma? Buscó impacientemente con la mirada a Ricardo, quien permanecía demasiado absorto en sus labores. Tosió. Debería levantarse e indagar. Y el jefe, ¿qué diría? En todo el tiempo que llevaba en la oficina nadie se había movido de su asiento. Sería preferible preguntar al compañero más próximo. Se volvió.

—Disculpe, me he equivocado en un nombre y deseo saber si puedo borrar aquí con cuidado...

Y exhibió el libraco, que apenas podía sostener con los dos brazos. Pero el empleado examinó aquello con expresión de miope y se encogió de hombros. No dijo que no; se calló y siguió escribiendo.

—¡Gracias! —balbuceó Antonino. Y decidió continuar su trabajo. A la salida se informaría y mañana corregiría el error.

Eran las seis y media y empezaba a oscurecer.

Abajo, a diez o quince metros de profundidad, la ciudad rugía. Rugían los motores, los hombres, todo. En cambio, el cielo, apacible, rosado, muy alto, como un jardín lleno de flores, dejaba en el ánimo una dulce sensación de bienestar. Por lo menos daba a entender a quien quería entenderlo que la catástrofe no era tan desesperante y seria como parecía, puesto que lejos, lejos, no importa donde, pero en alguna parte, había bellos campos de trigo, selvas húmedas cargadas de vapores, mar y ríos, y hombres que caminaban descalzos, trepaban por los árboles y cantaban o gritaban en el inefable silencio de la noche.

Antonino, desde su asiento, columbraba un trozo de ese cielo y a través de él respiraba. Cruzó por allí una nubecilla, y todo en su alma se volvió de plomo. Entonces alguien en la sala dió la luz y el cielo desapareció. Daba la impresión de que, mediante una mágica maniobra, acababa de surgir en las

ventanas un muro gris y sólido que dividía al mundo en dos. Cayeron las persianas hasta el suelo y el ruido de las máquinas pareció aumentar. Pudo darse cuenta de que todo el mundo se daba prisa: levantaban con frecuencia las cabezas y consultaban el reloj. Tendrían ganas de divertirse... Vió al jefe tomar su sombrero y su abrigo y salir. ¿Por qué gastaba abrigo en primavera? Nadie habría podido averiguarlo, pero el caso es que se lo echó al brazo, cerró después con llave los cajones, cruzó por entre sus subordinados dando grandes patadas y desapareció. Así desaparecía el maestro en la escuela y todos rompían a gritar. Aquí era distinto; todos proseguían en silencio. No eran, sin duda, de aquel colegio. Eran otra especie de personas.

Ya había llenado Antonino varias páginas con semejantes nombres absurdos, cuando el reloj dejó sonar las siete.

Nadie permaneció en su asiento. Unos y otros suspendieron sus maniobras, fueron cubriendo sus máquinas, recogiendo sus utensilios, cerrando sus cajones, soplando el polvillo de las mesas, ordenando sus papeles. Si alguien salía antes que otros, exclamaba de cara al grupo:

—¡Hasta mañana!

Y se oía una especie de marejada:

—¡Hasta mañana!

¿Así siempre?

Las mujeres marcharon al baño. Iban cerrando y abriendo sus bolsas, extrayendo sus afeites, ajustándose impacientemente las medias. Los empleados las miraban alejarse con miradas lúbricas y curiosas, y Antonino pensó entonces que, sin lugar a dudas, todas ellas serían amantes o por lo menos muy buenas y complacientes amigas de aquellos jóvenes: se irían a bailar por la noche, o al cine, o al teatro, o al parque, o a pasear simplemente y besarse en la dulce intimidad de un coche. Eran en verdad bonitas y muy voluptuosas. Sabían mover sus cuerpos, enseñar los dientes y sacudir sus cabelleras brillantes, como invitando a los hombres a adorarlas. A su paso quedaba flotando en el aire una tibia oleada de pecado.

Notó que Ricardo lo llamaba desde el umbral.

—¿Viene usted? —le había dicho.

Era un joven amable. Fué.

Bajaron juntos por la escalera, iluminada en los rellanos por grandes globos de color ámbar. Abajo, según lo había previsto, aguardaba a Ricardo una de las empleadas. Se saludaron efusivamente, apretándose las dos manos, cual si hiciera un año o más que no se vieran. Era tonto, desolador, aburrido.

—Te presento a...

—Antonino Domínguez —completó él.

—Una amiga.

Justo, justo, como se lo había supuesto.

Se dieron también la mano, aunque insulsamente y permanecieron algún tiempo sin saber qué hablar. Intervino Ricardo:

—¿Y usted por dónde vive?

¡Cómo, lo invitaba a marcharse!

—¡Oh, lejos, muy lejos... gracias! Allá por el otro rumbo. —Y señaló, todo turbado, el muro—. Bueno, buenas noches. ¡Buenas noches, señorita!

Echó a andar.

Iba ahora por la avenida Madero, envuelto, o arrastrado, o sumergido entre una multitud tibia, aromática y lastimosa. La noche había caído fatalmente, y todo, a treinta metros del suelo, era negro, misterioso e impenetrable. Dentro de tres horas más o menos aquella calle estaría solitaria, también a oscuras, y toda aquella gente que contemplaba ahora se hallaría en sus casas o en otro sitio. Mañana volvería a llenarse y a vaciarse; al día siguiente igual, y siempre, hasta el fin del mundo.

Resolvió en un segundo no volver más al empleo. En cuanto amaneciera, escribiría dos cartas: una al director del periódico y otra al señor del clavel. Ya vería él lo que les decía, pero no volvería a ningún precio a tan detestable sala.

Acababa de llegar al Zócalo. Sobre las fuentes, sentadas en círculo, había gran cantidad de perso-

nas: limpiabotas, prostitutas pobres, vagabundos, policías, uno que otro indígena... Cruzaban colegiales y colegialas del brazo, algunos todavía impúberes, cargados de libros. Dos largas filas de tranvías amarillos resoplaban sobre los rieles. Los pasajeros se acomodaban en sus asientos, bajaban o subían las ventanillas y desdoblaban el diario. Soplaban un viento pesado y amargo, impregnado de polvo. En las fuentes el agua no producía ningún murmullo agradable, sino una especie de ruido seco, confuso, como de algo sólido, muy poco maleable, que alguien revolviera en el fondo de un tonel. Arriba había infinidad de estrellas resplandecientes y una tercera parte de luna color naranja. Ondeaba una bandera en el Palacio. En sus puertas, los centinelas marcaban el paso. Brillaban sus bayonetas y se notaban aburridos. Antonino consideró estúpida la presencia de aquellos hombres de uniforme que aguardaban o custodiaban no sabían qué y que se afanaban de tal modo. En ocasiones se detenían para dejar libre el paso a un automóvil que salía. Tal vez fueran los ministros. Y en el aire gravitaba un rumor, un olor y una melancolía indecibles.

Por eso quizá fué que Antonino buscó algo en los bolsillos, encaminándose hacia los tranvías. Llevaba cinco pesos y unos centavos.

—“Creo que voy a emborracharme” —pensó.

Junto a él se detuvo un mendigo, apoyado en dos muletas, y con una rala barba negra, erizada y fea, como formada de agujas. Antonino fué a darle limosna, pero se arrepintió a tiempo. Es posible que le hiciera falta todo.

—Perdone —se excusó. Y se hizo a un lado.

Subió, en cambio, precipitadamente a un tranvía Villa Obregón que estaba próximo a salir. Tan pronto se puso en marcha, Antonino se sintió más aliviado; aliviado no sabía de qué, pero de algo indescriptible y extraño que le andaba alrededor del cuerpo y que era como si el hálito de un ser muerto hace cien años lo acosara y lo envolviera. Si el tranvía hacía alto, aquel malestar de él se agravaba, se le secaba la boca y le zumbaban los oídos. Pronto dejarían la ciudad.

¿Por qué se sentía así? No estaba enfermo ni mucho menos y, sin embargo, hubiera dado cualquier cosa por meterse cuanto antes en la cama, taparse con las mantas hasta los ojos, y echarse a dormir plácida y libremente tanto tiempo como fuera posible; pero en su casa, no; en otra parte, solo, lejos, en una alcoba distinta, sin aquel empapelado violeta, sin su retrato de bodas, sin su mujer. Hacía un buen número de años que no dormía de esta manera y se le apetecía así. Consideraba que al despertar a la mañana siguiente se sentiría alegre, muy descansado, y con

grandes deseos de volver a ver a Elvira y los niños; con deseos de irse a comer con ellos al campo, y en la tarde meterse a un cine, y volver a su casa y cenar y besar después a Elvira en la boca, rodeándole el pecho con las dos manos. Elvira tenía una piel suave, algo húmeda, y unos labios carnosos, muy frescos. Le gustaba a él especialmente sentir los cabellos de ella envolviéndole el rostro, como si metiera la cabeza en una selva. Respirar allí era igual que respirar en un bosque de fresnos; era como mirar al cielo desde una cumbre muy alta; como beber agua en un manantial escondido; como desnudarse en una playa y frotarse el cuerpo con espuma.

No lograba desviar su atención del empleo, y esto le originaba una pesadísima angustia. ¡Tan bien como podía irles con aquellos ciento cincuenta pesos! ¡Tantas, tantísimas cosas como podrían realizarse! ¿Y por qué no seguir? ¿Por qué no verificar un desesperado esfuerzo y seguir? Eran únicamente cuatro horas diarias. . . Se haría de cuenta que malgastaba ese tiempo en su casa, en el periódico, por las calles. ¿No lo hacían de buen grado aquellas dos docenas de jóvenes? ¿No parecían satisfechos, llenos de esperanzas? ¿Es que él era diferente? ¿No podría someterse ni a eso?

—“Sí, tal vez sea esto —se dijo—. Tal vez sea yo diferente.”

Pero no acertó a saber cómo era.

Y un escalofrío de terror le recorrió el cuerpo de arriba abajo al recordar al jefe con su pipa entre los labios, golpeándose la frente con el lápiz. Si aquel hombre no fuera tan importante; si caminara sin hacer tronar el piso de semejante modo; si su compañero de atrás le hubiera revelado si podía o no utilizar la goma; si sus errores no fueran verdaderamente irreparables... realizaría el esfuerzo, aceptaría el empleo y no se preocuparía más de ello. Le daría ese gusto a Elvira, y regularmente, con encomiable puntualidad, le entregaría el sueldo.

—“Toma —le diría—, *para el jardín de los niños*.” —Y el jardín llegaría —todo llegaba— y Liborio y Carlota se alegrarían mucho de ello. Cuando fueran mayores habrían de agradecerse de veras.

Pero no. A la mañana siguiente escribiría dos cartas y nunca más en la vida volvería a la sala.

Se apeó en San Angel. Los negros árboles, en derredor suyo, se mecían blanda y saludablemente. Un silencio, una paz, una estabilidad absoluta lo rodeaban. En la ciudad todo daba vueltas y, allí, contrariamente, sólo el hombre se movía; se movía si quería, y si no, se dejaba caer en cualquier parte y contemplaba el firmamento. Allá iba la luna, por entre dos inmensas nubes, flotando en un mundo misterioso y bello. Titilaban las estrellas. Y era delicio-

so admirar la sombra del hombre —tan pequeño, tan incauto, inconcebiblemente frágil— a lo largo de las calzadas desiertas, proyectada por invisibles luces. Tal vez había llovido aquella tarde, aunque él no lo recordaba. Un perfume, una humedad, algo inefable y tierno escapaba de la hierba, de los troncos de los árboles, de las piedras en las vallas, de las matas de las flores. Sonaba el rumor de un agua que caía en alguna parte, y ese rumor, que era la voz de la vida misma, libre y sana, penetraba en los oídos, se deslizaba hasta el alma, recorría las venas e impulsaba a amar, besar y bendecir la tierra.

—“Tal vez sea eso” —volvió a decirse. Y resolvió de una vez por todas no pensar más en el empleo.

A eso iba. Entró a una tienda de comestibles y pidió una botella de tequila, rogando que se la descorcharan. La envolvió cuidadosamente en un periódico, recogió el cambio y salió de nuevo a la calle.

Allá iba por una vereda, igual igual que la luna, flotando en un mundo bello y misterioso. Iba a toda prisa, no entre nubes sino entre árboles, cuyas copas encima de él se arrullaban lánguidamente, ya inclinándose hacia un lado u otro, ya irguiéndose, como suspendidas en el vacío. Iba y miraba sin cesar hacia atrás, temiendo que alguien lo persiguiera y le quitara la botella de las manos; temiendo que Carlota y

Liborio y Elvira y el director del periódico aparecieran de pronto o le gritaran desde una cerca o lo sujetaran por la ropa y le estrellaran la botella en la cabeza; temiendo que alguien lo viera, y como nadie lo veía, se echó atrás el sombrero negro, disminuyó su prisa, dejó de apretar tanto la botella y creyó por un momento que era dichoso. Solo, solo, siquiera una vez, en la obscuridad sollozante de la noche.

Se sentó a beber con sed, conteniendo la respiración. El piso estaba muy húmedo y en su estómago comenzaba a abrasarse algo. Bebía, bebía, y todo en él se abrasaba.

—¡Hasta el fin! —gritó atragantándose.

Y hasta el fin llegó.

Pudo lanzar lejos la botella y se desplomó de espaldas, cubiertos los labios de espuma. Resollaba como un caballo y tenía los ojos muy abiertos, espantados. No consiguió moverse. Algo en su interior se había vuelto de plomo o los músculos se le habían disuelto con el alcohol. ¿Se habría caído de aquel árbol bajo el cual yacía?

Entonces el mundo se fué transformando y ya no estuvo más en San Angel.

Se hallaba en un valle profundo, enterrado hasta la cintura, con todo el peso de las montañas sobre aquel pobre cuerpo suyo. Los árboles eran muy al-

tos, más altos que las montañas, y él tan pequeño, que tenía el cuello lleno de hormigas. Alguien lo requería por su nombre desde muy lejos, y alguien también desde muy lejos rompía a reír de improviso con una risa insultante que le punzaba en los oídos. No podría asegurar si tronaba el cielo o un imponente río nacía a sus plantas, pero algo espantosamente sonoro lo aturdía. No podría aventurar si al caerse del árbol se había destrozado las costillas o si un maldito cirujano le iba rasgando el vientre con un bisturí endiablado, pero algo increíblemente doloroso acababa de introducirse en el cuerpo. No acertaba a saber si había nacido o muerto, pero aquellos que lo rodeaban tenían los semblantes lívidos y caminaban sin tocar el suelo. No podría decir si lo había alcanzado un incendio o se había desplomado en un pozo de lava, pero algo en la garganta y entre las sienes se le abrasaba. No sabía nada, no decía nada, no quería nada, y seguía allí, enterrado hasta la cintura, con las montañas sobre su cuerpo y las hormigas en el cuello. . .

Muy cerca, tanto así que apenas la distinguía, una mano sin uñas le acariciaba la frente.

Y aquella mano tibia, blanda, infatigable, celestial o infernal, pero no humana, no era la de su mu-

jer ni la de nadie que recordara, sino la de Alguien muy por encima de él —suspense— que lo había arrojado al mundo por entre un torbellino de sangre donde no era posible nadar y sí manotear desesperadamente, lanzando de vez en cuando algún grito.

VIII

LO sacudió alguien por un hombro y abrió los ojos, pero tuvo que volverlos a cerrar inmediatamente porque el sol comenzaba a elevarse y le daba en pleno rostro.

Vió, sí, que ante él se hallaba un hombrecito vestido con un traje oscuro y una gorra calada hasta las cejas. Luego no vió sino un disco de sangre que giraba aceleradamente, despidiendo extrañas chispas. Estas chispas le herían las sienes, la nuca, de cuando en cuando le alcanzaban el pecho y los brazos, y se sucedían casi ininterrumpidamente. Oía también una voz demasiado confusa, y comprendía que aquella voz le hablaba. Hizo un esfuerzo y tornó a mirar, sin moverse. El hombre continuaba allí, y ya Antonino pudo notar que llevaba una pistola al cinto y que ves-

tía un uniforme con botones dorados. Comprendió todo muy vagamente y se quedó inmóvil.

¿Por qué aquel hombre le interrumpía el sueño?

Al tratar de incorporarse sintió muy claramente cómo el contenido de su cabeza se venía abajo, mareándolo. No tenía sensación alguna en las rodillas, en las manos y en los pies. La lengua se le había pegado al paladar, y un frío insufrible, mortal, le roía los huesos. Se estremeció. Alzó una mano y se contuvo la quijada, que le temblaba convulsamente. Estaba empapado de arriba abajo, lo mismo que si hubiera pasado la noche bajo un continuo aguacero. Una sola cosa le ardía —el vientre— y, aún allí, a intervalos, parecía que le frotaran la carne con un trozo de hielo.

¿Qué buscaba aquel uniformado? Se puso en pie, ayudado por él, y se apoyó en el árbol. Volvió el otro a sacudirlo.

—Acompáñeme —oyó que le decía.

¡Ah, sí, trataba de detenerlo!

—¿A mí? —preguntó; pero no era su voz, sino la de alguien más viejo, más pobre y miserable que él. Se entristeció.

—¡Acompáñeme, ande! ...

Tiraba de él como de una bestia. Si hubiera tenido a mano la botella, habría dado buena cuenta de semejante intruso. Lo miró más detenidamente,

aunque sin llegar a advertir que también él estaba borracho. Sintió miedo. ¿Adónde lo llevarían? ¿Y Elvira? ¿Y los niños? ¡Qué piedad tenía ahora de ellos! ¡Si supieran!

Caminaron juntos, pisando sobre los tallos húmedos y largos. Era indudable que acababa de salir el sol. Todo el cielo estaba cubierto por una luz rosada, malva o violeta, y la vereda se hallaba desierta, como el camino de un cementerio abandonado. En los balcones, las persianas echadas. Duraba aún el silencio.

—¿Por qué me detienen a mí?

Caminaban.

—¿Qué es lo que hice yo para que usted haga esto conmigo?

Iban codo con codo, arrimados a un muro, bajo las ramas que goteaban.

—¡Allá explicará usted sus cosas!

Allá era la comisaría. Allá era un mostrador muy sucio, un hombre más sucio y una luz opaca. ¡Ya conocía él eso! Allá era un calabozo infecto, negro, que apestaba a orines. Allá se quedaría él solo, tiritando como estaba, sin su mujer y sus hijos, y hasta es probable que se muriera. Se sentía mal, muy mal. Podría caerse de un momento a otro.

—Mire, me siento enfermo. ...

El policía le dió un empujón y Antonino estuvo si se desplomaba o no.

—Esto podría arreglarse, ¿no cree?

Buscó secretamente en los bolsillos, pero sin extraer un centavo. Fué contando sin hacer ruido: le quedaban escasamente dos pesos. No se los daría. Se detuvo de improviso y el policía también se detuvo. No se sostenía en pie el uno mejor que el otro. A veces se alejaban, y a veces daban casi cabeza con cabeza.

—Voy a contarle... —aventuró Antonino, posándole amigablemente una mano sobre el hombro—. Sí, me he emborrachado, lo reconozco. Me bebí una botella yo solo ¡allí está! Nunca antes lo había hecho... pero apiádase... tengo miedo. Mi mujer ha muerto; murió anoche y por eso lo hice.

El policía trató de andar de nuevo.

—¡Espere, espere usted un poco!

¡Qué angustia era la suya!

—Tal vez esté usted casado, comprenda. Era mi mujer y se ha muerto. ¡Ojalá y nunca le ocurra a nadie una desgracia de éstas! ¿Qué más podía yo hacer? ¿Qué puede hacer uno cuando está solo? Yo le prometo...

¡Qué trabajo el suyo para que se moviera la lengua!

—Le prometo no hacerlo más.

Entonces el policía lo dejó atrás unos pasos y se puso a reír con una risa tan detestable, que Antonino se enardecía.

—¡No lo cree, ah, no lo cree! ¡Qué más quisiera yo que no fuera cierto! ¡Pues se lo juro! Si usted quiere, podemos ir juntos a comprobarlo. Es allá, en Peralvillo.

Tenía apretadas las monedas contra el muslo y estaba a punto de llorar.

—Iba a tener un niño y se murió. Si hubiera visto usted su cara, no haría estas cosas conmigo. ¡Téngame lástima, se lo suplico! Usted parece buena gente, ¿por qué es así? Nada gana con llevarme... se lo agradeceré... ¡Mire! No soy ningún potentado, trabajo, ¿qué comerán hoy en mi casa? ¡Los niños comen mucho! Son dos. Y están solos. Usted no puede dejarlos solos.

Temblaba como una criatura y tenía los pantalones adheridos a la piel. No hablaría más. Que lo llevaran adonde quisieran. Después de todo, ¿qué era lo que temía? ¿Qué podía sucederle? ¿Morirse? ¿Dejar sola a su familia? También ellos se morirían algún día; nadie iba a evitarlo. Y puesto que todos los hombres han de morir y ser enterrados, ¿tenía alguna trascendencia lo que le estaba ocurriendo?

—No volveré a hacerlo más —dijo, no obstante.

Ya llegaban a una calle más céntrica, cuando Antonino sacó el puño del bolsillo y se lo alargó al policía. Este se detuvo de pronto y lo miró a los ojos con sorna. No sé qué habló de cohecho, de viejo idiota, de roto y de honradez. Sin duda le parecía poco.

—Tome, tome, no quiero hacerle mal. Sólo le pido que me deje libre. Me siento enfermo, de veras... es tarde... quiero ir con mis hijos.

El policía sonrió cínicamente y eructó a algo ácido y caliente. La mugre de su uniforme no tenía nada que ver con semejante hedor: parecía y que se había abierto de pronto una fosa o un retrete.

—¿Cuánto es? —preguntó al fin, sujetándole la mano.

—Esto... todo lo que tengo.

El policía contó las monedas y se las metió al bolsillo.

—¡Vamos! —tornó a exclamar. Y lo empujó de nuevo.

Caminaban.

—¿No trae más?

Antonino suspiró. ¡Que lo llevaran al diablo!

—¿Eh, no trae más? —Y se detuvo a palparle los bolsillos—. ¿Y esto?

—Es para el tranvía.

—¡Venga!

—¿Y esto otro?

—¡No, no, eso no! ¡Es mi reloj!

—¡Venga!

Volvió a empujarlo, esta vez hacia atrás.

—Y ahora, lárguese. ¡Que no vuelva a encontrarlo más por aquí!

Pero Antonino no se movió y vió cómo aquel hombre se marchaba con su reloj y su dinero. Sintió deseos de agacharse y comenzar a arrojarle piedras; de perseguirlo y romperle el cráneo con una estaca; pero lo dejó irse. Ya se perdía de vista. Cada vez era más chico, más chico, y desapareció. Para entonces, no había una sola nube en el cielo y las ventanas comenzaban a abrirse.

—¡Así es la vida! —Y se sentó en la hierba. Luego empezó a gimotear y a temblar horriblemente, dando diente con diente.

No lloraba por nada concreto, sino porque se suponía que de este modo se le despejaba la cabeza. Es cierto que se sentía triste. Ante todo, adivinábase muy lejos de su casa, separado por un océano infinito, que no lograría salvar en toda una existencia de travesía. Lloró mucho tiempo, con los codos sobre las rodillas y las manos en la cabeza. El sol le hería muy dulcemente en la frente, y esto sí contribuyó a calmarlo. Cantaban sobre él unos pajarillos o revoloteaban inciertamente, describiendo en el aire

graciosas curvas. Tenía los zapatos llenos de lodo y comenzó a limpiarlos con un palo. Se aflojó ligeramente la corbata, por temor a ahogarse. Y se quedó quieto, petrificado, como esperando a que Elvira y sus hijos vinieran a buscarlo.

No vino nadie, pero pasó un ciclista vestido todo de blanco y con los brazos desnudos. ¿No sentiría frío? Pasó después una criada, con una cesta llena de pan. Detrás, un perro muy presuroso, visiblemente preocupado. Y Antonino volvió a quedarse solo, con todo el cuerpo entumecido. Comenzaba a dolerle un pulmón.

Se puso en pie y rompió a andar en dirección a la vía, procurando que el sol no dejara de darle ni un segundo.

Esquivaba los árboles, las bardas, las casas demasiado altas, se frotaba angustiosamente las manos.

Cuando llegó a la vía, apenas si conseguía sostenerse. No solamente le dolían las piernas, el pulmón y la cabeza, sino que respiraba con gran dificultad, como si le oprimieran el pecho con un ladrillo. Al pisar la hierba jugosa y fresca o escuchar el menor rumor del viento, recorríale las venas un tremendo escalofrío. Antojábasele que hasta el sol, la tierra y el cielo se habían enfriado, y ansiaba perdidamente llegar cuanto antes a su casa, beber una taza de café caliente, darse unas friegas con alcohol y tumbarse a

dormir en la cama, con el mayor número de mantas posible.

—“Debo estar grave” —pensó, palpándose la frente. Luego se tomó el pulso. Estaba febril.

¿A qué diablos había hecho tal cosa?

Andaba, andaba, porque sabía muy bien que si se detenía un instante o se sentaba, no lograría moverse más. Daba traspiés, no tanto por el alcohol ingerido, sino por una extrema debilidad de sus músculos y la terrible angustia que llevaba dentro. Ahora, como en la ciudad, todo giraba vertiginosamente, mientras el hombre se quedaba quieto. Le parecía no avanzar lo necesario. Quería llegar muy pronto a su casa, abrazar a su familia y pedirles perdón a todos. ¿Cómo habrían sufrido anoche! ¿Y cómo estarían sufriendo! Era un canalla, un delincuente, un alma perdida. ¿Por qué el policía lo había dejado libre? ¿Por qué no lo había atado de pies y manos y lo había empujado de cabeza a un pozo oscuro donde se pudriera de hambre y de frío? Era el destino que se merecía; el destino de los hombres de su ralea. ¡No sé para qué se había casado, ni para qué tenía hijos, ni para qué vivía! Y Elvira era muy buena, sus hijos lo amaban entrañablemente, y, él, en pago de todo eso, no movía ni un triste dedo por ellos.

He aquí que, mediante un minúsculo esfuerzo, podría obtener ahora *aquel jardín para los niños*

que tanta falta les estaba haciendo y, sin embargo, disponíase a no volver más al empleo. ¡Pero sí volvería! ¡Volvería aquella misma tarde, en cuanto bebiera algo caliente y descansara un poco! No importa que el jefe fuera un personaje tan importante, ni que el empleado de atrás no prestara atención a sus preguntas, ni que sus errores tuvieran una grave trascendencia. También Ricardo y los empleados de todo el mundo se habrían equivocado infinidad de veces y habrían hallado la forma de salir adelante.

Pero le dolía el pulmón y respiraba con el ruido de un molino.

Se alejó de la vía, tomó por un camino lleno de barro y llegó a una gran avenida. Levantó el brazo hacia un automóvil que se acercaba y penetró en él desfallecidamente. Luego mencionó su domicilio y no supo más de sí.

Cuando se dió cuenta, estaba en el comedor de su casa, sentado en una silla, junto a Elvira que suspiraba. En otro cuarto suspiraban también los niños: los había encerrado la madre para que no vieran a Antonino en semejantes trazas.

El había dicho, con la taza de café en la mano:

—Perdóname. Me emborraché con unos amigos y creo que estoy enfermo.

Se acostó, como deseaba, con el mayor número de mantas posible. Un poco más tarde vendría el doctor.

IX

AL sexto día de enfermedad, se llegó a temer por la vida de Antonino. El se sentía grave, muy grave, pero ignoraba lo que el doctor había dicho.

Eran aproximadamente las diez y media de la noche cuando el médico y Elvira salieron juntos del cuarto y se pusieron a hablar en secreto a la puerta del pasillo.

—¿Está realmente muy grave, doctor?

El doctor asintió en silencio.

—¿Tan grave que pueda morirse?

No contestó ni esta vez. Alzó oportunamente las cejas y esquivó la mirada de Elvira.

—¿Qué podría hacerse, doctor?

—Esperar. Y tener resignación.

—¿Si se empeora, le aviso?

Extraño, dijo que sí.

—¿No le subirá la fiebre?

—No es probable que le suba más.

—Doctor, yo le suplico. . .

Quería preguntar más, más, y no hallaba qué. El doctor sonrió apaciblemente —todos sonreímos así cuando nada nos importa— y observó unos momentos a Elvira. Tal vez pensara ya en la viuda. Luego se colocó el sombrero muy ceremoniosamente, recibió con gusto sus honorarios, dió las buenas noches y desapareció.

Lo oyó ella bajar como en un sueño y estuvo tentada a hacerlo subir de nuevo. Allí, contra la puerta cerrada, permaneció sin moverse mucho tiempo, no deseando por ningún motivo volver a entrar en su cuarto y sentarse a esperar en una silla: esperar, esperar, como el doctor había dicho, a que se muriera o no. Llevaba seis días llorando y no podía llorar más. Esto le causaba una angustia infinita, una ansiedad y un suplicio tan espantosos como los de no poder remediar cuanto ocurría. Seguramente las lágrimas se le habían terminado y sus ojos estaban secos; o probablemente, también, aquello fuera el castigo; o peor aún: el comienzo del castigo. De todos modos, su dolor era inhumano.

Transcurría la noche lenta, inquebrantablemente, envuelta en un desesperante silencio.

La noche era tibia, clara, muy hermosa, una buena noche de primavera, y a Elvira le parecía, sin embargo, que era una noche horrible, interminable y funesta. Creía advertir que la luna era amarilla que el viento presagiaba algo inaudito y que todos los perros del barrio se habían puesto de acuerdo para aullar alocadamente y sin descanso. Cuando algún gallo cantaba, se estremecía. Y con frecuencia, desde su asiento, recorría por una punta las cortinas y se quedaba largo rato mirando al cielo por ver si de una vez por todas aquella maldita luna había mudado de color. Las estrellas parpadeaban, un resplandor ígneo invadía el espacio y silbaba de muy tarde en tarde algún tren. No marchaba el reloj al ritmo que ella hubiera deseado. ¡Y aquella luna, aquella marchita y moribunda luna!

Al filo de la medianoche, Antonino comenzó a delirar.

¡Cuánto habría dado Elvira por lanzarse a correr escaleras abajo y no escuchar una sola palabra de lo que el enfermo decía! ¡Cuánto habría dado por verlo, no así, cárdeno, tieso, lejano, sino como de costumbre, dormido dulce y tranquilamente a su lado, con un brazo sobre la almohada, encogidas fuertemente las piernas! Ni su voz era la misma. Era ronca, gemebunda, y tenía algo que no tiene la voz de los vivos. No importa lo que dijera, a Elvira se

le antojaba que siempre decía adiós. No se movía, no hacía el menor gesto y, a pesar de ello, creía ella verlo luchar heroicamente contra algo poderoso y traidor que trataba de arrebatarlo a algún sitio.

Era que Antonino deseaba vivir, vivir unos pobres años más siquiera, y alguien trataba de impedirselo. No quería irse y se iba. Amaba todo y pedía auxilio. Para ayudarlo, ella se enderezaba, metía su mano entre las ropas y le buscaba la mano. Se la estrujaba.

—¿Qué tienes? —balbucía. Esto, al menos, ya era algo.

Pero es que al otro lado no tiraban fuerte; que si tiraran...

Volvía a hablar Antonino:

—Con su permiso, voy a utilizar la goma...

Luego:

—¡Ha sido un error espantoso, créame! ¿Le ocasiona a usted alguna pérdida?

Elvira recorrió otro poco las cortinas.

—¡Oh, por qué quiere usted detenerme? Mi mujer se ha muerto, se lo juro. ¡Nos quedamos los tres muy solos! ¡Usted no querrá dejar solos a mis hijos, verdad? ¡Usted no puede hacer eso!

Tenía la frente bañada en sudor y Elvira se la limpiaba desconsoladamente con una toalla. Pidió agua.

—Me duele aquí... muy fuerte...

—¿Dónde? —preguntó ella, a sabiendas de que su voz no le llegaría a él ni con mucho.

Antonino no contestó. Evidentemente: no le había llegado.

—Me siento mal, de veras; quiero ir con mis hijos.

Su mujer se sentó de nuevo y contempló la toalla, que tenía unos filetes rojos. Ahora no aullaban los perros, pero volvió a escucharse el gemido largo, dolorosísimo, de un tren que se alejaba. Probablemente fuera lleno de viajeros, muy iluminado, envuelto en humo.

—¡No, no, eso no! ¡Eso no se lo permito! ¡Es mi reloj! ¡Eso no!

Protestaba.

—¡Imposible, es mi reloj, téngalo usted en cuenta! ¡También en mi casa hace falta saber la hora! Oiga, ¿por qué me lo quita usted? ¡Eh, se lo lleva, se lo lleva!

Algo, con seguridad un brazo, se agitó bajo las sábanas.

—¡Bien decía yo que había norte en el Golfo!

Entonces se quedó quieto, boca arriba, como un muerto. Y aquel silencio del moribundo era infinitamente peor que todas las demás cosas, porque permitía a quienes lo rodeaban, no sólo escuchar los

ruidos de dentro y fuera de la casa, sino las crueles e inexorables voces de sus conciencias.

Elvira creyó que iba a desmayarse, y sí, como en un principio de desvanecimiento, entrecerró cansadamente los párpados, dejó caer hasta sus rodillas los brazos, y esperó. Que ocurriera lo que tenía que ocurrir. Que ocurriera.

Y ocurrió una cosa espantosa: que todo lo que no quería pensar, pensaba: en el circo, en Lauro, en Antonino, que al amanecer estaría muerto. Y todo lo que no quería ver, veía: el entierro de su marido, la cicatriz honda y negra de Lauro, cierta lámpara color de rosa. Y sentía algo que la horrorizaba, que la hacía vibrar por la cintura como una rama y la transportaba no sé a dónde: una mano caliente, brutal, caliente y pesada, que le rodeaba el pecho, le buscaba algo y le descendía.

Cayó de rodillas, víctima, no podría decirse, si de un placer sexual inaudito o de un espanto y un dolor sobrehumanos.

No podía llorar, no podía rezar y alcanzaba a comprender muy bien lo que es morir.

Antonino se encontraba tan lejos, que ningún grito le llegaría. Estaba alto, por entre las nubes, y ella muy baja, sobre la alfombra. Como él moría, estaba en contacto con Dios; como vivía ella, estaba en comunión con el diablo. Su separación era irreme-

diablo, absoluta. No merecía la pena ni de abrir los labios. ¿Podrían importarle algo a él sus culpas? ¿Alcanzaría a interesarle ya nada? Y yacía quieto, cárdeno, absorto en su propia tarea, observando tal vez las misteriosas evoluciones de su alma.

Prometió ella seguir en aquel rincón hasta la muerte en tanto la mano no la abandonara o, al menos, no le descendiera más. Y era ésta tan fuerte, tan tenaz, tan lúbrica, que ni Dios ni todos los Santos, a los cuales se encomendó muy fervidamente, lograron arrancarla. Entonces profirió unas palabras inconcebibles:

—Seré tuya cuantas veces quieras, pero ahora suéltame.

Y la mano cesó. Y advirtió que alguien se sonreía por entre las cortinas blancas. De verdad que la luna era amarilla, y que el viento anunciaba una catástrofe, y que los perros del barrio se habían puesto de acuerdo para aullar. Daba terror vivir.

Elvira volvió a su asiento. Las lágrimas le acudieron ahora de improviso y rompió a llorar en silencio, sin quejidos ni espasmos, suavemente, con un llanto sencillo y hondo, tan de criatura buena, que mecía a su alma en los más tiernos ensueños. A pesar de cuanto había dicho y hecho se sentía limpia, pura, llena de esperanzas. Antonino no se moriría. Antonino estaría bien muy pronto y podrían salir jun-

tos por las calles. Antonino triunfaba. Tiraban, sí, del otro lado, pero él tiraba más fuerte. Quizá ya se sintiera mejor.

Se le acercó, caminando en puntas, muy despacito. Continuaba inmóvil, gris, o dormido o pensando. Lo palpó. Estaba helado, horrorosamente cubierto de sudor; pero abrió los ojos, sus turbios y atormentados ojos, como cansados o enfermos de tanto como habían visto o veían, miró a Elvira, y Elvira pudo entonces comprobar una cosa muy bella: que estaba de nuevo a su lado. ¿Lo besaría? ¡Y por qué no!

Fué el beso más dulce de su vida.

—¿Estás bien?

Sí, ya volvía de aquel viaje tan largo y tan peligroso.

X

NO hay en el mundo mañanas más bellas que estas mañanas de México.

Todo lo azul, y lo verde, y lo alegre, y lo diáfano, y lo espléndido de la vida libre y sana se nos mete dentro. Diríase que respiramos en una gran selva, dorada por la luz del sol, pero cargada aún de nocturnos efluvios; que a través de nuestras venas se despeña un agua fresca y tumultuosa; que el viento que nos da en la frente trae por igual la resina de los montes y el salitre de las playas; que nuestra vista se aguza para ver más lejos que nadie, y que aquello que vemos, todo, todo, tiene un ritmo, una concordia, una vibración y un silencio incomparables. Un solo impulso nos domina: vivir, vivir apresurada y libremente, sin renunciás; no morir nunca para despertar al otro día y reanudar el placer interrumpido —que

sólo podría aborrecerse la muerte por privarnos de esta luz; y de este juvenil ardor de la tierra; y de esta lluvia de colores.

¡Cómo se alegró, pues, Antonino de no morir entonces!

Allí estaba sentado en una silla, junto a la ventana entornada, envuelto en una manta de lana y mirando hacia el exterior. En otra silla más baja, apoyada en las rodillas de él, estaba Elvira sin decir nada. Vivían ambos simplemente. Y para comprender que vivían es preciso aceptar, no sólo que sus corazones latían, que percibían normalmente los ruidos y que sus cuerpos no estaban yertos, sino que, a la vez, participaban intensamente de una sucesión de esperanzas, de arrepentimientos, de alegrías y otras sensaciones menos graves, o dolorosas, o dulces, o inefables, o queridas, o melancólicas, o lejanas, pasadas o por venir, y que los exaltaban o aturdían como un licor muy espirituoso. Convalecientes de graves males, se enternecían fácilmente. Y no hacía falta de las palabras, ni del menor aspaviento, para adivinar qué ansias de vida, de luz y paz los animaban. No importa ahora que sus enfermedades hubieran sido distintas: el terror había sido análogo porque naufragar siempre es espantoso. Uno y otro conocían de cerca el abismo, lo inaudito y frío de ese vacío sin luz, pero

allí estaban al fin y a la postre, y esto era lo importante: listos y alegres, pendientes de aquella mañana.

Se levantaba por primera vez.

—Cuando esté bueno. . .

Se le veía ojeroso y débil, con la barba negra crecida y las manos muy huesosas. Tosía de cuando en cuando y se limpiaba el sudor.

—Tuve mucho miedo a morirme; mucho miedo a perderte. . .

Era extraño y agradable que la voz se le hubiera endulzado tanto.

—Aquella noche en que aullaron los perros hubiera ansiado tenerte más cerca de mí que nunca. ¡Si supieras cómo te necesitaba!

Luego, ¿habían aullado realmente los perros? Pero ¿qué había bebido Antonino que se expresaba de semejante modo? “Si supieras cómo te necesitaba”. ¡Y tenía su mano así, sobre la de ella, muy a gusto!

—Morirme en sí no me importaba gran cosa. Todo el mundo ha de morir. Además, no sufría. . . Pero perderte, dejarte en un lugar como éstos y no volver a verte nunca, me horrorizaba. Quería abrir bien los ojos y no podía. Aquella noche te vi, ¿recuerdas? Pues me dije: “Que sea la última vez.” Y me hubiera ido efectivamente y después de mil años te tendría presente.

¿Qué era lo que le ocurría?

—Pensaba como entre sueños: “Soy débil, pero ella me necesita. También ella es débil.” ¡Sí, en general todos los que están solos son débiles! Pero ¿sabes más que nada lo que me preocupaba? Lo que habrías de hacer después. “No debe volver a Ixtapalapa” —me decía. Me entristecía mucho eso; no sé por qué, pero tenía la impresión de que allí ibas a ser muy desdichada.

Elvira sintió miedo.

—Es tonto que yo haya pensado en Ixtapalapa en semejantes momentos, aunque ahora sé que cuando está uno por morir no tiene lugar ninguna de esas horripilantes y complicadas cosas que se imaginan los hombres. Todo es más sencillo, menos grave. ¡Pues sí! Solamente lamentaba no disponer del suficiente dinero para impedir que volvieras al pueblo.

Le temblaban ambas manos como a un anciano.

—Tú llorabas mucho, ¿verdad? Llorabas constantemente. . .

Ni él mismo se reconocía.

—¿Por qué llorabas, eh? ¿Tanto así me quieres?

Su sensibilidad de enfermo se hallaba abierta como una flor, y como una flor captaba hasta las más tenues manifestaciones de la vida. El sol que entraba por la ventana, la visión del cielo afuera, los tristes y pensativos ojos de Elvira, un recuerdo, un grito, obraban en él de un modo extraño. Con todos sus

poros sentía, por todos sus poros oía, y parecía no tener nada de común con el hombre. Todo lo invadía, todo lo alcanzaba, y era invadido y alcanzado por todo.

—Ahora sé muy bien lo que es morir; podría asegurarte que me he muerto un poco. . . ¿Te gustaría saber lo que se siente? Pues que alguien te tira por los cabellos con una fuerza extraordinaria, y como los pies pugnan por quedarse en tierra a todo trance, el cuerpo comienza a estirarse, a estrecharse, a crecer en un sentido, y te vuelves tan delgado, que apenas logras respirar. No, no sientes ningún dolor, ninguna clase de sufrimiento físico; sólo una impresión muy rara: que no cabes en ninguna parte. Y de tan largos como son tus miembros, no puedes defenderte. Tardas un año en mover un brazo, en verificar cualquier impulso. Y aquello es cuestión de segundos, ¿sabes? ¡No hay tiempo que perder!

Inclinó la cabeza y permaneció en silencio, como tratando de recordar algo más. Elvira no le quitó los ojos. Antojábasele —y esto la preocupaba cada vez más— que aquel hombre no era su marido; ni él ni nadie en quien pudiera confiarse, sino un fantasma abominable que le hablaba desde el otro mundo, con una sonrisa fría en los labios y no sé qué opaco y espectral en las pupilas.

—Te digo que me he muerto un poco y sé positivamente que es cierto; no por las flores extrañas que he visto, ni por las voces que me han hablado, ni por la luz o las sombras que hayan podido envolverme —que todo ello podría haber sido un delicioso y estúpido sueño. Te digo que me he muerto por lo que siento ahora, por lo que veo, por lo que encuentro. . . Tú sueñas, por ejemplo, que navegas, y cuando despiertas estás en tu cama; mas si navegas de veras llegas a algún lugar. Pues bien; yo me encuentro ahora en unas tierras desconocidas, mucho muy agradables, adonde habías venido tú a esperarme.

Añadió después de un rato:

—Si te dijera que hasta el día de hoy no te había visto antes, pensarías muy mal de mí. Así es, sin embargo.

Suspiró:

—Y te tengo, y sé que eres mía, y que la vida en estas nuevas regiones ha de transcurrir de muy distinta manera que hasta la fecha. No me siento solo. Me siento muy a gusto. Compréndelo, es por ti.

Se echó a reír largo rato, al reparar en la expresión de Elvira. De haber tenido fuerzas se habría levantado de un golpe y la habría sentado sobre sus piernas. Considerábala una infeliz criatura, tan ligera como una florecilla, un tanto espantada de lo

que oía, indefensa. No convenía que le siguiera hablando en aquel tono.

—¡Verás, verás! Voy a contarte algo que tú no sabes. Una tarde me llamó el director. . .

Le confesó sin evasivas lo del vestido.

—¡Y aún más, algo más! Estábamos los dos durmiendo una noche. . .

Hablaba de lo del sueño.

—Pues no me atreví a acariciarte, imagínate. ¡No supe disponer de lo que era mío! —

Reía con todas sus ganas, interrumpiéndose con la tos.

—¿Qué habrías dicho tú si lo hubiera hecho, eh? ¡Confiesa! Me interesa mucho saberlo.

Elvira no confesaba nada.

—Si te hubiera rodeado el pecho y me hubiera acercado a ti tanto que no te dejara respirar. . . ¿qué hubieras dicho?

Tuvo ella un presentimiento angustioso: Antonio no sabía algo. A eso se debía el que le hablara como lo estaba haciendo. Le preparaba una trampa, sin duda. Y pensó con el mayor terror imaginable:

—“Soy impura, impura, impura.”

—Si no me hubiera vencido el sueño, si al amanecer, pongo por caso. . .

—“Impura, impura” —repetía, echándose atrás disimuladamente.

Creía inevitable que, de un momento a otro, con aquella voz dulce, monótona, insufrible, con aquella voz que no le conocía, pronunciaría la acusación. Se la arrojaría al rostro tranquilamente, mirándola bien a los ojos, sin elevar siquiera el tono. Y esto aumentaba su terror. Hubiera preferido otra cosa: habría soportado la mayor injuria, el más brutal ultraje, la más ignominiosa condena, muerto con gusto a sus manos, todo, todo, antes que aquello; aquello que se le venía encima irremediabilmente, sin que tuviera oportunidad de huir.

Antonino continuaba hablando, aunque ella no comprendía bien lo que oía. Sólo aguardaba esto:

—“Ya sé que te fuiste con Lauro.”

¿Y si lo dijera ella primero y en seguida echara a correr? Desde la puerta podría gritarle: “Perdóname, ya sé lo que soy. Adiós.” Y nunca jamás en los días de su vida volvería a poner un pie por aquel rumbo.

Sin embargo, sucedió algo muy distinto. El dijo:

—Ven, quiero decirte una cosa.

Se le aproximó.

—Más cerca, más, aquí.

Se le sentó tan cerca como pudo.

—Mira. . . —Y se detuvo el enfermo.

¿Se arrepentía Antonino?

Luego se la quedó mirando con una mirada honda y pesada, tratando seguramente de desnudarla. Suspiró Elvira:

—Di.

Temblaba como una hoja.

—¡Di, di!

Poco a poco fué enderezándose él, apoyado con una mano en la silla, hasta que su rostro quedó tan cerca del de ella, que no lo veía. Había cerrado los ojos, pero esto sólo lo sabía él. Su mujer miraba lejos, por encima de su cabeza, aunque tenía el muro delante. Y las palabras brotaron suave, indecisa, acariciadoramente, como para adivinarlas.

—Te quiero. . . —Y callaba un momento—. Te quiero. . .

Volvía a callar durante algún tiempo.

—Te quiero. . .

Era una escena de lo más singular, que inspiraba lástima y risa, sobre todo cuando Elvira rompió a llorar.

Lloraba inconsolablemente, apretándose contra él, pasándole sin cesar la mano por el pecho, por la frente, por el cuello, como tratando de hacerle sentir de mil formas distintas que no era impura, ni culpable, ni traidora, ni infame, ni perversa, sino suya, suya exclusivamente y, en tal forma, que podría disponer de ella como le conviniera, y que cuantas veces se le

antojara podría apoyarse en su hombro o su brazo y confesarle sin temor el mayor dolor o culpa, o poseerla o no poseerla, o golpearla contra las paredes y arrastrarla por todo el piso si así fuera necesario.

No desistía en su empeño. Tenía apretada la cara contra la de Antonino, y en ocasiones se apartaba un poco para sentirla mejor y verla, pero de un modo febril, enfermizo, comprensible para ella sola.

Ninguna contrición, ni ningún otro acto de su alma había sido tan noble, espontáneo y puro. Se redimía a sí misma, se absolvía ella sola y, al hacerlo, volvía a quedar sin mancha. Antonino estaba lejos de comprender, mas si en aquellos momentos le hubiera sido dado asomarse al alma de ella, habría retrocedido de estupor al comprobar qué especie de sentimientos se desarrollaban allí dentro. Jamás nadie había estado más cerca de nadie que Elvira de Antonino. Nadie, tampoco, había soñado lealtad semejante. Era el amor, como el amor es en contados, excepcionales momentos de la vida.

—Soy tuya, tuya solamente —repetía—. Tú sabes que puedes hacer de mí lo que quieras.

Ahora no lo dejaba hablar.

—Quien quita y en alguna ocasión haya sido ingrata y mala contigo, pero no fué por mi culpa ¡te lo juro! Así como me ves ahora me tendrás siempre si lo quieres. ¡Siempre, siempre!

“Siempre” era para Antonino la palabra más hueca y desoladora. La comparaba con una olla rota que alguien pretende llenar de agua a toda prisa. En cambio, de pronto, se había vuelto hermosa y llena de sentido; tan amplia, que se perdía de vista; tan fértil como una inmensa llanura que promete la más excelente cosecha.

—¡Siempre! ¡Siempre!

Y Elvira dejaba de llorar un rato, lo apretaba contra sí, sollozaba. . . y, sin contener su alegría, a Antonino se le ocurrió pensar entonces que no solamente él, sino también ella había muerto otro poco, aunque por razones incomprensibles. No pretendió averiguarlas: podría truncar el encanto. No se cuidó de indagar. Se conformaba con eso.

—Dilo otra vez —balbucía—. Anda, otra vez, dilo.

Y preguntaba ella:

—¿Qué digo?

—Eso, eso: ¡siempre! Me gusta oírlo.

—¡Siempre, siempre! —repetía ella, temblando y riendo.

—Otra vez.

—¡Siempre!

—¿Siempre?

—¡Sí, siempre!

Cualquiera diría que se habían vuelto locos.

XI

DURO aquello seis días. Así estaba escrito. Un domingo en la mañana sonó el timbre y Antonino se levantó a abrir. Hallábase aún en la cama y no estaba nadie en la casa porque Elvira y los niños se habían ido a misa. Volvió a sonar, cuando Antonino cruzaba el comedor.

—“¡Diablos, qué prisa!” —pensó. Y abrió.

Era Lauro, vestido con una zamarra muy clara y unos pantalones de pana azul. Traía las botas perfectamente lustrosas y un habano en la boca. Se había dejado crecer el bigote.

—¡Hola, no te has muerto? —Y lo abrazó sonriendo largamente, mostrando sus dientes hermosos y fuertes, complaciéndose en golpear aquella débil espalda con el único puño que tenía—. ¡Si vieras

cuánto me alegro de verte! ¡Vaya, qué tal te sientes?

Estaban de pie a la puerta, y Antonino se concretó a invitarlo a pasar. Cerró después con gran cuidado y exclamó sin sentarse:

—Espera un poco; voy a terminar de vestirme.

Lauro dijo que sí y procedió a instalarse. Cuando estuvo de vuelta Antonino, llevaba el saco puesto, con el cuello alzado. Arrastraba un poco los pies y se veía que estaba muy débil. Le dolía levemente la cabeza. Se sentó.

—Bueno, ¡qué milagro! —dijo.

—¿Milagro dices? ¡No sé! —replicó Lauro—. ¿Te extraña tanto que venga a verte?

Antonino se encogió de hombros y no supo si en realidad le extrañaba o no. Se sentía bastante más a gusto en la cama.

—¿Qué tal por allá? —preguntó.

—Por allá, bien; y por aquí ¿qué tal? Cuéntame: ¿qué te ha pasado?

Antonino cruzó las piernas, dejando ver sus tobillos azules y flacos, sin un vello.

—¡Muy sencillo! Que estuve si me iba o no... Tuve suerte, de cualquier modo; pero pasé unos días muy duros, con mucha fiebre, delirando. El doctor no parecía muy resuelto a salvarme.

—¿Y qué tuviste?

—Pulmonía —contestó Antonino rápidamente. Y se asustó de haber tenido aquello.

—¡Ah, sí, es grave eso! ... Miguel murió de lo mismo, ¿te acuerdas? Pero, ¿dónde rayos la pescaste?

—No lo sé —declaró Antonino sin mirarlo; y sus ojos brillaron extrañamente durante algún tiempo, como si contemplara de nuevo desde aquel asiento a la pálida, enigmática y todopoderosa muerte—. Cuando están escritas las cosas, es tonto buscar las razones. Si te has de morir sólo Dios o el diablo lo saben, y si te ha de ocurrir otra cosa cualquiera, también. Yo me sentía perfectamente y un día comenzó aquello. Me dolió primeramente el pulmón, sentí frío, mucho frío, y perdí el conocimiento. El caso es que, como te digo, estuve a las mismas puertas de la muerte.

Lauro movió un poco la cabeza, chasqueó la lengua, chupó el habano y, mientras expulsaba el humo, se puso a contemplarlo, dándole vueltas. En seguida se lo acercó a los labios y lo olió parsimoniosamente. ¿Preguntaría por Elvira? Sin duda.

—¿Y Elvira? —dijo.

—Se fué a misa con los niños.

—¡Ah!

Siguió una pausa muy embarazosa, en virtud de que ninguno de los dos encontraba qué hablar. La mañana era clara y alegre, y en el interior de la casa todo también parecía saludable y alegre.

—Se vive aquí a gusto, ¿o no? —preguntó Lauro sonriendo; y a Antonino le sonó la pregunta de lo más estúpido y falso.

—Aceptablemente —repuso—. Elvira pretende cambiarse. . .

—¿Cómo! ¿Mudarse de casa? ¿Y por qué?

—Por los niños. Está empeñada en tener un jardín.

—¿Un jardín? Pero los niños se encuentran perfectamente. ¿Qué necesidad hay entonces de que hagas tú más gastos?

Fingía darle gran importancia a los asuntos de Antonino. Era un buen sistema.

—¡Bueno, no es ninguna novedad! —añadió a poco—. Las mujeres, si te pones a pensarlo bien, rara vez se sienten conformes con lo que tienen y el hombre debe cuidar de llevar fuerte los frenos. En realidad, parecen no darse cuenta de lo que sus necesidades representan para nosotros. . . Es muy sencillo decir, por ejemplo: "Con treinta pesos más seríamos felices." ¡Me lleva el tren! Pero felices ¿quiénes? Como si cuanto más tuviera que trabajar un hombre y tallarse no estuviera más cerca de que se lo lleve la. . . ¿no crees tú? ¡Por lo menos, estos son mis cálculos!

Antonino volvió a encogerse de hombros.

—Lo que pasa es que se aburren —expresó Lauro; y en seguida se arrepintió de su torpeza—. Se aburren. . . ¿cómo te diría yo? ¡Ya me entiendes! Les gusta cambiar de ropa, de casa. . . como si cambiarse de casa fuera lo mismo que quitarse un vestido y ponerse otro. ¡Todo lo ven muy natural! Pero tú no debieras hacerle caso; debieras, más bien, cuidar un poco de ti.

Antonino se sentía molesto y cada vez hablaba menos. Entonces se dió cuenta de que no deseaba en absoluto conversar con Lauro; ni con nadie. Y se espantó de que por primera vez en muchos días tampoco ansiara muy ardientemente que regresara Elvira. ¿Comenzaba de nuevo? Se sobrepuso.

—Sí —dijo; y no hizo otra cosa que probar su voz, la cual le sonó aburrida y triste—. La mujer es un poco egoísta en general. . . Pero Elvira no es de esas, puedo asegurártelo. Tuve a últimas fechas muy buenas ocasiones de comprobarlo. Si te contara. . . Realmente, cuando uno está enfermo los demás prueban lo que son, lo que sienten y de lo que son capaces en cualquier momento. Por mi parte. . .

Dejó la frase y tosió. Luego dijo:

—Por mi parte, creo haber comprendido el amor hace unos días.

Todavía agregó, como entre sueños:

—El amor, el amor... Es una dulce cosa, ¿sabes?

A Lauro le incomodó profundamente aquel asunto. Le incomodó, en primer término, oír que Antonino se sentía muy satisfecho de Elvira, y que ella, sin lugar a dudas, era la principal culpable de esa alegría. Le habría complacido, por el contrario, oír lamentarse a aquel hombre y dolerse de lo que en la actualidad se vanagloriaba. A través de sus palabras, de la entonación que les imprimía, y de no sabía qué alrededor de su persona, adivinaba muy claramente lo que había ocurrido en la cama durante aquellos días. Y le miró con rabia a las manos y al cuello. Ahora era él quien callaba, mas por no delatarse. “¡Vieja estúpida!” —pensó. Se refería a Elvira.

—El amor, el amor...

Lo interrumpió de súbito:

—Bueno, a lo que venía. ¿Te gustaría ir esta tarde a los toros?

Contra lo que se esperaba, Antonino no mostró la menor contrariedad o sorpresa al oír tal cosa, como si aquello que le proponían fuese lo más común y corriente. Se limitó desde un principio a rehusarse, alegando que todavía no se encontraba con fuerzas bastantes para salir a la calle y, con menor razón, a un lugar donde el calor de la tarde y la aglomeración de la gente podrían fácilmente excitarlo. In-

cluso, hasta se disculpó con cierta torpeza, lo cual daba a entender que se sentía confuso. Y no sólo eso, sino que exclamó después de un rato:

—No, yo no puedo, de veras; te lo agradezco mucho, ya sabes. Pero Elvira te acompañará... ¡espera un poco que venga!

¿Soñaba Lauro o vivía una hermosa y deslumbrante realidad?

De seguro que sus ilusiones no llegaban a tanto. El se suponía, con muy buen juicio, que habría sido menester recurrir a las mejores tretas, poniendo en juego una discreción y una astucia de las que se reconocía incapaz, a fin de que los acontecimientos se resolvieran favorablemente y sin tropiezos. Esto lo tenía nervioso. De acuerdo con sus planes, él pensaba, desde luego, que Antonino no aceptaría; sabía que estaba enfermo, que era un personaje sumamente aburrido y que no le gustaban los toros. Mas, ¿cómo arreglárselas para, llegado el caso, insinuarle en que consintiera dejar ir sola a Elvira? Era un asunto de los mil demonios. Y he aquí que, de manos a boca, como un verdadero imbécil, acababa de proponérselo él mismo.

—“Muy bien —se dijo—. Le está todo divinamente empleado.” —Y volvió a chupar el habano, hablando ya sin pensar en lo que decía.

Allá en el fondo estaba plenamente convencido de que el hombre que tenía delante era el ser más estúpido, más inofensivo y tonto de la tierra, y que él era el más listo, el más fuerte y afortunado. ¿Cómo haber sentido alguna vez temor o desconfianza? ¿Qué clase de respeto podía merecer a nadie aquel hombre? ¡Le proponía que llevase a su mujer a los toros! Perfectamente. Pues él se encargaría de aceptar el convite. ¿Y pensaba además que verdaderamente iban a ir a los toros? Le hubiera gritado "¡idiota!" con el mayor gusto; pero continuó interesándose por su vida y sus cosas.

—Debes mirar por ti, oye bien lo que te digo. Las mujeres. . .

En eso sonó el timbre y Antonino se levantó.

—Es Elvira —dijo.

Lauro también se puso en pie.

Entraron en primer lugar Liborio y Carlota y después su madre. Llevaba ésta bajo el brazo un devocionario negro, con el canto dorado, y un velo. Vestía el vestido de lunares rojos y lucía un extraño collar de cuentas verdes. Disponíase a decirle no sé qué a su marido cuando reparó en Lauro. ¡Valiente esfuerzo tuvo que realizar para no desplomarse allí mismo!

—¿Tú aquí? —suspiró.

El manco le alargó su mano, mientras Liborio interrogaba a Antonino.

—¿Y don Demetrio, papá? ¿A poco no vamos a ir esta tarde al circo?

¡El circo! No, no iban a ir al circo, ni iban a beber cerveza, ni iban a subirse en automóvil, ni iban a comer dulces de menta, porque su madre tenía un grave asunto pendiente y allí no podían ir los niños.

—Ha venido a saludarnos —prorrumpió Antonino— y a invitarnos a los toros esta tarde. Ya le he dicho que yo no puedo, que no me siento con ánimos. Pero tú sí irás, ¿verdad que sí? . . . Bueno, ¿y quién toreará?

Estaba escrito.

Elvira posó el devocionario en una mesa y se quedó en silencio con el velo entre las manos. Se sentó. Lauro tenía ahora a Carlota entre las piernas y se fingía el indiferente. Le ofreció una moneda de plata. A continuación, llamó a Liborio y le dió otra.

—¿Qué dices? —se aventuró a preguntar al cabo, mirando a la mujer desde tan dentro que hasta un niño habría comprendido—. ¿O no?

Bajó ella la vista, como si le diera el sol en los ojos. Tendría buen cuidado al hablar, pues podría confundir las palabras.

—No mira, te lo agradezco también, pero no debo ¡comprende! Antonino no sale, está un poco delicado y no me sentiría tranquila. Otra vez, ¿te parece? otro día, de veras. . . el que quieras. . .

Entonces sucedió lo que nunca se esperaba.

—Sí vas, sí vas, yo quiero que vayas. ¡Es necesario que te distraigas un poco!

Era Antonino el que hablaba.

Intentó defenderse Elvira, pero ni la voz ni nadie la ayudaban y mucho menos aquella pobre y linda carne suya que se estremeció de voluptuosidad. No la ayudaba nadie, ni siquiera su marido, que la empujaba hacia allá. ¡Si supiera! ¡Si supiera qué honda e irremediablemente iba a caer ahora! ¡Si supiera todo lo que en aquel instante se jugaba!

—¿Por qué he de ir si no se me apetece? —protestó.

Hipócritamente se encogió Lauro de hombros, como el ser más ofendido de la tierra.

—No, deja —exclamó, dirigiéndose a Antonino—. No vayáis a tener un altercado por mi culpa. Deja, yo...

Antonino cayó en el cepo.

—¡Basta! —dijo—. ¡Es tonto discutir estas cosas!

Todavía Elvira se defendió otro poco.

—¡Basta! ¡Basta! No veo la razón para que te niegues. ¡Irás!

Para desgracia suya, era la primera vez en su vida, la única, que se ponía enérgico. La primera vez que exigía y alzaba la voz. La primera que se sentía poderoso y no tenía vergüenza de que otras personas lo

miraran fijamente a los ojos. No podría explicar muy bien los motivos —imponderables, desde luego— por los cuales insistía con tanto ardor en que su mujer fuera a los toros. Ni Lauro le resultaba simpático, ni sospechaba que a Elvira le interesara gran cosa el espectáculo, ni experimentaba el menor deseo de quedarse solo en casa, pero allí estaba pronunciando unas palabras terribles, definitivas, espantosas, en las que iba de por medio su suerte.

—Irás, ya lo creo que irás. No tengo la menor intención de hacerle una jugada a tu primo.

Y se consolaba a sí mismo no sabía de qué.

—Yo me quedaré aquí y bastante bien que me irá. Tengo mucho trabajo pendiente.

Elvira ya no tenía el velo entre las manos porque lo había dejado caer en el suelo; tenía, en cambio, a su hija, a la que estrechaba perdida y disimuladamente, con ansias de sujetarse a algo. Ahora sí que tiraban de ella. Ahora sí que tiraban fuerte. ¿Y si descubriera la ignominia?

Le pareció todo tan horroroso, criminal e inaudito, que se arrepintió de haber ido a misa. ¿De qué le servía ir al templo los domingos si nadie tenía compasión de ella? ¿De qué le servían su fe y sus buenos propósitos, si Alguien, ni Antonino ni Lauro, ni nadie a quien pudiera enfrentarse, se complacía en empujarla cada día más hacia un espantoso abismo en el

cual habría de sucumbir irremisiblemente? Si todos la abandonaban y ninguno prestaba atención a los gritos de su alma, ¿qué es lo que podía esperarse de ella? ¿Qué podía exigírsele? ¿Con qué armas iba a defenderse?

Miró a Antonino con rabia y soltó definitivamente a Carlota. Miró con menos rabia a Lauro y con más rabia que a nadie a su casa. Sintió rabia de sí misma y rabia de su madre por haberla concebido. Rabia de todo y miró hacia arriba. ¡Sería la última vez que tocaba aquel devocionario con sus manos y la última en su vida que iba a misa!

Prorrumpió, de cara a Antonino, y Lauro tuvo miedo de aquella voz:

—Está bien. Iré.

Lo que quería decir era esto otro:

—“Veréis muy pronto de lo que soy capaz.”

Luego siguió un silencio pavoroso, incomprensible, muy largo, como si acabara de acaecer una desgracia. Y en el oído de todos, incluso de los niños, quedó sonando durante todo el día su última palabra:

—Iré.

Estaba escrito.

Portábase, bajo los besos de Lauro, como una besizuella salvaje y hambrienta.

Le centelleaban los ojos, mostraba muy bellamente los dientes, su cuerpo era ágil e impúdico, y su voz tenía algo de agresivo, inhumano e implacable.

Allá estaba, con las sábanas revueltas, boca arriba, agitándose como en un cólico. Y si hablaba, lo que decía llenaba de espanto. ¿Qué se pensaban todos, y el mundo, y el cielo, y sus hijos? Sin duda no la conocían. No la habían oído blasfemar, ni gritar, ni la habían visto amar a un hombre siquiera. Pues allí estaba y podían oírla y mirarla todos si querían. ¿Quién iba a detenerla? ¿Quién iba a atreverse a acercársele? Se sentía hermosa, deslumbrante, joven y más resistente que nunca. Se sentía mala, infame, y le complacía su maldad. Le parecía que aquello era lo único que procedía hacer. ¿Con qué objeto se encontraba allí si no? ¿Por qué se hallaba en aquel cuarto y había cerrado ella misma la puerta y se había guardado la llave entre las ropas?

También aquel hombre era joven, también a él le centelleaban los ojos; pero a ella más, mucho más, infinitamente más. Nada la asustaba ni le estaba prohibido. De nada se arrepentía. Su placer no era puramente sexual, y en cuanto a esto podría aventurarse que casi sufría. Su placer era más hondo, más lóbrego, más grave: el placer de la carne no era sino un triste y angosto camino en aquel sinfín de caminos hacia el verdadero caos que nunca llega. Experimen-

taba todos los transportes y los espasmos de la locura. Estando así, desnuda, ardiente, terrible, bajo las garras del hombre, blasfemaba, hurtaba, mataba; ningún crimen ni ninguna culpa le eran extraños, ninguna violación, ningún frenesí o exceso le parecían suficientes, antojándosele que rasgaba entre sus dedos los mandamientos, que después de aquello sólo le restaba morir e irse a dormir con el diablo. Y así estaba bien. Pero después de todo, ¿quién piensa en morir cuando la vida es tan plena?

Como en un cólico se agitaba y ya no encontraba palabras ni gritos bastantes. ¿Qué más, qué más? Se había derrumbado hondo en una espantosa sima y, sin embargo, quería desplomarse más hondo todavía, y por eso escarbaba con las uñas en el fondo de aquel pozo. Le hubiera gustado hallarse entre lodo para embadurnarse con él todo el cuerpo hasta los ojos; le hubiera gustado descubrir un reptil bajo sus plantas para enrollárselo al cuello y morderlo; le habría gustado estrangular a alguien en un abrazo, aniquilarlo.

Sangraba Lauro por la espalda y se asustaba.

—¡Elvira! ¡Elvira! —gemía.

Ahora pretendía detenerla; le parecía demasiado.

—¡Elvira!

Bastante le importaba a ella Lauro. Lo habría des-

pedido sin ninguna lástima y habría llamado a otro hombre.

—Elvira, di, ¿qué tienes?

Tenía ni más ni menos lo que le habían dado: odio, sexo y un poco de amargura.

—¿Y ahora qué más? —preguntaba ella—. ¿Ahora qué sigue?

Lauro se echó atrás. Estaba lívido, en derrota, con el aspecto de un condenado a muerte. Declinaba la tarde.

—¡Vámonos! —susurró.

¡Ah, y él era el valiente!

—¡Vamos! —gritó más fuerte. Y se tiró al suelo de un salto.

Lo miró así, desnudo, sin un brazo, con las trazas de un orangután.

—¿Qué es lo que tratas de hacer? ¿Puede saberse?

Elvira se soltó a reír de improviso, y su primo, también de improviso, pretendió persuadirla del mejor modo.

—Escúchame: ya es tarde. Los toros han de haber terminado...

¡Los toros!

—Antonino puede darse cuenta... suponte que sospecha... ¡no conviene hacer estas locuras!

Por la ventana cerrada filtrábase una luz anaranjada y densa y se oía el viento. Toda la habitación

estaba llena de humo, aunque nadie había fumado. Lauro se ajustaba ahora los pantalones y la mujer continuaba riendo; reía tan fuerte, que tronaba el catre.

—Mira, hazme caso, levántate. . .

—¡Vete tú si quieres!

—¡Elvira!. . .

—¡Vete, sí, vete, no me haces ninguna falta! Podría quedarme igual sola.

Lauro cogió sus ropas —las ropas de ella— y se las arrojó encima.

—¡Vístete, te digo!

—¡No me visto! ¡Llévame si quieres desnuda!

Y levantó su bello cuerpo cuanto pudo para que lo viera a gusto.

—Llévame desnuda, se me apetece. . . en los camiones. . . ¿o no te atreves?

Seguía riendo. ¿Cuándo iba a terminar aquello? Lauro la apostrofó del modo más cruel que sabía, pero ella continuó como si tal cosa.

—¡No te rías!

¡Bah, ya lo creo que se reía!

—¡No te rías, por vida de. . .

La amenazaba con su único brazo.

—¡Pégame, pégame, que eso estaría bien también! ¡Pégame fuerte, no se me había ocurrido!

Trató por última vez de hacerla entrar en razones. Empezaba a poseerlo el miedo.

—¡Idiota! —gritó ella desde la cama—. ¿Conque en la puerta de Santa Ana a las once, o no?

Jadeaba, se revolvía, agitaba la cabeza de un lado para otro, hinchaba el vientre, lo aflojaba, juntaba o separaba las rodillas, se ponía rígida, violácea, gemía, se dejaba caer exhausta.

—Encenderé la luz para que te vistas.

Lauro temblaba, sentía frío, quería escapar a todo trance. Le daban miedo, no los ojos de Elvira, ni sus gritos extrañamente guturales, ni su risa, ni la tarde que declinaba, ni aquel cuarto oscuro, desconocido, ni aquel catre maldito que rechinaba de tal modo, sino aquella carne que parecía negra y que aullaba por todos los poros y que era como la carne del diablo; le daba miedo lo que había dentro de aquellos muslos, y de aquel vientre, y de aquellas manos crispadas, con las uñas rojas.

—¡Te lo pido, te lo ruego! ¡Vas a arrepentirte!

—¡Idiota! ¡Idiota! ¡Idiota!

Entonces ella lo escupió: se había cumplido. Y Lauro sacudió el brazo en el aire y le descargó una bofetada. Siguió riendo. Volvió a escupirlo, y volvió él a pegarle. Comenzó a sangrar por las narices.

—¡Cobarde!

Y se reía.

Lauro cogió la zamarra rápidamente y salió. Desde la puerta, se volvió un momento.

—¡P...!

Todo, absolutamente todo se había cumplido.

Sonó una puerta, unos pasos, un reloj.

Así estaba escrito.

XII

SI Antonino no hubiera llegado a enterarse nunca de aquello —que tenía que enterarse—, su vida no habría sido más venturosa, ni más envidiable, ni más llevadera. A lo sumo, habría dormido de un modo bien tranquilo aquella noche o habría pensado en cosas distintas, tal vez menos desagradables y tristes. Pero se enteró, en virtud de que Elvira parecía haber perdido el juicio aquel domingo y, en virtud, principalmente, de que así estaba escrito.

Ocurrió de un modo bien sencillo, sin ruido.

Llegó ella un poco después de las ocho y le dijo:

—Acabo de engañarte con Lauro.

Carlota y Liborio no se habían dormido y podían escucharse sus voces cristalinas y frescas en la habitación contigua. El sí parecía dormido, aunque no lo estaba: pensaba en Elvira y en lo que podría estar

haciendo a semejantes horas. Tenía sobre la mesa el café, que humeaba saludablemente. ¿Por qué no lo había bebido? Tenía la luz encendida, dos libros sobre una silla y el cuarto lleno de humo. Diríase que las ventanas llevaban cerradas seis u ocho días o más.

Antonino se sentó en la cama, con la impresión repentina de que su mujer estaba borracha.

—“¡Ese bandido de Lauro!” —pensó.

Pronto pudo convencerse de que no era así. Rara vez había oído hablar a su mujer tan clara y despreocupadamente, sin el menor titubeo, empleando muy bien las palabras, como si llevara aprendido todo de memoria. Lo único extraño en ella era la inmovilidad de su cuerpo. Esto lo conmovió. Máxime cuando la vió sentarse en una silla y permanecer en silencio muy erguida, mirándolo de un modo terrible, con una mirada turbia y lejana como la de un muerto.

—No has ido, pues, a los toros... —suspiró él muy lentamente.

Ella no contestó. Entonces Antonino se tiró del lecho, se vistió los pantalones y fué a palpar la taza de café. Aún estaba caliente. Ya los niños no producían ningún ruido y las pisadas de Antonino sobre la alfombra o la tarima tenían algo de soledad y misterio. Se calzó distraídamente las pantuflas y siguió paseando. A ratos se detenía muy brevemente para mirarse los

pies o contemplar, no de frente, a Elvira, u observar su propia sombra que al llegar a los rincones trepaba por la pared silenciosamente o se partía en dos.

—Quiero un poco más de café —suplicó, como si nada estuviera ocurriendo.

Tampoco contestó Elvira, ni pareció siquiera haberle oído, en vista de lo cual Antonino tomó suavemente la taza y desapareció rumbo a la cocina. Cuando se halló de regreso, todo continuaba igual. Con la punta de una cuchara revolvía ahora el líquido.

—Creo que debieras explicarme bien eso —prorrumpió.

No por lo que acababa de oír, sino porque experimentó de pronto unos deseos locos de hablar, Elvira le replicó esta vez.

—Sí, voy a explicártelo ahora mismo. Estaba pensando en ello.

Agregó:

—Pero valía más que te sentaras. Merece la pena.

—No —declaró él, dándole la espalda—; prefiero caminar un poco.

Cada cinco o seis vueltas por el cuarto, se aproximaba a la mesa y se llevaba la taza a los labios. Ya no había la menor duda de que Elvira no estaba borracha.

—¡Habla! —dijo. Y se echó a temblar por dentro, que es el peor de los temblores.

Jamás había imaginado que una mujer —y con menor razón la suya— fuera capaz de hablar alguna vez como lo estaba haciendo Elvira. Aun las más inocentes y sencillas palabras cobraban en sus labios una importancia extrema; aun el sucedido más trivial tenía algo de monstruoso y repugnante. Y se recreaba, al parecer, en su relato, y pronunciaba cosas que no hubiera querido escuchar él por nada del mundo. Cuanto más indigno era lo que mencionaba, más fría y segura era su voz, más tranquila se mostraba. Había, en especial, en todo ello, un cinismo espeluznante que Antonino no comprendía.

—Y me dijo: “Vístete.” Yo le repuse: “No me visto.” “¡Vístete!” —gritó otra vez. “¡No me visto! ¡Puedes llevarme desnuda!” ¿Pero crees que se atrevió? ¡Qué había de atreverse! ¡Y él era el valiente! Yo tenía frío, pero no me vestía. El sí comenzó a abrocharse la camisa: le colgaba con los tirantes por encima de los pantalones. . . Entonces le llamé “¡idiotita!” y se acercó, amenazándome. ¿Sabes que no le tuve miedo? “¡Pégame, pégame, que eso estaría bien!” —exclamé. Y le escupí a la cara y me pegó. Volví a escupirle y me pegó otra vez. Ya sangraba por las narices. . . Cuando se fué, me llamó “¡p. . . !”

Antonino la interrumpió:

—Habla más bajo. Pueden oírte los niños.

Obedeció:

—Debían de ser las siete y media. Me quedé sola, a obscuras, con un frío que no había sentido antes. “Si me enfermara —pensé de repente—, no estaría mal.” Había en la ventana, que daba a un patio, un vidrio roto y me acerqué. Ya te he dicho que estaba desnuda, con un frío terrible. Y allí me puse. Luego encendí la luz porque me sentía aburrida, y anduve dando vueltas por el cuarto, como tú ahora. Maté una chinche —te digo esto para que veas qué bien lo recuerdo todo— y me senté otra vez en la cama. Voy a contarte ahora cómo era el cuarto. . .

El cuarto era horrible, sombrío, tenebroso, como se lo había imaginado Antonino. Tenía una cama de hierro, con cuatro bolas de latón, un tapete con flecos y una colcha amarilla; bajo la cama había una bacinica y sobre el buró un botellón de agua. El agua estaba sucia, era muy espesa, y nadie se habría atrevido a beberla. También había un armario, dos sillas de rejilla y una puerta que daba al baño. En el baño había únicamente esto: el inodoro, una regadera oxidada, dos toallas y un rollo de papel higiénico. Faltaba el espejo, pero quedaba el clavo.

—No pienses que sentí miedo o vergüenza, ni nada por el estilo. No creas que me eché a llorar o que me hiqué y empecé a pedir perdón al cielo. Tampoco pienses que me acordé de ti o de tus hijos. Esto que voy a decirte puede darte muy bien una idea: si en

aquel momento hubiera llamado a la puerta un hombre, habría gritado "¡entra!" y tú no hubieras vuelto a saber de mí hasta mañana o pasado.

Antonino apuró el último sorbo de café y continuó paseando.

—Tampoco siento ahora nada especial; me hallo muy a gusto, ¿vieras? Quién sabe si haya hecho mal en contártelo ¡puede ser! pero aguarda, de cualquier forma, no he terminado. Queda un poco más.

Hizo una pausa y se pasó la lengua por los labios.

—¿Te acuerdas de la última vez que fuimos al circo?

Antonino no contestó.

—Pues aquella vez empezó todo. . .

—¡Elvira! —gritó Antonino, sin que viniera ya al caso. Y su voz le recordó a ella tanto la de Lauro, que no pudo menos de interrumpirse y reír. Así le había gritado el manco más de cien veces.

—Aquella vez. . .

Cuanto más hablaba, más innobles y cínicas eran sus palabras, más sonora y tremenda su voz.

—¡No, no aparté el brazo cuando me acercó el suyo! Lo único que me daba miedo era que Liborio y Carlota pudieran darse cuenta. Estábamos los cuatro juntos; los demás, un poco más abajo. ¡Pero lo habría besado, lo habría apretado contra mí tan fuer-

temente como hubiera podido! . . . Una vez me pidió un dulce y se lo dí. Me cogió la mano y me la apretó fuerte, hasta hacerme daño. ¡Jamás había sentido nada igual en mi vida, puedo asegurártelo! Y lo pensé, ¿comprendes? me dí cuenta muy clara de lo que ocurría. Me dije: "Aunque me cueste la vida seré suya." Ya esto lo había pensado otras veces en el pueblo, pero ¡es claro! de un modo distinto. No sé cómo explicarte. . . ¡Iba a cumplir apenas quince años!

Sonó el reloj y Antonino contó las campanadas: eran las nueve. Sin embargo, parecía que era ya otro año, otro mundo, otra vida.

—No fué en la puerta de Santa Ana donde nos vimos, fué ahí abajo, junto al cine. Después marchamos hasta Guerrero en un auto ¡si te interesa, ya te enseñaré dónde! Nos sirvieron café y había una lámpara color de rosa. Entonces él derramó el café sobre la mesa y se ensució la manga; pero no se dio por enterado; no se daba cuenta de nada. Sólo repetía una cosa: "Si tú quisieras, yo sí que podría ser un buen marido." Hablaba no sé qué de los monos. . . sí, algo parecido. . . ¡es probable que se refiriera a ti! Cuando se cansó de hablar, me propuso: "¿Vamos?" y yo le pregunté con un poco de miedo que a dónde. ¿A dónde? Hasta que estuvimos en la calle no me lo quiso decir. ¡Bueno, en realidad no me lo dijo! Me

pasó la mano por el cuello y exclamó: "Eso ya lo verás muy pronto."

Hacía un buen rato que Antonino estaba en mitad del cuarto, sin andar.

—Ahora ya lo sabes todo. Fué la primera vez; la segunda, fué por tu culpa.

Calló.

—Es decir, la primera vez fué culpa mía; la segunda, creo que no.

Volvía a reírse como en aquel detestable catre.

—Y no me hables más de ir a misa, no me hables más de esas cosas. Ya he comprendido todo; no sé quién me lo dijo, pero aprendí mucho esta tarde. . .

—Se interrumpió—. ¡No, no es así como debo decírtelo, perdóname! Es así: no te volveré a hablar de ir a misa, no te volveré a hablar más de esas cosas. Más tarde, cuando termine, quitaré de la pared ese cuadro que es mío, quemaré el devocionario y tiraré a la basura el velo. No sé si haya en la casa otro trasto inútil, pero todo ha de desaparecer. Puede que también yo desaparezca, pero antes quisiera dejar la casa limpia de desperdicios; limpia para ti y para los niños, que no tienen la culpa. ¡Yo les enseñé muchas cosas de éstas! Fué lo peor. Creo firmemente que es lo único que no me perdonaré nunca.

Ahora sí parecía afligida.

—¡El granuja de Lauro! Y yo una perdida, ¿no es así?

Se detuvo, escrutando en la memoria. Que no quedara nada, nada. Estas palabras sueltas las había dicho con objeto de no aburrir a Antonino, para que no le entrara el sueño y se durmiera.

—¡El granuja del manco! Creo que así son todos los valientes. . .

Súbitamente volvió a hablar tan alto como al principio.

—Si es que todavía te queda un poco de humor, sé que vas a preguntarme ahora mismo que por qué hice eso, que por qué me porté tan ingratamente contigo, siendo que tú me mantienes, que eres el hombre más bueno del mundo, y que me has querido siempre y me quieres tanto o más que a tus hijos; pero yo te suplico que no me preguntes nada. No podría contestarte. Confórmate con saber que desde la tarde del circo supe que tendría que pasar esto, que no había poder humano capaz de impedirlo. Y ocurrió. Ocurrió, pero no hubiera vuelto a ocurrir nada. ¡Fuiste un estúpido! ¡Siempre fuiste un estúpido y ya no tiene remedio!

Parecía no querer terminar, complaciéndose en oírse.

—Se fué y me llamó "¡p. . .!" Tenía miedo de que supieras. ¿Por qué repetía si no: "¡Ya han de ha-

ber terminado los toros! ¡Antonino va a sospechar!"? Tú siempre fuiste un estúpido, no me canso de decírtelo, y él un cobarde. . .

No, no le venía a la memoria nada más.

—Y lo es. Además es un. . .

Entonces se desmayó.

Antonino levantó aquel cuerpo y lo depositó en la cama. Luego lo cubrió con una manta hasta el cuello y se lo quedó mirando. No estaba muerta, aunque lo parecía; no estaba entregándose, y esa impresión daba. Salió él, cerró sin ruido la puerta y se marchó al comedor. ¡Si se moría, así estaría escrito! Pero no se le apetecía tocarla; no se le apetecía que despertara y continuara hablando; no se le apetecía ver de nuevo sus ojos, y sus dientes, y la forma débil de su pecho, y sus ropas arrugadas que deberían oler mal. No se le apetecía ser su marido, ni su hermano, ni su amigo, ni se le apetecía compadecerla, sacrificarla, perdonarla, ni mucho menos preguntarle por qué había elegido tan áspero y sucio camino. Ojalá y no volviera en sí en toda la noche.

Miró el reloj, sin saber qué hora era. Tampoco lo supo después. Se sentó en una silla y apoyó la frente en la mesa. El hule hizo que la retirara de golpe: tenía algo así como almíbar o miel y estaba frío. Entonces se quedó quieto, también él como un muerto, con las manos una sobre otra y los cabellos tiesos

y revueltos. Miraba a un solo lado con extraña insistencia, con visible curiosidad y, sin embargo, es muy probable que no viera nada. ¡Pero qué importaba esto! Ya conocía de sobra su casa. Podría cerrar ahora mismo los ojos y mencionar uno por uno hasta los más escondidos objetos; podría caminar a tientas por todos los cuartos sin tropezar con un mueble.

¿Se adormecía? Escapaba la noche, y en la casa no se percibía el menor ruido. Cualquiera en los departamentos contiguos habría pensado forzosamente que en la vivienda de Antonino no ocurría nada importante; nada fuera de lo normal. Y si alguien desde la calle o el patio hubiera acertado a descubrir un resplandor tras los visillos, podría pensar también sin inquietud que una persona se había levantado a beber agua; o que a algún niño le dolía el estómago y su madre le preparaba algo en la cocina. . .

Escapaba la noche y seguía el silencio. Sonaba el reloj, es cierto, pero el reloj formaba parte muy importante de ese silencio. ¿Se adormecía Antonino?

Dieron las tres cuando empezó a sentir miedo.

Ya antes había experimentado un sobresalto, al parecerle oír que alguien se movía en la casa. Había oído unos pasos, algo así como un suspiro y la tarima que tronaba; pero ahora advirtió que una puerta se abría, chirriando sobre sus bisagras. Era allá, por

el pasillo. Miró. Todo seguía en silencio, en silencio, como una casa de muertos. ¿Habrían muerto en efecto todos de un modo incomprensible y misterioso?

Nada ni nadie dió señales de vida y, sin embargo, proseguían los pasos. De ello sí estaba seguro Antonino. No sonaban continuamente, sino que se interrumpían a largos intervalos para volver a sonar de nuevo. Le pareció reconocerlos: eran de mujer. No de mujer; de su mujer. Y se puso en pie.

Temblaba de pies a cabeza y se le nublaron los ojos como si mirara a través de un tupido aguacero.

¿Iba a aparecer de un momento a otro? ¿Iba a verla avanzar por aquel pasillo, tal vez sonriendo, o muy seria, fría, terrible, hierática, como cuando le había prevenido: "Voy a contarte cómo era el cuarto?" No acababa de salir y el pasillo se alargaba extrañamente, y ojalá se hubiera hecho de tal suerte profundo, que una persona caminando sin cesar día y noche no hubiera alcanzado a cruzarlo nunca. ¡Cosa extraña! Y en aquel mismo momento, y en los que siguieron a continuación, Antonino no logró recordar a Elvira. No acertó a saber ni por lo más remoto cómo era. Había vivido con ella cerca de diez años y, si, efectivamente abriera ahora la puerta y saliera, le habría parecido una mujer absurda, una intrusa a la que habría despedido sin pérdida de tiem-

po; o un fantasma que lo impulsaría a correr. ¡Quién sabe qué ojos tuviera, y qué manos, y qué risa, en aquella hora tremenda de la noche que eran las tres!

Amaneció, cesó el silencio, y todavía Antonino aguardaba a la puerta del pasillo.

XIII

-**D**I tus pecados, hijo mío.
Bueno, allí estaban sus pecados. ¿Y qué iba a ocurrir ahora? ¿Qué había ocurrido después de las doscientas o trescientas confesiones de su vida? Había rezado el Señor mío, Jesucristo, había cumplido la penitencia, se había sentido un poco sofocado en la iglesia y había ido al Bosque o a otra parte; había dormido por la noche, se había levantado al día siguiente y había andado como un loco de un lado para otro; luego se había hecho de noche, se había vuelto a acostar, había cerrado los ojos y se había dormido. A la mañana siguiente, se había puesto en pie. Así siempre, siempre, mientras no se muriera.

—Di tus pecados, hijo mío.

Ya, ya estaban allí. Y si no los dijera ¿qué ocurriría? Probablemente lo mismo. Pero en los momen-

tos en que pensaba todo esto tenía más necesidad de Dios que nunca. Más aún: se sentía cerca de El y le parecía comprenderlo. Antonino se suponía a su lado, sentado codo con codo, aunque no lo viera. Podría volverse en cualquier instante y hablarle, y El también lo comprendería. No obstante, lo que hacía ahora en la iglesia y lo que había estado haciendo durante tantos años no tenía mayormente que ver con eso. Por otra parte, el local estaba lleno de gente, cantaba alguien muy tristemente en el coro y había un olor insoportable. Había asimismo demasiadas velas ardiendo y muchas flores marchitas; otras eran de papel, de colores inverosímiles, más lamentables que aquéllas, más feas y molestas.

—Di tus pecados, hijo.

Los pecados era lo de menos. Los diría si se lo pedían hoy, mañana y pasado. No le importaba decirlos constantemente si ello le procuraba a alguien algún beneficio. Tampoco le importaría grandemente subirse al púlpito y gritarlos. Nadie de entre aquellas personas tendría derecho a avergonzarse al oírlos; nadie, a no ser un malvado o un hipócrita, osaría "arrojarle la primera piedra."

Los pecados era lo de menos. Lo de más, lo que ansiaba tan ardientemente. Una cosa muy fácil: salir de allí cuanto antes y quedarse a solas con Dios.

¿Por qué se sentía así? Era una necesidad urgente, una urgencia intransferible de su alma, de sus vísceras, de cuanto estaba constituido él. Le era desconocido este sentimiento, mas se sentía a gusto. Si alguna vez se trepara a un barco, es posible que experimentara algo semejante: cierta emoción, un poco de miedo, ganas de respirar el aire salobre y un bienestar intensísimo, especialmente si navegaba en el trópico.

Se santiguó, dió unos pasos hasta una banca y se arrodilló junto a su mujer.

Esta vez los acompañaban Liborio y Carlota. Liborio se preparaba para hacer la primera comunión, y su hermana lo envidiaba desde el fondo de su alma: se vestiría de blanco, se retrataría con una hermosa vela en las manos y recibiría dinero y besos de todos. Después comerían tamales, beberían atole de fresa y almendras y probablemente se fueran a Cuernavaca. Faltaban sólo unos días.

¡Había que ver cómo rezaban los fieles y qué resignados parecían! ¡Había que ver qué paz los animaba, qué limpios eran sus ojos, qué juntas estaban sus manos y qué desdichados eran! ¡Qué amargura era la suya! ¡Y qué amargura la de los que andaban por la calle y nunca entraban al templo! Lo único alegre de todo es que nadie, al parecer, se detenía a examinar estas cosas. Cada uno se creía más bueno que el otro, por estas o aquellas razones más lejos de

la muerte, cada cual tenía sus esperanzas, su fe, etc., y cada cual se sentía contento. ¡Contento y cómo sufría!

—“El hombre es bueno” —pensó Antonino. Y lo creyó firmemente.

¿Qué era entonces lo malo?

Elvira le tocó en el hombro porque llegaba el Evangelio y él proseguía sentado.

Se puso en pie y volvió a santiguarse.

Allá estaba el sacerdote, a un extremo del altar, y su figura inspiraba confianza: era muy viejo, menudo, con una piel blanca, algo sonrosada, y unos ojos azules, nebulosos. Cuando se volvía a la gente y entreabría los brazos, Antonino experimentaba una impresión dolorosísima de ansiedad y miedo. Antojábasele que aquel hombre tan puro y bueno, ya al borde del sepulcro, pretendía despedirse de todos; y no sólo despedirse, sino comunicarles algo muy grave, que nadie sabía, demasiado importante, decisivo. Pero el hombre se confundía, se le nublaba el entendimiento y sólo acertaba a balbucir unas cuantas palabras:

—Dominus vobiscum.

El misterio, pues, seguía en pie a pesar de sus esfuerzos.

Antonino cayó de rodillas y cerró cuanto pudo los ojos. Como todos se hallaban postrados, nadie acertó a darse cuenta de lo ocurrido: él no se había hincado; se había caído, caído violentamente desde una altura tan grande, que perdió casi el conocimiento. Y en ese estado comenzó a murmurar:

—¡Dios, Dios mío y de todos! No sé si creo en Ti o no creo, si vengo a pedirte auxilio o lástima, si vivo o no vivo y, si vivo, si soy tan desdichado como mis semejantes o aún más. No sé a punto fijo qué es lo que deseo, ni qué podrías Tú ofrecerme, ni qué sería necesario que sucediera para que mañana pudiera comprobar yo que había estado contigo. Sólo sé que estoy aquí de rodillas, que he dicho mis pecados —no hoy, sino doscientas o trescientas veces— y que nada ha cambiado, ni promete cambiar. No sé cuándo he de morirme o nacer y a dónde debo ir después; no sé siquiera si con mis huesos se quedará todo en la tierra; pero todo ello me da igual. No soy, pues, un hipócrita, y Tú, si es que lo ves todo, debes saberlo mejor que yo. No pido la Gloria, ni ninguna gratificación para el futuro; no pretendo ser rico, ni tener una salud perfecta, ni que los míos sean los seres más puros y dulces de la tierra. Todos mis males, mi desconcierto, mis dudas y mis desilusiones no me impiden vivir. ¡Dios, Dios mío y de todos! Lo que te pido

es esto: que tengas piedad un poco, un poco siquiera de esta amargura nuestra que no sabemos en qué consiste, pero que es lo peor que puedas imaginarte. Tú has estado en la Tierra —Tú o tu Hijo— y lo habrás visto. Hace mucho tiempo de eso... Pues por si lo has olvidado o no has querido pensar más en ello, voy a advertirte una cosa: todo sigue más o menos como entonces y, si volvieras, por esta misma amargura volveríamos a crucificarte. No te crucificamos por malos, como no blasfemamos por malos, ni alzamos por malos la mano contra un compañero. Herimos, y robamos, y cometemos adulterio, y renegamos a veces de Ti por esta maldita amargura que nadie nos quiere curar. ¡Dios, Dios mío y de todos! ¿No es posible hallar el remedio?

Se quedó quieto largo tiempo, conteniendo la respiración. No le parecía suficiente lo que había dicho, ni muy claro tampoco —¡él sí lo veía claro!— pero acababa de interrumpirlo un monaguillo que le alargaba un cepo. Extrajo unas monedas, sin saber cuántas, y las metió en la ranura. Luego tornó a cerrar los ojos y prosiguió:

—¡Dios, Dios mío y de todos!...

Pero ya no pudo. No estaba más con Dios. Estaba solo o, cuando más, con toda aquella miserable y resignada gente.

Cogió su sombrero del asiento y se marchó sin decir nada a nadie. Desde la puerta, volvió el rostro para mirar.

—Dominus vobiscum.

De pie, por los siglos de los siglos, el misterio se mantenía en pie.

XIV

ANDUVO la mayor parte de la mañana de iglesia en iglesia por ver si encontraba una vacía donde poder sentarse y descansar un poco; y como el cansancio le provenía de dentro, no apeteecía meterse a un parque y tumbarse sobre la hierba, a la sombra de un árbol —que esto podría haberlo llevado a cabo desde hacía rato. Mas todos los templos se hallaban repletos, y ello lo desanimó. Ya pegaba el sol fuerte, era cerca del mediodía y, en virtud de que aún se hallaba un poco débil, empezaron a punzarle las piernas, los hombros y el pecho. Temió enfermarse de nuevo. ¡Si lo intentara caminando!

—¡Dios, Dios mío y de todos!

¿Cómo iba a serle posible de tal forma?

Quiso dar a entender a su alma qué poca necesidad había de un templo para los fines que se proponía.

—“El está en todas partes. El puede, si quiere, oírme. Aquí... allá... donde sea. El...”

Sí halló lo que buscaba. Penetró y se sentó en la última banca, junto a una gran pila bautismal. Entraba o salía alguien de la iglesia, mas esto no lo conturbaba en absoluto. El silencio era tal, que distinguía hasta los más dulces y leves rumores, aun los más lejanos, como el chisporroteo de la cera en el altar mayor. Había un poco de humedad y frío y le pareció escuchar que en alguna parte goteaba agua. Todo estaba cubierto de polvo, estático, hermoso, muy lejos de los hombres: así lo necesitaba él. Pero no se arrodillaría; se encontraba más cómodo sentado y podría reflexionar sin tanto esfuerzo. Comenzó:

—¡Dios, Dios mío y de todos! Yo...

Convino en que debería guardar calma. No podría evidentemente decirlo todo de corrido, como si lo llevara aprendido de memoria. Rezaría primero un Padrenuestro. Después...

—¡Dios, Dios mío y de todos! Yo...

Se echó a temblar. No estaba más con Dios y se sentía exhausto. ¿Cómo se las había arreglado, pues, para aproximarse tanto hacía unas horas?

—¡Dios, Dios mío y de todos! Yo me propongo...

Hablaba en voz alta, de un modo imperioso, apretando los dientes.

—¡¡Dios mío!!

Poco le faltaba para llorar de rabia. En su interior guardaba un cúmulo de protestas, de sufrimientos vagos, de súplicas perdidas, de ultrajes, desaires, dudas y traiciones, que no alcanzaba a soportar. Era menester depositarlos en alguna parte para seguir viviendo; dejárselos en la mano a alguien con más bríos que él; despojarse de todo aquel lastre.

—Tú ves que estoy aquí, ¡mírame, escúchame! He venido a decirte...

Se hincó. El sudor le arroyaba por las sienes, le descendía por los labios y se le metía en la boca. Estaba pálido, convulso, contraído como una fruta seca. Si acertara a pasar alguien se asustaría.

—Estoy aquí en tu casa y quería decirte... quería decirte que... ¡por favor, ayúdame! ¿Qué haces? Te decía antes...

Pensó en marcharse definitivamente. No pudo. Tenía la impresión de que manoteaba inútilmente sobre un mar embravecido, mar, mar adentro donde todo es vasto, cruel e infatigable. Volvió a probar, encerrándose en sí mismo.

—¡Dios, Dios mío y de todos!

Se sentó. Resollaba como una bestia y la cabeza le colgaba de los hombros, igual que si acabaran de asesinarlo y alguien lo sostuviera por los sobacos. Cada vez oía menos, sentía menos, comprendía menos

y era más desgraciado. Ya no le importaban su angustia física, aquella especie de azogue que le recorría las venas, ni aquella extenuación infinita de sus músculos que le recordaba muy vagamente la mañana que despertó en San Angel. Dentro, dentro de él, allá en el fondo, donde las más graves cosas suceden, algo indefinible, terriblemente hostil, frío, lo hería y lo helaba. Alzó todavía los ojos, con una última esperanza.

—¡Dios!...

Todo pudo más que él y rompió a llorar.

Sin embargo, no fueron más que unas cuantas lágrimas que logró contener a tiempo. Le entró hipo y miedo, un deseo violentísimo de no moverse. Y así lo hizo, colocando las manos alrededor de la copa de su sombrero, esperando a que se le pasara aquello para volver a su casa; pero cuanto más en calma procuraba estar, más se hundía las uñas en su propia carne, más densa era la niebla en su espíritu, más deseaba permanecer allí.

—¿No me escuchas?

Se cubrió la cara con las manos y cayó, ahora sí, irremediabilmente de rodillas.

—¿Quién me escucha entonces?

Lloraba tan desesperadamente, con la boca tan abierta y produciendo tanto escándalo, que alguien a gran distancia suspendió sus rezos para mirarlo.

Naturalmente, él no se percató de esto último, ni si se hubiese percatado le habría afectado lo más mínimo, y continuó con aquellos sollozos impresionantes que producían en el helado silencio del templo una desolación inaudita.

No parecía un hombre, sino un ser extraño sin forma de cuerpo, un leño o una roca negra, caído allí del mismo cielo o arrojado a la playa durante una tempestad nocturna. A través de la niebla en que se sentía envuelto, Antonino considerábase el ser más miserable y lastimoso de cuantos vivían, el más solo. Estimaba absurdo que alguna vez hubiese reído y hablado con otras gentes, y que alguna vez, asimismo, hubiera sentido deseos de acariciar a Elvira, y que estas pasajeras e insignificantes caricias, más que nada en el mundo, le hubiesen deparado un placer intensísimo, seguido de una paz absoluta, un reconocimiento profundo por haber nacido, tener sexo y no haber muerto todavía.

Separábalo del hombre un muro y, lo que era peor, separábalo de Dios otro muro más espeso. Pronto se halló en un callejón sin salida, tan angosto que apenas le permitía el paso. Caminaba, caminaba estirando a más no poder las piernas, pero no adelantaba ni un metro. Sólo avanzaba llorando, como si el callejón al inundarse con sus lágrimas transformárase en un impetuoso río que lo llevara inerme

entre sus tempestuosas ondas. Creía estar desesperado, en el colmo del sufrimiento humano, y no le era dado descifrar en qué consistía su sufrimiento. Quería solicitar algo con toda el alma, y no sabía qué. Quería despojarse de algo monstruoso que lo agobiaba, y no hallaba de qué echar mano. Ansiaba un bienestar, y cualquier bienestar resultábale insuficiente. Suponiendo, en fin, que le ocurrieran muchas cosas buenas, no se sentiría satisfecho. ¿En qué especie de aguas buceaba?

Sintió una mano que le golpeaba el hombro y se sobresaltó. Hasta aquel preciso instante no se había percatado de lo que estaba haciendo. Miró, con toda la vista nublada, y distinguió a un sacerdote junto a él. El sacerdote le decía algo:

—Hermano: ¿quieres confesión?

Antonino dejó de llorar como un niño, de repente, y se pasó varias veces el pañuelo por la boca. Había otras personas ante él, que descubrió ahora. Todos, eran tres o cuatro, lo miraban desconfiadamente.

—Di, ¿quieres confesión?

Consideró que lo humillaban.

—Gracias, padre —dijo, no obstante—. Ya me he confesado hace un rato. Me sentía mal, eso es todo. ¡Perdóneme!

Tomó el sombrero con sus manos frías y miró una tras otra a las misteriosas personas.

—¡Perdóneme! Sí, no debiera haber hecho esto aquí nunca. . .

Allá iba, algo así como huyendo, por entre las filas de bancas, hacia la puerta llena de luz. Ni el sacerdote ni quienes lo acompañaban se movieron un milímetro, y Antonino se volvió para mirarlos. No alcanzó a distinguir gran cosa, pero tuvo la ilusión repentina de que murmuraban algo y apuntaban hacia él con los dedos. Su tristeza fué mayor. Y no acertó a explicarse por qué aquellas personas se burlaban, ni qué podía haber de risible y grotesco en todo él, ni qué tenía de ridículo que un hombre llorase, y, que, aunque se lo hubieran propuesto, se hubiera negado rotundamente a confesar.

Todo ello lo impresionó de tal suerte, que se olvidó por completo de otras cosas. Que Dios hubiera permanecido incommovible y ausente y no hubiera hallado modo de comunicarse con El, le parecía disculpable y lógico; pero que aquel sacerdote y unas cuantas personas más se hubieran mofado de él ignominiosamente, lo consideró indigno, repugnante, de todo punto inhumano.

Algún día, cuando estuviera en posesión de sus facultades, pensaría en ello detenidamente.

Por supuesto —y esta inesperada ocurrencia lo obligó a detenerse en seco— que las cosas habrían sucedido de muy diferente manera si en vez de con-

ducirse como lo hizo, se hubiera puesto en pie resueltamente y les hubiera escupido al rostro este razonamiento:

—“Lloro porque así se me apetece. No quiero confesión y les ruego que me dejen solo. Soy un criminal: he matado a un hombre.”

¡Sí, sí, indudablemente todo habría sido distinto!

Avanzó unos metros, arrastrando los pies del modo más triste, y pensó que todo había pasado, que era tonto ocuparse más de ello. Pero no había pasado ni mucho menos; lo que ocurría es que él se esforzaba desesperadamente porque pareciera así. De ahí, por un sentimiento infinito de humillación y angustia, que decidió rápidamente:

—“Hay que arreglar lo de Elvira y Lauro.”

Empero, disimuló sus propósitos de esta otra forma:

—“Conviene ir ordenando mis cosas.” —Y a esto último se asió con todas sus fuerzas, mientras apretaba en los bolsillos los puños.

Pretendía distraer sus sentimientos considerando que vivía en una situación sumamente incómoda, digamos en una alcoba revuelta, sucia y llena de polvo, adonde no ha entrado el aire por mucho tiempo, ni nadie se ha molestado en ordenar un solo objeto. A cada rincón que miraba topábase con un montón de escombros, de basura, de papeles inservibles y mue-

bles en ruinas. ¿Qué esperaba para limpiarlo todo, abrir de par en par las ventanas y marcharse a otro sitio más fresco, en tanto el aire se purificaba? De regreso se sentiría más libre, respiraría mejor y su circulación se volvería perfecta.

—“Hay que ir arreglando mis cosas.”

El hecho es que no lograba olvidar al sacerdote ni al grupo de personas que lo acompañaban, que ansiaba perdidamente llegar cuanto antes a su casa y verificar un inaudito esfuerzo, desconocido, sobrehumano, decisivo, que lo liberara de algo inmundo y pestilente que se le había trepado a las espaldas. Había ido a buscar alivio al templo, y volvía más derrotado; había ido a buscar compasión, y se habían movido; había querido decir algo, y no le habían hecho caso; había ido a hablar con Dios, y un hombre le había propuesto:

—“Hermano: ¿quieres confesión?”

¡Dios se lo pague!

—“Conviene ir arreglando mis cosas.”

Ya llegaba a su casa y aún tenía hinchados los párpados de tanto llorar. Subió sin prisa las escaleras y encendió un cigarrillo. Frente a la puerta se detuvo a estornudar, admirándose de su calma. Se frotó los ojos. Llamó. Oyó que alguien hablaba dentro y no pudo evitar un pequeño sobresalto al sospechar que fuera Lauro.

—“¿Y si fuera, qué?”

No encontró a nadie, salvo a los de su familia.

—¡Hola! —dijo. A continuación arrojó el sombrero contra una silla, se sentó muy displicentemente y prosiguió echando el humo lejos, lejos.

La mesa estaba dispuesta y Elvira iba de un lado para otro, sin producir ningún ruido. Se había quitado los zapatos, se había calzado unos guaraches y llevaba desnudas las piernas. ¡La lata era que Liborio y Carlota estuvieran presentes!

Llamó a su hijo y le propuso sin más dilación ir al cine. Iría con Carlota y con... Seguidamente tosió y llamó a Elvira.

—¡Ya, ya sé que los niños quieren ir al cine! —se anticipó ella. ¡Y estaba tan seductora! —Todo está dispuesto.

Bien que asombró esto a Antonino. Fué a preguntar algo, mas se contuvo. Su mujer guardó silencio; luego desapareció por el pasillo.

—“También ella quiere arreglar sus cosas”— pensó.

Miró a través de la ventana y dijo:

—Es tarde. ¿Está lista la comida?

A partir de aquel inolvidable domingo, Antonino y Elvira se hablaban como de costumbre, su vida transcurría en apariencia con la misma regularidad de antes, y se sonreían de cuando en cuando como si

nada hubiese ocurrido. Había transcurrido una semana exactamente y todo parecía seguir lo mismo. Es decir, lo mismo, en tanto no se encerraban solos en su alcoba. Allí las cosas eran distintas: ya no volvían a mirarse, estaban muy lejos de sonreír y se acostaban por las noches dándose la espalda. En aquel cuarto se había desarrollado todo, y cada vez que alguien entraba en él despertaban unas voces extrañas, misteriosas, implacables, que lastimaban los oídos y no cesaban hasta que uno cerraba la puerta y se iba. Las voces era difícil averiguar de qué lugar provenían, pero lo más lógico es suponer que de detrás del armario o debajo de la cama. El caso es que nunca aquel cuarto volvió a estar en silencio y que no era posible dormir tan plácidamente como antes. Con luz o sin luz, la situación era insostenible. No había más que perseverar o huir; y huir siempre es lo más arriesgado.

Por supuesto que el Corazón de Jesús continuaba en el muro, y el devocionario y el velo en poder de Elvira, mas la atmósfera, de tan sonora, recordaba la de una casa vacía. También la mujer se desnudaba de un modo distinto: ahora quitaba la luz para que no la vieran y se metía en la cama de un salto. Y si durmiendo uno y otro se tropezaban involuntariamente bajo las sábanas, apartábanse instintivamente, sin despertar, como lo hace un sonámbulo

ante cualquier peligro. No obstante, allí estaban ahora comiendo y riendo, Liborio al lado de su padre, y Carlota y Elvira enfrente.

—“¡Así es la vida!” —pensó Antonino con miedo. Y resolvió no ocuparse ya del asunto hasta que sus hijos se hubieran marchado.

La tarde era igual a la del otro domingo. Hacía sol, había toros y un poco más de tristeza en el aire que durante el resto de los días; pero Antonino y Elvira se hallaban esta vez solos, y en aquella ocasión los que estaban solos eran Lauro y Elvira. Por descontento que nadie se habría atrevido a insinuar que iba a ocurrir lo mismo. Iba a ocurrir otra cosa. Se adivinaba en sus rostros, en la actitud de sus cuerpos, en la poca ansiedad física que denotaban sus labios. Nadie, por otra parte, había hecho ademán de desnudarse, ni el lugar era propicio. Además, eran marido y mujer, acababan de sonar las cuatro y media y se sentían bien tristes. Empezó a hablar él.

—Quiero arreglar mis cosas. . . —dijo—. Ya sabes a qué me refiero.

¡Valiente esfuerzo que le costó pronunciar aquello!

—Justamente, es por lo del domingo.

Siguió un silencio.

—Por lo del domingo pasado —repitió.

El aspecto de Antonino era de lo más tenebroso, y se agravó considerablemente cuando Elvira continuó callando.

—¡No me obligues a decir más! —prosiguió a poco; y, contra lo que le andaba por dentro, su voz sonaba altiva, clara, firme, como la de un hombre decidido y fuerte—. ¡Tú eres quien debe hablar! ¡Yo nunca he hablado en mi vida de semejantes cosas! . . . ¡Te será a ti más fácil decirlas!

No obtuvo respuesta.

—Siéntate —ordenó ya en otro tono.

Se sentaron, quedando frente a frente, listos.

—El caso es éste: ¿qué te propones hacer?

Tampoco contestó Elvira, pero al menos inició un leve movimiento de hombros. Seguramente aquello la avergonzaba con exceso o bien pudiera ser que no le importara en absoluto.

—¡No, no, es necesario hablar! ¡Es necesario decir lo que se piensa! ¡No hay que escudarse en la hipocresía! De eso ya ha habido bastante. . .

Si su mujer continuaba en semejante actitud, la cosa iba a resultar difícil. Comenzaba a preocuparse Antonino.

—No temas —dijo; y su acento era por momentos más perezoso— que vaya a terminar esto de mala manera. Quiero decir. . . se trata de hablar serenamente. Es lo que conviene a todos.

Elvira se aventuró a mirarlo y empezó a temblar imperceptiblemente. ¿Qué es lo que quería que dijera ella después de lo que había dicho el domingo? Si callando la acusaba Antonino de hipócrita, ¿qué ocurriría si se arrojara al suelo y gritara: "Perdónname, he sido una malvada. Es preferible que me mates?" Además, bien se echaban de ver los propósitos de su marido: trataba de humillarla, de vejlarla, de pisotearla como a una chinche. Trataba de reducirla a polvo para después soplar con toda fuerza y hacer que el polvo cayera por la ventana a la calle.

En aquel preciso momento Antonino pronunciaba unas palabras terribles:

—Estoy dispuesto a que nos separemos, ¿sabes?

¡Qué fría e inmisericorde sonaba su voz ahora!

¿Y si se decidiera por fin ella y le gritara, no una, sino mil veces seguidas, con todo el poder de sus pulmones y su sangre: "¡Mátame, mátame, pero no me echés de tu lado! ¡No quiero, no puedo vivir sin ti! ¡Hice eso y, sin embargo, te quiero! ¡Mátame, no sé por qué lo hice!"?

Tosió Antonino y tronó su voz como la de un juez:

—Esto es lo que quiero que tratemos ahora.

Se miraron por segunda vez desde que estaban sentados. Luego apartó ella la vista y Antonino la

siguió mirando. Se sentía fuerte, muy seguro de sí mismo y convenía aprovecharse. En el fondo, no estaba muy convencido de lo que hablaba, pero admitía sin ningún escrúpulo que debía ser así. Así es como obraría cualquier otro hombre en el lugar suyo. Así es como se defendía aquello que llamaban honor. ¡Bastante paciencia había tenido durante el curso de la semana! ¡Bastante había contemporiado!

—Si no te hablé antes de estas cosas, fué por los niños. Los niños no está bien que conozcan ciertas expresiones. Después que todo se haya resuelto y cada cual haya elegido el camino, ya veremos lo que se hace, veremos lo que se les dice. . . pero antes, no. Ahora estamos solos, no hay ningún impedimento para hablar claramente y es preciso hacerlo sin demora. Por lo que toca a mí, lo tengo bien pensado: no hay más remedio que separarse.

Era como un círculo vicioso del que Antonino no conseguía salir. Y habría salido del todo si se hallara plenamente persuadido de que lo que proponía era lo conveniente y justo; pero no lo estaba, y daba vueltas alrededor de un punto mágico que lo atraía y despedía alternativamente, sumiéndolo en una confusión cada vez más lamentable.

Se decidió, en vista de ello, no a razonar, sino a expulsar toda la amargura que llevaba dentro.

—Fuiste una malvada, una infame, una perdida, y no esperes que te perdone. No te perdonaré nunca, aunque me lo pidas de rodillas, aunque te arrastres detrás de mí todo el tiempo que vivas, aunque yo supiera fijamente que no volvería a suceder nada de esto, aunque yo supiera ahora, ahora mismo, que eras la mujer más pura y arrepentida del mundo. Hiciste escarnio de mí y de los niños; permitiste que un extraño dispusiera de ti a su antojo; y no sólo eso, sino que lo incitaste a que lo hiciera. ¡Tú lo provocaste! ¡Tú tuviste la culpa! ¿No te parece abominable?

Ahora todo marchaba mejor. Ya casi ni se acordaba del sacerdote.

—Y lo besaste, y le escupiste a la cara, y él te abofeteó como lo merecías, y te encerraste con él en un cuarto mugroso, y le pediste que te arrastrara por las calles desnuda. ¡Tú lo incitaste a ello! ¡Tú fuiste la culpable! ¿Y cuándo planeabas eso? Mientras los niños estaban contigo. Les comprabas dulces a ellos y se los dabas a tu amante. El metía la mano en el paquete y luego la metían tus hijos. Ayer vi que besabas a Carlota. ¿No puedes inventar otro oprobio?

Así, así.

—Me hubiera gustado de veras haber presenciado una cosa: el momento aquel en que te llamó

“¡p...!” Si tus hijos fueran mayores, valía la pena también de que lo hubieran visto. ¡Yo los hubiera llevado!

¡Qué descanso el suyo! ¡Qué bien lo estaba haciendo!

—No tiene mayor importancia, pero sería bueno que me dijeras otra cosa: ¿por qué lo hiciste? ¿qué era lo que echabas de menos aquí? De seguro que lo que echabas de menos lo sé tan bien o mejor que tú, pero sería agradable oírlo... fué lo único que se te olvidó decirme aquella noche... ¡Y claro! Lo más cómodo y seguro fué recurrir a tu primo. Me parece oírte: “No soy feliz, Lauro, no soy feliz ni mucho menos. Ten un poco de lástima, mírame”... Y él te miró; te encontró lo suficientemente sana y joven, con un talle muy lindo y los labios dispuestos; recordó que desde hacía tiempo movías el cuerpo muy dulcemente ¡mucho más dulcemente, desde luego, de lo que tu madre hubiera deseado!... y allá fuisteis. Pero te olvidaste de una cosa: que te faltaba valor. ¡Ya lo viste! No tuve que mover un solo dedo para averiguarlo todo. Es lo único que, a fin de cuentas, debo agradecerte...

¿Por qué Elvira no daba señales de vida?

—¡Y has comulgado esta mañana! ¡Debería hacerme volver el estómago!

Sonreía del modo más trágico y penoso.

—Lo que pretendo exclusivamente es dejarte el campo libre para que mañana u otro día puedas seguir haciendo de las tuyas. No quiero buscarte dificultades, ¿comprendes? ¡Nada más justo que disfrutes bien lo que tienes! ¡Tu trabajo te ha costado! . . . Mira: allá en Ixtapalapa podéis revolveros a gusto; te sentirás muy bien y tan joven como antes; podréis estar solos cuantas veces se os ocurra, haya toros o no haya toros. . . sea domingo o un día cualquiera. . . en la trastienda. ¡También allá se venden dulces! ¡Podéis coméroslos todos!

Seguía riendo porque aún le quedaba mucha amargura dentro.

—¡P. . . ! ¡P. . . ! ¡Por Dios que te burlaste muy bien de mí!

Seguía, seguía riendo.

—¿No está bien lo que te digo? ¡Pues di tú algo mejor entonces, grita algo, escúpeme también a mí! Di, por ejemplo, que te has de marchar de esta casa antes de que regresen los niños. . .

¡Cómo reía, igual que un loco o un hombre borracho!

—No te vas, ¿eh? ¡Ya lo sabía! Así son todas las de tu ralea.

Tosió.

—¡Pues te echo!

Se puso en pie de repente y Elvira se empequeñeció en su asiento.

—¡¡Te echo, te echo!! ¡A ver quién viene a impedirlo!

Gritaba como no había gritado nunca, como no había oído gritar a nadie, como no soñaba que se pudiera gritar. Tenía congestionado el rostro, algo así como azules o grises los labios, y los tendones del cuello tensos, próximos a reventarse. Se ponía en puntas, adelantaba el mentón, apretaba los puños, extendía en cruz o dejaba caer muertos los pobres brazos.

—¡Vete! ¡De una vez por todas vete y no vuelvas! ¡Vete! ¿Qué esperas?

Elvira no dijo nada. Se puso en pie trabajosamente y comenzó a andar rumbo al pasillo. Temblaba de miedo, de frío, de amor, de soledad, de vergüenza. Antonino no se movió y la dejó cruzar a su lado. Oyó poco después sus pasos en la tarima y la puerta del cuarto que se abría. No oyó más. Y no supo otra cosa que en su alma había tanta o más amargura que al principio. Esto lo exasperó nuevamente, haciendo que la sangre se le subiera a la cabeza. Sintió un vértigo: la casa daba vueltas, vueltas, como una peonza. El se estaba quieto y las paredes giraban. Lanzó un grito:

—¡Elvira!

Le dolió el pecho, a la altura del corazón. No le importaba reventar y morirse: le hacía gracia.

—¡Elvira! —Y recordó, sin saber por qué, cómo habían aullado los perros una maldita noche.

Rompió a andar por donde se había ido ella. Abrió de un puntapié la puerta de su cuarto, la puerta se estrelló contra el muro, rebotó, cayó un poco de cal del techo, y Antonino pudo ver que su mujer tenía un montón de ropa blanca sobre la cama. Triste, tristemente la iba juntando toda, envolviéndola sin ninguna precipitación. No lloraba, que era lo más extraño.

—¿Qué haces? —preguntó él. Y ya no gritaba tanto.

Elvira lo miró tan tristemente como envolvía su ropa y la siguió juntando. Ahora tenía en las manos el devocionario. ¡Ah, se lo llevaba, por las dudas!

—¿Estás loca? ¿Dónde vas? ¡Responde!

Entonces dió un paso largo, muy largo, y la golpeó con el puño cerrado. La golpeó una sola vez en la boca, pero infinitamente más fuerte que Lauro. Elvira retrocedió, se desplomó contra el suelo y comenzó a sangrar abundantemente. Ya le bajaba la sangre hasta el cuello y le manchaba el vestido. Tenía abiertos los labios; no lloraba: gemía. Y allí estaba, como un pajarito, ocupando muy poco lugar.

—¡P...! ¡P...! —gritó otra vez.

Pero la había golpeado para que no se fuera. Esto era lo importante. Por lo demás, era otro día en la vida, en la vida que nadie sabe para qué demonios sirve.

XV

REALMENTE esta vez sí arregló Antonino sus cosas.

Podía vérselo ahora ocupando su puesto, con la mesa llena de utensilios y papeles, el cuerpo inclinado hacia adelante y una excelente sonrisa en los labios. Llevaba puesto un traje nuevo, una corbata del mismo color del traje y estaba perfectamente afeitado. Parecía más joven y alegre, y utilizaba la goma sin ningún sobresalto. Había aprendido a borrar. Su letra era clara, sencilla, ligeramente inclinada hacia la izquierda y, sus cifras, correctas, minuciosamente enclaustradas en el interior de las casillas rojas. Todo en él, su actitud, la expresión de sus ojos, sus modales, su admirable silencio, denotaban la presencia de un hombre sano de espíritu, reposado, celoso de su deber, honrado. De continuar

así algún tiempo no sería remoto que lo ascendieran o le subieran el sueldo.

Nadie lo hubiera esperado, pero Antonino arregló sus cosas y esto era lo que lo hacía aparecer de tan envidiable manera.

Había resuelto lo de Elvira; había resuelto lo de Lauro; había resuelto lo del empleo; resolvería en poco tiempo *lo del jardín*. Entonces daría principio una vida distinta, risueña, y se haría de cuenta que una milagrosa y horrible hecatombe había hecho desaparecer para siempre sus dolorosos y tristes recuerdos.

Lo que no quería ni pensar Antonino era que aquellos detestables recuerdos databan de toda su vida.

En efecto: ya él y su mujer vivían tranquila y despreocupadamente, y se miraban, y se abrazaban, y se besaban y se hablaban por las noches como de costumbre. Las pavorosas voces de su cuarto habían cesado de sonar. En cuanto a Lauro, había tenido una plática con don Demetrio, le había revelado el enojoso asunto a medias, y le había previsto, bajo toda suerte de amenazas y consideraciones, que aquel hombre —Lauro— no debería por ningún motivo volver a importunarlos. Don Demetrio, que ejercía una relativa influencia sobre el manco, se lo había prometido del modo más serio. ¡Y otra cosa! Había resuelto continuar en el empleo, en demostración de lo cual, allí lo tenían ahora: el primero en entrar

a la oficina y el último en abandonarla. Era el que apagaba las luces. Tocante al *jardín*, sería cuestión de paciencia: un mes, dos...

Dulce, armoniosa y plácidamente se deslizaba su vida.

Tan dulce y armoniosamente, que Antonino se sentía cegado en un caos de luz. Como un hombre que repentinamente sale de las tinieblas, aquella luz lo confundía, lo turbaba, obligándolo a cerrar los ojos, o por lo menos a entrecerrarlos, en tanto su pecho se dilataba con la acción vivificante del aire fresco. ¡Respirar, respirar! —he aquí, de momento, la única ambición de Antonino. Y respiraba, y se cuidaba mucho de que el oxígeno no fuera retenido en alguna parte de su cuerpo, dejando de purificar hasta el último rincón de sus pulmones.

Es natural, sin embargo, que como buen convaleciente tuviera aún sus recelos.

Aquella tarde trabajaba más activamente que de costumbre. Su cabeza funcionaba sin tropiezos, su pulso era regular y firme, y no experimentaba la menor molestia. Llenaba hoja tras hoja, sin raspar una sola vez. De cuando en cuando, encendía un cigarrillo y expulsaba el humo a su antojo. Si lo consideraba más cómodo, echaba atrás la silla y estiraba las piernas; o se levantaba y cruzaba la oficina de parte a parte, con objeto de hacer cualquier con-

sulta; o si lo apetecía, miraba por la ventana hacia la calle, aunque esto ocurría muy rara vez.

Por lo general, se acomodaba bien en su asiento, asía con una mano la regla y copiaba lo que tenía que copiar. Se había vuelto ordenado y rectificaba las operaciones aritméticas gran número de veces; sus errores, por consiguiente, eran progresivamente menores y su trabajo más limpio y exacto, todo lo humanamente perfecto que podía exigir el peor jefe.

En cuanto a su trabajo en el periódico, nada prometía cambiar: ni una queja, ni una observación o un desaire, ni el más insignificante reproche. No le subirían el sueldo, porque en el periódico no le subían el sueldo a nadie, pero si alguien era acreedor a una recompensa, éste era sin duda Antonino.

En la oficina le llamaban "el periodista" y parecían estimarlo todos. Al menos esto pensaba él ahora, extrañándole profundamente que la primera tarde que acudió allí juzgara las cosas tan a la ligera. Eran jóvenes simpáticos, inofensivos, algo alegres muy limpios y correctos. Se divertían con sus compañeras y eso era todo. ¿Acaso no hacían perfectamente? De encontrarse él en la situación de ellos, ¿no habría obrado en igual forma? ¿Por qué no iba a ser agradable y tierno ceñir por la cintura a una de aquellas lindas muchachas y besarle si era posible los labios y el pecho? ¿Y llevarla al campo o a donde

le diera a uno la gana? ¿Y amarla loca y apasionadamente, si ello no resultaba muy comprometido?

Obscurecía y eran cerca de las siete.

La luz en el exterior era tenue, débilmente violeta, y el cielo estaba surcado a tramos por bellas nubes de todos colores. Unos árboles, probablemente en la Alameda, se mecían dulce y acompasadamente por entre los edificios lúgubres e inertes, dando la imagen de una sola cosa viva, pujante, que floreciese por arte de magia entre tantas otras muertas. Presentíase qué embriaguez había en el aire y qué limpieza y juvenil era su caricia.

La última luz del sol moría, pero Antonino no deseaba mirar hacia allá. No había mirado ni la víspera, ni el día anterior, ni desde hacía una semana. Miraba hacia su mesa. No obstante, en ocasiones se le escapaban los ojos y entonces los cerraba o retiraba precipitadamente, con un gesto de lo más cómico. Aquella luz le hacía daño; un daño tan infinito, que de continuar mirándola insensatamente podrían suceder cosas graves. No quería ni pensarlo. Y en cuanto lo estimaba razonable, tiraba del cordón de la persiana, encendía la luz eléctrica y respiraba más satisfecho. Alguna vez el jefe, sorprendido, levantaba la cabeza y fruncía el ceño, pero guardaba silencio. Probablemente pensara que aquel hombre era corto de vista.

Tampoco al salir de la oficina deambulaba por la ciudad. Tenía buen cuidado de hacerlo. Se dirigía rápidamente al Zócalo, caminaba una o dos calles más —las indispensables—, abordaba un camión y, si conseguía asiento, desdoblaba y leía el diario. Se apeaba en el lugar de costumbre, subía de dos en dos las escaleras de su casa, besaba a Elvira en la boca, jugaba un rato con los niños e inmediatamente después de cenar se metía en la cama. Allí hacía lo que le daba la gana, pero nunca trasnochaba. Ya apenas leía. Y en cuanto a su cuerpo, cuidaba de él tan celosamente como si acabaran de regalárselo la víspera: se alimentaba del mejor modo posible, bebía una insignificancia de alcohol y fumaba con menor avidez que nunca.

Dulce, armoniosa y plácidamente se deslizaba su vida.

¿A las fieras? A las fieras. ¿A la gruta? A la gruta. ¿Al ferrocarril? Al ferrocarril. Y allá iban por el Bosque, Liborio con sus calcetines rojos, Carlota con un gran lazo blanco en la cabeza, y ellos dos, los padres, silenciosa y confiadamente, bajo un sol radiante, por entre los altos árboles misteriosos.

—¡Qué bien se siente uno aquí! —exclamaba él de tarde en tarde, mientras veía navegar las barcas o piaba sobre su cabeza un pájaro insignificante o el viento arrancaba un extraño rumor a las ramas.

—Sí, muy bien ¡ya lo creo! —replicaba Elvira. Y Antonino alcanzaba a entrever con tristeza que, efectivamente, ella se sentía bastante mejor que él desde luego.

—No, no me refiero a eso —protestaba inútilmente porque su mujer no advertía con precisión aquello—. Es una especie de bienestar diferente... una sensación muy peculiar —¿cómo te diría yo?— parecida a la que siente uno cuando lo van a apresar y por fin lo dejan libre; o cuando te van a atar una soga al cuello y despiertas en la cama; o cuando tienes sed y estalla un aguacero; o...

Otras veces se dejaba caer sobre el césped y aparentaba dormir a pierna suelta. En realidad, no hacía sino cerrar los ojos y respirar con todas sus fuerzas; más bien que cerrar los ojos, apretarlos, y más bien que respirar, jadear, como después de una penosa jornada.

—¡Así duermen los salvajes! —prorrumpía.

Y Liborio, hecho un loco, se tumbaba alegremente a su lado, gritando:

—¡Déjame dormir a mí también, papá! ¡Yo también quiero ser salvaje!

Carlota odiaba a los salvajes y por eso no se tumbaba. Prefería caminar con su madre, quien le cortaba violetas y ramas. Los salvajes cocían a los niños en una gran olla de barro y después se los comían,

pinchándolos con unos cuchillos gigantes. En cambio, su madre era dulce, tenía una bella sonrisa de Virgen y la besaba constantemente. Su madre la columpiaba, o correteaba tras ella, o le ponía una marquita en el pelo. . .

—Mamá, ¿a ti te gustan los salvajes?

Antonino asombraba a su hijo cuando lanzaba la pelota al aire.

Iba tan alta, tan alta, que cambiaba de color y a menudo hasta se perdía de vista. Subía más alta que los árboles. ¡Y extraño! Volvía a caerle dócilmente en las manos, sin que tuviera él que esforzarse o dar un solo paso, como si Dios se la entregara alegremente para que la volviera a arrojar.

—¡Otra vez, otra vez! —imploraba el niño.

Y otra vez, o las que fueran, volvía a repetir el juego Antonino.

—¡Más alta! ¡Todavía más alta! ¿No puedes?

En mangas de camisa la lanzaba alta, alta. Y sin fallar nunca, le caía de nuevo en las manos.

Sudaban ambos, Antonino por repetir la hazaña y Liborio por tratar de imitar a su padre. Tenían los rostros encendidos, muy brillantes, enteramente seca la boca. Y una vez que se cayó al suelo Antonino, de tan alta que pretendió lanzar la pelota, Liborio estalló en carcajadas. El también se rió, aunque de un modo muy distinto. Su hijo no se callaba.

—¡Mira, mira, ahora subirá mejor que nunca. . . hasta allá arriba, fíjate bien!

Pero Liborio reía. No le importaba más el juego.

—¡Ahora, ahora!

Y la lanzaba. ¡Cómo se burlaba el niño!

—A la una. . .

No la lanzó más. Se vistió el saco y se sacudió los pantalones, que se le habían llenado de arena. Aunque continuaba riéndose, tenía una expresión muy rara en el rostro. Diríase, por ejemplo, que acababa de atacarle una terrible punzada. Se contrajo. Y recordó una cosa funesta:

—“Hermano: ¿quieres confesión?”

Entonces vió que alguien también se reía y apuntaba hacia él desde lejos. No era una alucinación o un espectro, un reflejo o una inocente mata, ni nada que pudiera dejarse de tomar en cuenta: un hombre, vestido de negro hasta el suelo, se asomaba por entre los troncos y se mofaba de él. Como en la zona de sombra la luz era muy escasa, Antonino no logró distinguir bien sus facciones, pero le era tan conocido el porte, tan familiar su voz, que exclamó:

—“Hago todo esto porque así se me apetece. No quiero confesión y le ruego que me deje solo. Soy un criminal: he matado a un hombre.”

Al punto el sacerdote echó a correr, lanzando

gritos de espanto, y Antonino volvió a quedarse en mangas de camisa.

—¡Verás ahora qué bien!

Y cuando arrojó la pelota a lo alto, y ésta perdió su color en el aire, y volvió a caerle dócilmente en las manos, y la volvió a arrojar dos, diez, hasta treinta veces consecutivas, se sintió por primera vez en su vida, libre, libre y alegre como no había sospechado nunca que se pudiera sentir nadie.

XVI

ANTONINO no pudo resistir más, y al cabo de veinte días ya estaba mirando por la ventana hacia la última luz del sol que moría.

Lo que miraba ahora era un trozo de cielo muy pálido, remoto, no podría precisarse si azul o verde, desde luego muy transparente y, tan frágil, que producía la impresión de poder disolverse al menor impulso del aire, o rasgarse como un velo finísimo al contacto de cualquier cuerpo extraño, o quebrarse como una delicada superficie de hielo.

Antonino miraba también una nube que desde hacía rato permanecía fija en el vacío: sus bordes aparecían imprecisos, diluídos en una especie de leche, pero toda ella era sólida, compacta, de un gris oscuro y tenebroso.

Poco a poco el cielo se volvía menos transparente y lejano, y con él la nube más obsesionante, pero no se agrandaba ni se movía, muy parecida a un gigantesco islote en la inmensidad del océano. Esta última imagen abstraigo poderosamente a Antonino. No conocía el mar, pero, ahora, parecíale contemplarlo de cerca, sentado en una extraña roca, con los pies dentro del agua.

De pronto la nube comenzó a moverse, tomó un rumbo determinado y por fin desapareció. Ya no era más un islote, sino un barco desconocido que se alejaba irremediamente. Quedó detrás el humo, pero tampoco al humo pudo vérselo más. Y Antonino se encontró de pronto ante un enorme pozo de agua en el cual no deseaba caer. Supo que aquello era el infinito y retrocedió; pero, a un tiempo, supo igualmente que sería inútil defenderse.

El cielo era ya una triste sombra invisible y él continuaba mirando. Entonces oyó unos pasos de hombre y advirtió que alguien pasaba a su lado. Se escuchó un ruido seco y breve, y allá fué la persiana hasta el suelo. Antonino cerró los ojos y continuó así largo tiempo. No obstante, comprendió muy bien de lo que se trataba: ya se marchaba el jefe, sus compañeros limpiaban las mesas y la oficina se quedaba sola. Distinguió una voz:

—¿Apagas?

Apagó. Así estaba escrito.

Luego se fué caminando, no sabía por qué rumbo, siempre en línea recta, con las dos manos en los bolsillos. Huía de algo que lo perseguía de cerca, pisándole casi los talones, mas como él tenía conciencia de que nadie llegaría a alcanzarlo, caminaba sin prisa, sin volver siquiera el rostro, avanzando, avanzando lenta y decididamente.

El estruendo de la ciudad se volvía más vago, y unas sombras hermosas, inenarrables, lo envolvían por todas partes. En cambio, le molestaba profundamente que alguien cruzara a su lado. Las sombras lo protegían; las sombras no le hacían ningún daño. Contrariamente, el hombre inspirábale la mayor desconfianza. Gracias a Dios —pensaba— que se moría; que si fuera eterno como aquellas sombras...

Le sorprendió en tal momento que viviera.

La vida, según él, era una serie de ruidos, de vértices, de lámparas y de miasmas, y por donde él iba ahora era una región silenciosa, blanda, oscura, sin efluvios.

Cada vez se encontraba menos hombres hasta que se halló solo. Al menos esto pensó él y se detuvo. Percibió que sobre su cabeza algo se movía, y atendió: o sollozaban, o cantaban muy dulcemente o susurraban unos seres desconocidos e incomprensibles. Quiso mirar como un gato, buceando en las tinieblas.

Encendió un fósforo y vió; vió una cosa negra que le tapaba los dos ojos, en el centro de la cual había un punto rojo, minúsculo. Cuando se consumió la llama, desapareció el punto y volvió a quedar todo como estaba. Alzó un brazo, al sospechar que podría tocar algo. Y lo tocó, en efecto. Tiró de ello con fuerza y se quedó con una rama entre los dedos: estaba húmeda, fría, y era en extremo olorosa. La arrojó al suelo y buscó otra. No pudo encontrarla. Entonces se puso a fumar.

¡Qué bien le fué que no volvió el rostro! Hubiera visto una cosa increíble que lo habría transformado en sombra: alguien tras él se reía y le preguntaba algo. Pero Antonino tosía ahora y no oyó nada. Hubiera oído:

—“Hermano: ¿quieres confesión?”

A la luz del día la calzada era amplia, lisa, brillante, y a tales horas simulaba un estrecho camino situado entre dos imponentes montañas; con el sol los árboles también brillaban, se inclinaban graciosamente y llenaban de alegría el alma, pero a tales horas murmuraban y se hallaban quietos, o dormidos o alerta; durante el día había casas, y hombres, y bestias en gran abundancia, y ahora sólo existía una cabeza sin cuerpo que se reía de los que pasaban; con la luna se veía un arroyo, y ahora sólo existía un pozo; un pozo sin paredes ni fondo, den-

tro del cual gravitaba todo: la calzada, los árboles, las casas.

No daba lástima de Antonino. Parecía un ser admirable y muy valiente que había salido de su casa con el deliberado propósito de desafiar a los fantasmas. ¡Ojalá y amaneciera pronto para poderlo ver claramente! Mas sólo cuando se llevaba el cigarrillo a los labios era posible distinguírle el semblante y, en realidad, no era del todo agradable su aspecto.

¿Qué habría hecho Elvira si, por ejemplo, hubiera acertado a pasar por aquel camino? ¿Qué habrían hecho sus hijos si lo vieran en aquel momento? ¿Y qué habría pensado su jefe, el director del periódico, Lauro y su tío Demetrio? Para la mayoría de la gente Antonino debería parecer un loco. ¿A dónde iba, sino, por entre aquellas matas y a semejantes horas? ¿Se marchaba de México? ¿Tenía algún misterioso amigo por aquellos contornos? ¿Se había extraviado y convenía prestarle ayuda? O bien, ¿había bebido unas copas de más y no se atrevía a volver a su casa? Hubiera sido también conveniente que a cualquiera hora de aquella noche un hombre cruzara a su lado, para conocer sus propósitos. Tal vez llevara escondido un cuchillo. ¿Quién, quién sobre la tierra puede asegurar que nunca matará a un hombre? ¿Y si se matara él, en cambio?

¿Quién, quién sobre la tierra puede jurar asimismo que algún terrible día no será un suicida?

Pero no amanecía, era algo así como la medianoche, y nadie acertaba a pasar por aquel endiablado camino. Convendría, pues, esperar al alba. Lo único cierto, evidente, y que Antonino había olvidado o no prestaba mayor importancia, era que alguien muy cerca de él, pisándole casi los talones, lo seguía.

Amaneció, y jamás se supo qué hizo y pensó Antonino durante aquella noche. Tampoco se llegó a averiguar si llevaba en realidad un cuchillo.

Es cierto que con las primeras luces pudo verse que traía los zapatos llenos de barro, así como los pantalones y las manos; que tenía los cabellos tiesos y pegados al cráneo; que se había desabrochado la camisa y llevaba la corbata en el bolsillo; que le faltaba un botón del saco; que estaba lívido y había adelgazado; que sus ojos no tenían nada de tranquilizador y halagüeño. Respiraba por la boca y había perdido en una zanja el sombrero. También caminaba encorvado, un poco tambaleante, con las manos atrás.

Iba ahora por un campo sembrado de maíz, desde el cual podía distinguirse la ciudad a lo lejos, bajo el cielo fresco y claro. Dos grupos de chimeneas, muy distantes unas de otras, lanzaban alto y recto

el humo. El humo era gris, pesado, y se elevaba lentamente, con visible angustia. No había el menor asomo de brisa y, sin embargo, se sentía frío. Tal vez hubiera helado.

Continuó caminando, no supo ni cuánto tiempo, hasta llegar a un grupo de casitas humildes en donde había tres establecimientos: una cervecería pintada de rojo, un pequeño comercio de miscelánea y un café. El café tenía este rótulo: "La Luciérnaga," y a la puerta de la cervecería roncaba un hombre, con el vientre al aire. Iba descalzo y las moscas le andaban por entre los dedos. Antonino pasó casi sobre el que dormía y se acercó al café. Aún estaba cerrado, pero en el interior se veía a un hombre que agitaba nerviosamente una escoba o golpeaba con ella las bancas.

Olía más bien a carnicería que a otra cosa.

Golpeó con los dedos en el cristal de la puerta, y notó que el hombre se le quedaba mirando desde el fondo con una mirada impávida y turbia de idiota. Volvió a llamar y el hombre acudió, aunque sin abrir. Antonino gritó o, al menos, creyó gritar:

—¡Abra!

No debieron comprenderle.

—Quiero desayunar.

El hombre levantó un brazo y señaló con la escoba a la pared. Antonino no pudo ver qué seña-

laba, pero supuso que era un reloj. Seguidamente aquél apoyó un dedo en los cristales y garabateó un ocho. El que llegaba se decidió a esperar.

Fuése hasta un árbol que había enfrente y se sentó sobre una piedra muy puntiaguda que estaba sucia de estiércol. Realmente no tenía la menor prisa. Y se quedó allí la hora entera quieto, quieto como un muerto, mirando a un solo lugar del camino por donde cruzaron en poco tiempo muchas cosas: humo, polvo, unos hombres descalzos, varias bestias de carga y un perro. Y nadie reparó en él, a excepción del perro, quien tenía una nube en un ojo.

Ya brillaba el sol espléndidamente, las ramas de los árboles se agitaban de muy distinto modo que en la noche, la hierba era verde, clara, tierna y muy olorosa, y se apetecía caminar sobre ella con los pies descalzos. Se apetecía correr por los prados, máxime que no había zanjas y no existía peligro alguno de caer. Se apetecía llegar hasta aquella montaña violeta en donde era probable encontrar muchas flores, y árboles de blandos frutos maduros, y alguna gruta escondida que no conociera nadie, al pie de una fuente muy fresca que brotara de entre unos espinos. Se apetecía trepar hasta su cima y mirar a todas partes; no volver a bajar, o bajar si acaso rodando por entre las piedras o dando vueltas en el aire hacia algún abismo misterioso. Se apetecía cualquier co-

sa antes que quedarse quieto sobre una piedra puntiaguda, mirando hacia la ciudad.

Puntualmente se abrió el café y asomó un hombre rechoncho, grasiento, color chocolate, con los bigotes muy ralos, caídos sobre los labios. Husmeó a un lado y otro y, al descubrir a Antonino, silbó, apretando los dientes. Antonino se levantó, tardó un buen rato en decidirse y penetró por fin al establecimiento.

Ya estaba bebiendo un café muy caliente, que despedía un humo sumamente agradable. De cuando en cuando se inclinaba sobre la taza y permanecía de esta forma largo rato, dejando que el vapor le calentara el rostro. No había ningún parroquiano. Ante él, únicamente, había un plato con bizcochos cubiertos de harina y azúcar, de los cuales no probó ninguno. Pidió, en cambio, otro café y se lo sirvió esta vez con leche. Fumó después un cigarrillo.

Entonces rompió a cantar alguien en el local y a tocar una guitarra.

Antonino se volvió, tratando de descubrir quién vivía en un lugar donde pensaba hallarse solo, y distinguió en un rincón un viejo astroso, mucho más astroso que todos los viejos que recordaba, probablemente ciego, con la boca abierta y sin dientes. Tenía algo atado a la cabeza y le faltaba una pierna. Lo

único hermoso en él eran los ojos; pero no veían. Era lo de menos.

Antonino se puso a escucharlo detenidamente, y cuanto más y más lo escuchaba, más deseaba que continuara cantando; por más que mejor que cantar, lloraba, suplicaba, gemía, o más bien protestaba, rugía, blasfemaba, dejando escapar unos sonidos extraños que retumbaban sonoramente como un grito en una cueva.

No importa lo que dijera ni que su voz subiera o bajara de tono, ni que la guitarra siguiera sonando sola, ni que aquella garganta destemplara tanto, Antonino escuchaba un solo grito, único, único, tremendamente angustioso y prolongado, que era una lástima y se perdiera en aquel recinto y no se propagara como convenía a través del universo entero. Parecía un condenado o un moribundo, y Dios sabe el tiempo que llevara cantando.

Pudo pensar Antonino que si alguna vez se decidiera a cantar él, le gustaría hacerlo de semejante forma.

El viejo tomaba alientos, rascaba con furor en las tristes cuerdas y proseguía cantando, aunque nadie lo escuchara. No sé qué hablaba del amor, de una mañana dorada y de un jinete que huía... ¿Por qué no era posible que lo oyeran todos? Si el hombre escuchara aquel grito durante algún tiempo y sin

prisas; si el hombre, uno por uno, se sentara donde estaba ahora Antonino y no pensara en otra cosa que en lo que oía; si el hombre pudiera —y esto era lo más problemático— comprender que, a pesar de las apariencias, aquel viejo no era ningún inmundo desperdicio, tendrían lugar en el mundo las más increíbles, favorables y tremendas cosas. ¡Y pensar que alguien pintaba flores en lienzo, y rimaba bellas y tontas palabras, y se sentaba sonriendo a retratarse o se enloquecía porque en la cama, en la cama... ¡Pensar que el hombre no se suicidaba a ningún precio! ¡Pensar que vivía, vivía como si tal cosa y se sentaba muy gravemente en el inodoro! Y no era esto lo peor; lo más detestable era que todos, sin excepción, llevaban dentro ese grito y nadie se decidía a arrancárselo. Lo peor era que preferían ahogarse antes de que saliera. Lo peor era que nadie quería saber nada de ese grito.

Pero un día, un irremediable día sin fecha fija, todos los hombres querrían darse cuenta de ello, se pondrían de acuerdo, abandonarían los lienzos y las plumas, los martillos y el papel higiénico, tomarían aliento, abrirían las bocas, se levantarían en puntas y lanzarían el grito más espantoso y dilatado de que se tiene memoria.

Ese gran día merecía la pena de vivirlo. Difícilmente la Tierra, o lo que fuera, alcanzara a sopor-

tarlo. Y todo se vendría al suelo —en tal caso al vacío— como una catedral mal construída, al tronar fuerte fuerte el órgano. La Humanidad perecería a gusto. Todo habría sido un fracaso. Y Dios volvería a extender su prodigiosa mano sobre el azul infinito y yacente y surgiría de la Nada un nuevo mundo: un mundo de esta o de la otra forma en el que ¡quién sabe! tal vez fuera posible no gritar más; y reír con todas las fuerzas; y sentarse en el inodoro sin cerrar la puerta.

Antonino se echó a reír de pensar lo que habría ocurrido si se hubiera levantado de su asiento y, acercándose a aquel hombre, le preguntara del modo más piadoso:

—“Hermano: ¿quieres confesión?”

De seguro que el viejo habría suspendido su grito, se habría quedado con la boca abierta y, si no era ciego, le habría roto en un momento la guitarra en la cabeza. Luego habría seguido cantando aquello del amor y de la dorada mañana...

¡También él le rompería a otro hombre la guitarra en la cabeza! ¡También él, que no era ciego, daría buena cuenta de todo! ¿Era preferible ahogarse?

—“Hermano: ¿quieres confesión?”

Sí, sí, allá iba de prisa a confesarse. Quizá llegara un poco antes de la noche.

XVII

NO pudo romperle a aquel hombre la guitarra en la cabeza aquella noche.

Llegó al templo alrededor de las cinco —hubiera podido llegar mucho antes— y esperó resignadamente, sentado en una banca, hasta un poco después de las siete. En el templo había algunas personas orando y esto fué lo que lo contuvo. Después el sacerdote salió, acompañado de otro clérigo, y Antonino se limitó a seguirlos sin interés por las calles un buen trecho. Pronto aquéllos se perdieron y él pretendió resolver lo que convendría hacer a continuación. En realidad no pensó nada importante, sino que continuó caminando mucho tiempo, arrastrando levemente los pies, con las dos manos en los bolsillos.

Una fuerza extraña lo sostenía. Como a un herido de muerte, manteníanlo en pie solamente el deseo

instintivo de vivir, el miedo y la angustia de sus nervios; pero era inevitable que, más tarde o más temprano, algo en su interior iba a disolverse o solidificarse y entonces se desplomaría definitivamente y sin remedio.

El más leve rastro de sensibilidad había escapado de sus miembros, y se sentía todo él, de pies a cabeza, como un hombre de piedra al cual se podría pinchar impunemente o arrimarle a la piel una brasa. Tenía los pies hinchados, las manos lívidas de tanto llevarlas al frío, y cada vez se doblaba más hacia adelante, vencido por una laxitud inaudita. A la altura de los riñones sentía clavado algo muy punzante que le atravesaba hasta el hígado, mas esto no le ocasionaba el menor dolor, sino una pesada y grave molestia, un agobio semejante al que experimenta quien ha montado mucho tiempo a caballo o levantado un enorme y desproporcionado peso.

Tal vez habría continuado caminando horas y horas, y hasta días, sin sentirse más grave de lo que estaba. Tal vez, incluso, se habría muerto y habría seguido caminando; pero no tenía objeto. Esto sí acertó a entreverlo muy claramente y buscó donde meterse y dormir. ¡Ni hablar de volver a su casa! Su casa no existía y no pensaba en ella ni por asomos. Su casa se había desplomado y habían perecido todos sus habitantes; nadie, nadie podría resca-

tarlos. Pensaba en él, sólo en él, como piensan los niños cuando comienzan a hacerlo.

Halló un hotel por las calles de Mosqueta.

Empujó la puerta de resorte y entró. El piso era de mosaico, la luz muy triste y verdosa, todo estaba sumido en penumbra, y vio cerca de él un mostrador. Se aproximó. Detrás estaba un hombre calvo, en mangas de camisa. No le vio el rostro, ni quiso vérselo. Dijo simplemente:

—Quiero una habitación.

—¿Para usted solo?

—Sí.

—Son tres pesos.

Antonino se llevó la mano al bolsillo y dejó las monedas sobre el mostrador. Una de ellas, inexplicablemente, puesto que él las había depositado con el mayor cuidado, rodó un trecho y cayó al suelo. Antonino la levantó, entregándosela en la propia mano al hombre. Este, que nunca pensaba nada, pensó inmediatamente que los dedos de su huésped estaban fríos y húmedos, que eran muy duros. Pronunció en voz alta un nombre y surgió de las tinieblas un muchachuelo escuálido, vestido de dril.

—¡Al siete!

Se fueron andando, el muchacho delante y Antonino detrás. Primero cruzaron el vestíbulo, que era estrecho y largo, y luego tomaron por una escalera

muy empinada, cuyos peldaños estaban cubiertos de esputos. El empleado llevaba en la mano un manojo de llaves que oscilaban y producían un rumor insoportable. Esto, unido al olor a orines que se percibía en el aire, trastornó a Antonino. Ya en la planta alta, siguieron por un pasillo más oscuro que el vestíbulo, interminable, al fondo del cual pendía una luz. En algún cuarto sonaban reír y gritar; eran dos voces: una de mujer y otra de hombre. Más adelante, otras dos voces —también de mujer y hombre— reían y gritaban. El muchacho se detuvo ante una puerta y tardó un buen rato en abrirla; o no encontraba la llave, o había bebido algo más de la cuenta o sencillamente sentía sueño. Abrió, al fin, y Antonino se halló en un cuarto cuadrado, con el techo muy alto y un balcón que daba a la calle. Sonrió y dijo:

—Está bien.

El muchacho desapareció sin importarle aquello, y Antonino se quedó solo. Entonces se dejó caer en la cama, boca abajo, y se durmió.

Cuando un hombre se duerme, jamás sabe si volverá a despertar, si seguirá durmiendo por una buena cantidad de años o, si, cuando despierte, no será más el que era. No sabe igualmente, en el mejor de los casos, qué especie de mundo lo rodea, ni si las cosas alrededor suyo continúan siendo las mismas de

antes. Tampoco llegará a comprobar nunca si aquello que parece no vivir, vive, y si lo que no puede trasladarse, se traslada, y mucho menos si está solo como cuando se metió a la cama o, si, por el contrario, una infinidad de extraños seres lo espían. El duerme y está entregado fatalmente a su suerte. ¡Que ocurra lo que ocurra! Y cierra los ojos, dobla un poco las piernas, respira cada vez más lento, más lento, y ya está muerto. Resucitará o no, pero ya está muerto y quienquiera que sea puede hacer de él lo que le venga en gana. Pueden los muebles del cuarto iniciar una danza o arañarlo; pueden las puertas y ventanas abrirse para dar paso a alguien que llame insistentemente; puede la luz, que era blanca, volverse roja o viceversa; puede desprenderse el techo y aplastarlo; puede cubrirse demasiado con las ropas y ahogarse; puede fallarle el corazón y no serle posible exhalar ni un suspiro; puede —y esto es lo más lamentable— venir alguien muy frío, muy débil, tal vez risueño, a dormir al lado suyo, y abrazarlo, y no soltarlo más, metiéndole algo en la boca, también muy frío, para que no grite. Todo el mundo piensa en dormir y no sabe qué riesgos corre. Es cierto que hay hombres que se persignan y susurran fervidamente unas oraciones, o se acomodan sobre el costado derecho, a fin de que el corazón quede libre; y los hay también que duermen con el embozo a la

cintura, temiendo que algo los asfixie; y que cierran con llave la puerta; y aseguran con cualquier mueble los balcones; y cuidan de que sus ropas sobre la silla no tomen aspecto de persona, a fin de que a medianoche no despierten y se sobresalten. . .

Antonino no hizo nada de esto.

Se dejó caer simplemente sobre la colcha y se durmió. Todas las cosas, pues, estaban en contra suya. El se hallaba solo contra todos. Solo, solo, y ocurrió. . .

Ocurrió que aquella misma noche murió Liborio. Pero un poco antes de morir quiso ver a su padre y lo buscó por todas partes. Es claro, tardó en hallarlo; pero lo consiguió. Y al verlo dormido de aquella forma, no se atrevió a despertarlo. Se le acercó cuidadosamente, le tocó en un hombro con un dedo y murmuró a su oído:

—Me voy.

Entonces se fué caminando por aquel maldito pasillo, y Antonino advirtió cómo la luz se volvía roja, y oyó cómo tronaba el piso, y cómo sonaba abajo el manojito de llaves, y cómo subía por entre los esputos un huésped recién llegado. Antonino —o en sueños o en realidad— se asomó al balcón y vió que su mujer aguardaba en la acera de enfrente. Tenía así de hinchados los ojos de tanto llorar. Cuando cruzaba Liborio la calle, pasó un auto y lo mató. Sin

levantarlo siquiera o detenerse a mirarlo, Elvira rompió a andar sola, apoyada en la pared, envuelta en un manto negro, como un fantasma o una viuda. La vió perderse en la noche, allá por una esquina en donde estaba fumando un hombre. . . Y Antonino permaneció allí no sé cuántas horas, tiritando de miedo y de frío, agarrado al barandal con las dos manos. Debió, sin embargo, volver a la cama porque despertó como se había dormido y no pudo abrir el balcón por más esfuerzos que hizo. Comprendió, pues, que había soñado.

Y había soñado, sí, en cierto modo, aunque no en la medida que se suponía.

No se había asomado al balcón evidentemente, ni Elvira había puesto jamás un pie en la acera de enfrente, ni Liborio se había tropezado en la escalera con ningún huésped, ni la luz del pasillo había mudado de color. Pero Liborio había muerto; sí lo había matado un coche; sí había querido ver a su padre; lo había visto, en efecto, y aquel mismo día lo enterraban.

Ya le tenían la caja lista, pequeña y blanca como una caja de bombones; tan pequeña, que difícilmente cupiera dentro. . . Y le tenían algunas flores dispuestas y el traje de primera comunión: una comunión que nunca había hecho y que acababa de hacer

ahora. La primera y última comunión por los siglos. La comunión de todos.

Antonino se sentó en la cama, pues apenas si le restaban fuerzas para sostenerse. El sol le daba en la frente, le resbalaba hasta el pecho, le calentaba un poco las manos, animándolo a permanecer allí. No parecía ni respirar siquiera, ni hacía el menor ademán de levantarse, no obstante que era ya muy tarde y no se había desayunado. Sentía hambre, mas ¿a qué precio bajaría? ¿A qué precio volvería a un café, donde lo más seguro es que se topara con aquel anciano astroso y su guitarra?

Continuó así, petrificado, hasta cerca del mediodía.

Tampoco pensaba ahora en nadie, sino en él únicamente. Y de verdad daba lástima. Daban lástima sus botas llenas de barro, su saco sin un botón, su sombrero que había perdido en una zanja. Daba lástima, desesperación, todo él, todo él, porque era hombre y no se suicidaba. Daba compasión que aún tuviera alguna esperanza. Y más lástima todavía aquel cuerpo de Liborio —el muertecito— tan blanco en sus ropas como un copo de nieve; y las flores que empezaban a marchitarse; y el pozo que empezarían a cavar. . .

—Me voy —había dicho. Era lo que más presente tenía Antonino.

Y comió. Y volvió por la tarde a su cuarto. Y a las cinco en punto salió del hotel rumbo al templo.

—“Hermano: ¿quieres confesión?”

El templo no estaba solo y amenazaba con no estarlo nunca. Sombras y más sombras, en la húmeda y olorosa penumbra, salían o entraban alternativamente, se hincaban o se sentaban o permanecían de pie con la espalda fija, mirando hacia el altar. No había ningún oficio y la gente nunca salía del todo. Comenzaba a llover a cántaros y todos permanecían allí. ¿Cuidaban acaso de la guitarra? ¿Cuidaban inconscientemente de que aquel grito no fuera dado? ¿Cuidaban de que un loco cualquiera entrara en la casa de Dios y cometiera sacrilegio? ¿Tenían miedo de algo y se reunían allí para defenderse? ¿No tenían sus casas, su gente, sus dolores afuera? ¿Qué hacían en semejante lugar entonces? ¿Qué buscaban? ¿Tanto les preocupaba lo que pudiera ocurrir? Y se turnaban. Y avanzaba la tarde. Y aquello no tenía fin.

Durante un segundo, Antonino fué presa del terror.

Diríase que, en virtud de una lucidez imprevista derivada de algún complicado fenómeno interno, se había reconocido muy claramente y se había espantado. El sí, él sí, ¿qué hacía en semejante lugar?

Tuvo que incorporarse violentamente porque así se lo ordenó algo muy íntimo en su conciencia. Sin-

tió el vacío, cual si cayera desde una torre. Mas ya que estuvo de pie, volvió a sentarse. Suspiró tranquilo. Todo había pasado. Y extendió las manos sobre las rodillas, hundió la cabeza entre los hombros, juntó los pies y tornó a respirar sin la menor fatiga.

No quería por ningún motivo dejar de pensar en aquel viejo astroso que cantaba algo del amor y la dorada mañana...

Lo había impresionado hondamente. También, es cierto, otras varias cosas en su vida lo habían trastornado más o menos de igual forma y las había olvidado en poco tiempo; pero aquello, no. Aquello no convenía olvidarlo en absoluto. Quería cantar a toda costa como aquel viejo. Quería cantar por ver si alguien se atrevía a romperle en la cabeza la guitarra y, si no, rompérsela él a alguien. Ya una vez había cantado aproximadamente del mismo modo, en el mismo lugar en que se hallaba ahora, y alguien se le había acercado agresivamente; mas ni él ni aquel hombre desconocido habían llevado a cabo nada que mereciese la pena: se habían concretado a mirarse, uno se había burlado del otro, y este otro había huído. Apretó los puños.

—“Por esto pasamos las que pasamos”—se dijo.

Y siguió quieto, junto a la pila bautismal, mirando hacia adelante.

Una mujer encendía un cirio al Nazareno. Otra, en cuclillas, hurgaba no sé qué entre las bancas. Un hombre entró y salió rápidamente, cual si hubiera confundido el lugar. De muy tarde en tarde alguien tosía o se vaciaba las narices con un estrépito tan formidable, que el eco tardaba un buen rato en disiparse. Fuera llovía torrencialmente, mientras los ojos del Nazareno se volvían más tiernos, accesibles y tristes.

Podía confiarse en El fácilmente. Caminaba encorvado, con una cruz auestas, tan pálido y raquíptico como cualquier hombre. Era un buen síntoma. Tenía en la cabeza una corona de espinas, y las espinas le hacían brotar sangre, que le arroyaba hasta el pecho. Los músculos del cuello estaban tensos, como de alambre. ¡Cuánto habría sudado! ¡Cuánto habría caminado aquel día! ¡Qué alta debía ser la montaña hacia la cual lo llevaban ahora! ¡Y qué frío allá en la cruz, desnudo a los embates del viento, al relente de la noche, cubierto todo de salivazos!

—“Realmente Cristo sufrió mucho”—pensó Antonino.

Y se abstraía imaginando aquel grito, aquel pavoroso y sobrehumano grito que habría dado al expirar en el Calvario. ¿Alguien se habría atrevido a reírse?

El también había caminado, también había sudado mucho, también a él le punzaba el viento; y se

habían mofado, y habían hecho escarnio de todo ello. Le pesaban los hombres, le pesaba la vida, tanto y tanto misterio, y no una cruz, sino infinidad de cruces llevaba auestas.

¿Debería ahogarse? ¡Ya se había ahogado suficientes veces! Estaba hastiado de ahogarse; hastiado de contemplar hombres y más hombres que sobrevivían hipócrita y torpemente; de ver cómo se apretaban la boca y se mordían la lengua, a fin de que todo siguiera en silencio; de ver cómo nacían y morían, sin oficio ni beneficio, dejando tras sí una inmensa y fúnebre estela de esputos, huesos y merecidos terrores. ¿Acaso el silencio les había dado buen resultado? Eran millones y millones de años y las cosas continuaban lo mismo. Si alguna vez alguien había gritado con una soga al cuello o un trozo de plomo en el cráneo, los demás hombres se habían echado atrás con asco:

—¡Mira a ése!

Y le habían vuelto la espalda, o lo habían condenado, o se habían reído, o le habían tenido miedo y no habían querido darle sepultura. ¡Miedo, miedo era lo que necesitaba inspirar él para sobrevivir! ¡Miedo era lo que buscaba! ¡Vencer su miedo y comunicárselo a los demás! ¡Que le tuvieran miedo y no le propusieran semejantes cosas!

—“Hermano: ¿quieres confesión?”

¡Al diablo la confesión y todo! Ya daría buena cuenta de la guitarra.

Realmente la amargura de Antonino era tan infinita como la tuya y la mía y la de aquel que fué expulsado del Paraíso.

—¡Por amargura te crucificaron! —le advertía Antonino al Nazareno, repitiendo unas palabras que recordaba haber pronunciado una vez—. ¡Por amargura te crucificaríamos de nuevo!

Era muy posible que el Nazareno no aprobara aquello. De seguro que si en aquel instante le hubiera sido dado mover los ojos, por ejemplo, lo habría hecho del modo más airado o melancólico. O hubiera comprendido. Ante todo, habría ejecutado cualquier acto antes que acercársele a Antonino e importunarle con alguna inconveniencia estúpida. Si Antonino comprendía todo tan claramente, ¿por qué El no había de hacerlo? Cristo sabía perfectamente que cuantas veces bajara a la Tierra habrían de sacrificarlo; bajaría una vez cada año, y una vez cada año lo llevarían al Gólgota. ¿Y cuál era la causa? ¿Qué mal les había hecho El a los hombres? ¿Qué especie de resentimiento monstruoso le guardaban? ¿Qué odio implacable, qué saña o aversión personal, qué crueldad inaudita eran aquéllos?

—Ten piedad de mí, como la tengo yo de ti ahora —prorrumpió en voz alta. Y se excitó.

—¡Piedad, piedad siempre! ¡Es lo único que necesito!

Ya lo ahogaba la amargura.

Ahora sí yacía desnudo y ridículo sobre una piedra, en mitad de un caos de soledad y tinieblas; mas nadie se limitaba a contemplarlo fríamente o entretenerse con él: le lanzaban salivazos, le arrojaban piedras, le golpeaban las costillas con un látigo inmisericorde. Alguien se complacía en su dolor. Alguien por debajo de Cristo o por encima de El.

Tornó a dejar caer la cabeza contra el pecho y perdió casi el conocimiento. No sabía, en realidad, si vivía o había muerto, o quien había muerto únicamente era Liborio, y él se encontraba sentado en la cárcel, en el manicomio o en un templo.

Se serenó un tanto y, cuando volvió a mirar, el hombre que buscaba había aparecido.

Ya lo había visto Antonino otras veces aquella tarde, y por esto no se inmutó. Andaba allá por el altar, vestido con un roquete y una sotana muy larga, y encendía una lámpara de aceite. Al cruzar frente al Tabernáculo, doblaba una rodilla e inclinaba la cabeza. Al cabo, desapareció de nuevo. Posiblemente se hallara solo en la sacristía. . .

Miró penetrantemente, buscando algo entre las sombras.

No se escuchaba el menor ruido, a excepción de la lluvia que caía afuera o el silbido de las llantas sobre el pavimento. En una banca había un hombre, y varios metros atrás una mujer. Antonino se levantó y comenzó a andar. La mujer dormía y el hombre miraba aterradamente hacia el techo, con los brazos en cruz. Pasó junto a ellos y llegó a las gradas. Tosió. Volvió a mirar hacia atrás, asombrándose de lo despejada que sentía la cabeza. Comprendía todo tan claramente, que recordaba cuanto deseaba y avanzaba sin ningún tropiezo.

¿Convendría obrar sin pérdida de tiempo?

No experimentó mayor emoción que cuando se confesaba habitualmente al lado de su mujer y sus hijos.

Se decidió y avanzó hasta la sacristía. La puerta era pequeña, estaba empotrada en el espeso muro y tenía una descomunal llave puesta. Escuchó. Dentro sonaban pasos, pero ninguna voz. Alguien vertía un líquido en una vasija. Entonces pensó una cosa extraña:

—“Tengo los pantalones muy sucios.”

Llamó una vez, dos, quizá demasiado débilmente. Cerró el puño cuanto pudo y golpeó ahora con los nudillos. Retumbó lejos el eco y no cayó más líquido en la vasija. Unos pasos se acercaban. ¿Lle-

garía a olvidar alguna vez de qué modo chirrió la puerta al abrirse?

—Padre, quiero confesión. . .

Se había precipitado un poco, puesto que el sacerdote ni siquiera lo había visto.

—Padre, quiero confesión.

No le temblaba la voz, nunca había experimentado menos miedo ni mayor ansiedad por llevar a cabo algún proyecto. Todo lo oscuro, lo tenebroso y fatal de su vida iba a iluminarse muy pronto con una luz intensísima. Después, Dios diría si podría soportar aquel fulgor.

El sacerdote pareció adivinar.

—Es tarde, hijo mío. Tengo prisa.

Y extrajo un reloj, arremangándose la sotana.

—¡Padre, quiero confesión!

No suplicaba: exigía.

—Es necesario, se lo ruego. . . —Y sólo le trastornaba la idea de que una circunstancia imprevista le aguara la fiesta y tuviera que regresar al hotel con las manos como antes.

El sacerdote seguía dudando. Por fin, se negó.

—Mañana —dijo—; te esperaré a las seis.

—¡Quiero confesión! —gritó Antonino. Y ya aquel grito era parte muy importante del otro grito espantoso que se disponía a lanzar.

Debió asustarse el buen hombre.

—Está bien —admitió—. Vete allá.

Se fué Antonino y esperó. Fueron tres o cuatro minutos únicamente, durante los cuales probó a rezar de prisa un Padrenuestro. Se hallaba tan abstraído, que nunca lograba terminarlo; se le olvidaba y comenzaba de nuevo; volvía a comenzar. De ahí que tardara tanto.

Ya venía hacia él el sacerdote, caminando a pequeños pasos, contoneándose un poco hacia ambos lados. Era alto, delgado, con unos ojillos vibrantes y una nariz aquilina, sensual. Había algo cruel, repelente, y a la vez persuasivo en su rostro.

Antonino se hizo a un lado para dejarlo pasar. Miró de nuevo hacia la puerta. Tosió otra vez.

Por su parte, el sacerdote se había sentado con las piernas muy separadas y apretaba un pañuelo blanco entre los dedos. Con un gesto de la mano, indicó el camino al pecador.

—Ave María Purísima.

Ya estaban frente a frente.

Antonino se sabía a la perfección sus culpas y comenzó a enumerarlas una tras otra, con naturalidad, sin prisa, procurando que aquello durara tanto tiempo como fuera posible. El sacerdote carraspeaba de cuando en cuando o producía con la garganta un murmullo intermitente en el cual podía adivinarse una sola cosa cierta:

—Sí, sí.

A menudo repetía el pecador una misma culpa varias veces, y el sacerdote pensaba con rabia que, incuestionablemente, aquel hombre era el más exigente y necio que había conocido; o mencionaba faltas triviales, que habría pasado por alto cualquier niño; o se interrumpía, avanzaba un poco sobre sus rodillas e imploraba:

—Espere... espere...

Allá en su interior se había extendido ya una bruma desastrosa y sucia que no le permitía ahora reflexionar, ni comprender, ni coordinar medianamente nada. Por otra parte, no sabía en qué desdichado momento, toda la sangre se le había agolpado en la cabeza, y el corazón le batía tan fuerte que era fácil y el sacerdote lo oyera. Más frías que nunca tenía las manos, y crispadas, no como de carne y hueso. Todo lo había olvidado repentinamente. Incluso, ni en él mismo reconocía al hombre que minutos antes había golpeado a la puerta de la sacristía, solicitando la ceremonia absurda que se estaba desarrollando. Ignoraba si estaba solo o había tras él una multitud de arrepentidos aguardando, si era de día o de noche, y si él, Antonino, él mismo y nadie más, era el marido de Elvira y el padre de Liborio y Carlota.

Con el rabillo del ojo miró al confesor, temiendo también que en vez de él fuese otro hombre cual-

quiera: el administrador del hotel, el mutilado de la guitarra, el mismo Nazareno.

¿Y si fuera el Nazareno?

Todo en él se perdió.

Comenzó a temblar, sin saber ni aproximadamente lo que decía. Su vida entera, con las más obscuras particularidades, empezó a despeñarse ante sus propios ojos desde una altura inconmensurable, y a una velocidad inaudita, que le permitía, no obstante, captar hasta las más leves insignificancias. Algo por el estilo—recordó de pronto—le ocurrió cuando estuvo enfermo.

Temió que iba a morir. No supo más si debía confesarse de veras o asesinar a aquel hombre; si pedir perdón a gritos y rodar por tierra gimiendo o extender las manos y atrapar silenciosamente el cuello de quien fingía interesarse por su alma. No sabía qué convendría hacer, qué sería lo más favorable, y los minutos pasaban: si romperle en la cabeza la guitarra al sacerdote o permitir que se la rompiera a él.

Entrevió el firmamento como un pozo inmenso, que era el infinito; se vió a sí mismo abyecto, helado, a la sombra de un árbol; vió al director del periódico que sonreía ante él, y que, sin embargo, parecía estarlo exprimiendo contra un muro; vió a Elvira suplicándole a Lauro que la arrastrara desnuda; oyó la voz de su hijo que se despedía de él; re-

cordó muy bien cómo en el periódico no le subían el sueldo a nadie; alguien, alguien le substraía el reloj... Y se le apeteció desde lo más hondo de su alma ir en aquellos momentos por una frondosa avenida, de la mano de sus hijos, un poco adelante de Elvira, oyendo cómo gorjeaban los pájaros, cómo temblaban las ramas en lo alto, y, las nubes, arrastradas por el viento, volaban alegre y despreocupadamente.

Era tarde y todo debería concluir de un momento a otro.

Por algún lugar, en el coro o en la torre, un hombre cantaba no sé qué del amor y la dorada mañana... llovía con toda la furia del cielo... en la azotea, un niño o un borracho golpeaba con una piedra sobre una superficie de lámina... ¿y los monos muerden? ¿muerden tanto como los perros?

—Di el Señor mío, Jesucristo.

Oyó pasos tras él, pero no se atrevió a moverse. Susurraba, para inspirar confianza al sacerdote:

—Señor mío, Jesucristo, Dios y hombre verdadero...

Entonces sintió cómo un brazo se alzaba por encima de su cabeza, con algo terrible en la mano. Cerró los ojos. Fué a gritar. ¡¡La guitarra!! Y alargó las suyas, sus manos, y en un segundo más o menos se encontró con un muerto entre los dedos.

Supo esto desde un principio, por aquellos ojos que lo miraban, por el silencio, la soledad y otras varias cosas que empezaron a molestarle. Tardó un buen rato en soltarlo. No lo soltaba y miraba hacia atrás. El muerto no le hacía ningún daño, seguía allí quietecito y triste, pero Antonino quería asegurarse. Apretaba más y más. Apretó no sé cuánto tiempo, hasta sentir que algo muy blando se le metía en las uñas. Entonces se apartó un poco y el muerto cayó —¡gracias a Dios!— hacia un lado. Apenas si sacaba un pie. Con el pie también Antonino empujó aquello hasta adentro. Luego se incorporó y aspiró varias veces el aire untoso y amargo del templo. Se santiguó.

Cuando salía, se detuvo rígido y frío. ¿Aquello era el grito? ¿Aquello, aquello tan tonto e incoloro era el grito?

Fué espantoso que pensara entonces:

—“Me echará mano la policía.”

Y se fué al hotel.

.....

Ni siquiera fué a la cárcel.

A la mañana siguiente, se limpió muy bien los pantalones, fué a la peluquería a afeitarse, se quitó el barro de los zapatos y cayó por su casa a eso de

las once. Pero la casa estaba cerrada, tenía un papel en cada ventana y la portera le refirió todo.

Había muerto Liborio, y Elvira y Carlota se habían ido a vivir a Ixtapalapa.

Antonino se encogió de hombros.

—Gracias—dijo—. ¡Hasta luego!

Y se alejó caminando muy despacio, por donde daba el sol, con las dos manos en los bolsillos.

F I N

SE ACABÓ LA IMPRESIÓN
DE ESTA PRIMERA EDI-
CIÓN DE "AQUÍ ABAJO",
EN LOS TALLERES DE LA
EDITORIAL CVLTVRA, DE
LA CIUDAD DE MÉXICO,
EL DÍA 15 DE NOVIEMBRE
DE 1943.